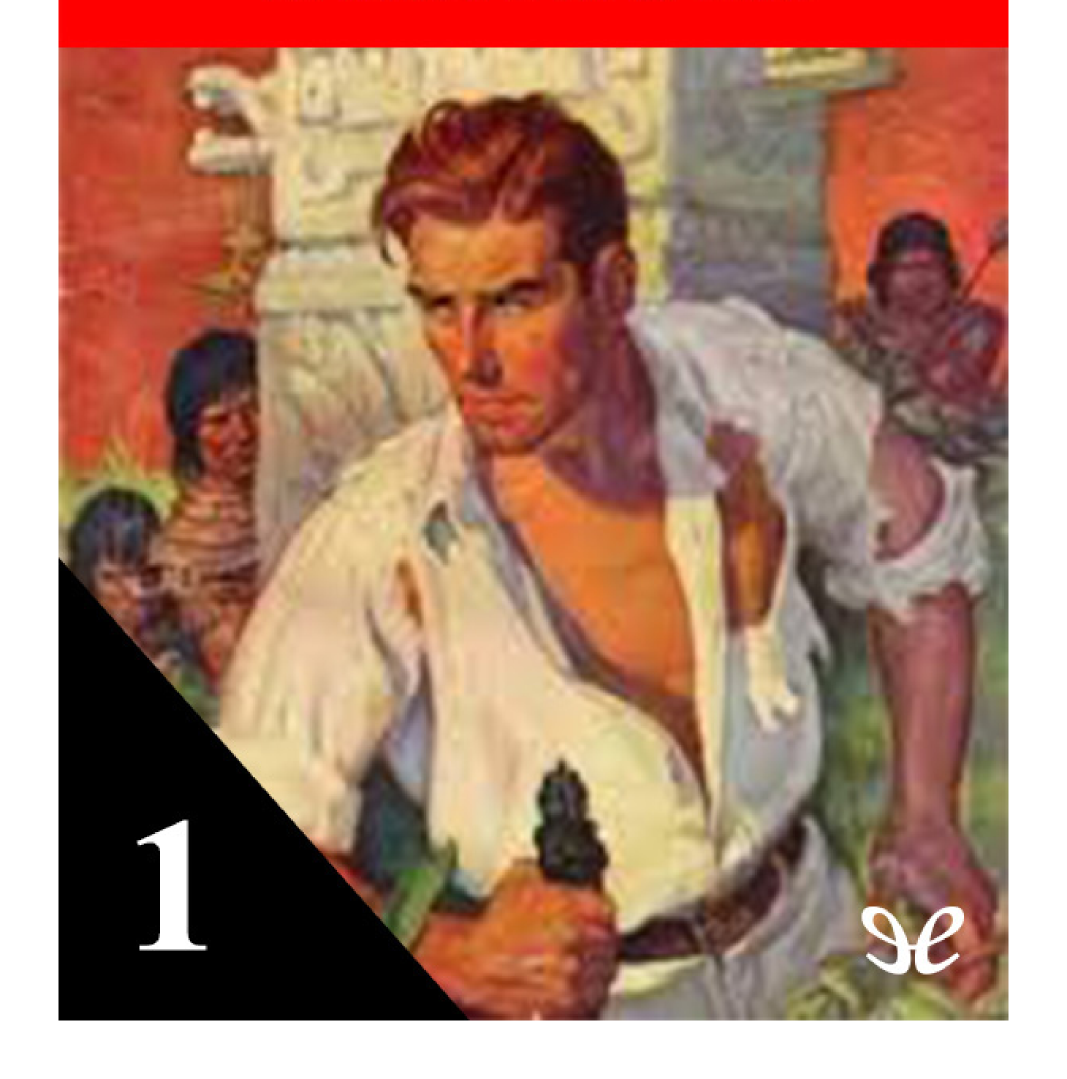
DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

El hombre de bronce



Clark «Doc» Savage Jr. es un médico, cirujano, científico, aventurero, inventor, explorador, investigador, y, como se revela en El tesoro Polar, un músico. Un equipo de científicos reunidos por su padre, entrenaron su mente y cuerpo a las capacidades casi sobrehumanas desde el nacimiento, dándole una gran fuerza y resistencia, una memoria fotográfica, un dominio de las artes marciales y un vasto conocimiento de las ciencias. Es también un maestro del disfraz y un excelente imitador de voces.

Doc confía en cinco individuos excepcionales que le ayudan en sus aventuras, expertos en áreas concretas: Andrew Blodget «Monk» Mayfair (químico), Theodore Marley «Ham» Brooks (abogado), John «Renny» Renwich (ingeniero), Thomas J. «Long Tom» Roberts (ingeniero electrónico) y William Harper «Johnny» Littlejohn (arqueólogo y geólogo).

En esta aventura, Clark recibe la noticia de que su padre ha fallecido de una rara enfermedad en la República de Hidalgo, en Centroamérica.



Kenneth Robeson

El hombre de bronce

Doc Savage - 1

ePub r1.3
Titivillus 02.08.15

Título original: *The Man of Bronze*
Kenneth Robeson (Lester Dent), 1933
Traducción: H. C. Granch (Enrique Cuenca Granch)
Retoque de cubierta: Titivillus
Corrección de erratas: sorprenent (r1.1)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

Capítulo I
El hombre siniestro



Cerníase la muerte en la densa oscuridad.

Avanzaba furtiva por una viga de hierro, mientras a centenares de metros de profundidad se abrían esas grietas con paredes de cristal y ladrillos que son las calles de Nueva York.

Sobre el asfaltado, los trabajadores de los últimos turnos regresaban presurosos a sus hogares.

La fina y persistente lluvia les obligaba a guarecerse bajo los paraguas, y no perdían el tiempo escudriñando las alturas.

Aunque de hacerlo es probable que no hubiesen observado nada. La noche era oscura como boca de lobo.

Del cielo, cubierto de negros nubarrones, se desprendía una niebla que flotaba opresiva de las azoteas alrededor de los imponentes edificios.

Un rascacielos en construcción, edificado hasta el piso ochenta, se destacaba sobre el fondo oscuro del firmamento.

Por encima del último piso, una torre metálica ornamental, aún sin el menor vestimiento de mampostería, se elevaba unos setenta metros más.

Las viguetas formaban un gigantesco esqueleto de acero. Los hierros, desnudos y traicioneros, aparentaban la siniestra impasibilidad de lo inerme.

Sin embargo, entre ellos rondaba la Muerte.

Una Muerte en forma de hombre.

Parecía poseer la agilidad de un felino, saltando y escalando sin el menor tropiezo en la impenetrable oscuridad.

La lluvia mojaba su rostro, pero el hombre seguía avanzando,

empujado por un propósito terrible y siniestro.

De vez en cuando, el desconocido pronunciaba palabras extrañas e ininteligibles.

¡Una jerigonza de odio implacable!

Cualquier aficionado a idiomas hubiera fracasado en su intento de clasificar el que el hombre hablaba. Solo un catedrático estudioso y versado en profundos conocimientos habría podido, quizás, identificar el dialecto.

No obstante, resultaría difícil dar crédito a su afirmación, pues las palabras pertenecían a una raza muerta; era el lenguaje de una civilización desaparecida hacía mucho tiempo.

—¡Debe morir! —murmuraba el hombre roncamente, en su lengua extraña—. ¡Lo ha decretado el Hijo de la Serpiente Emplumada! ¡Esta noche! ¡Esta noche la muerte asestará su golpe!

Cada vez que el hombre musitaba su especie de cántico ritual, apretaba contra su pecho un objeto que llevaba.

Se trataba de una caja negra de cuero de poco más de un metro de larga y de unos diez centímetros de profundidad.

—¡Aquí llevo el mensajero de la muerte! —cloqueó el hombre, acariciando la caja negra.

La lluvia le empapaba. Las terribles fauces de acero se abrían a sus pies; y un resbalón significaría la muerte. Escalaba metro tras metro.

La mayoría de las inmensas colmenas que Nueva York destina para oficinas quedaron vacías de sus empleados cotidianos.

Solo a intervalos unos pálidos resplandores surgían como puntos luminosos a través de los amplios ventanales.

El laberinto metálico desorientó de momento al escalador misterioso.

Enfocó la luz de su lámpara de bolsillo escudriñando en la oscuridad.

El resplandor duró solo un instante, pero reveló una cosa extraordinaria en las manos del hombre.

Las puntas de los dedos tenían un color rojo brillante. Parecía como si las hubiera metido en un tinte escarlata.

El hombre de los dedos rojos subió a una plataforma situada cerca de la parte exterior de aquella soledad de acero. Las vigas eran gruesas y ofrecían seguridad.

El hombre depositó en el suelo su caja negra. Su bolsillo interior reveló la existencia de unos gemelos de gran potencia.

El hombre de los dedos rojos enfocó sus lentes sobre el piso inferior de un rascacielos, a varias manzanas de distancia.

Empezó a contar los pisos superiores.

Se trataba de uno de los edificios más altos de la ciudad. Al llegar al piso ochenta y seis, el hombre siniestro interrumpió sus cálculos.

Sus lentes se movieron a derecha e izquierda hasta hallar una ventana iluminada. Se encontraba situada en la parte oeste del edificio.

Aunque ligeramente velado por la lluvia, los potentes prismáticos revelaron al detalle lo que había en la habitación.

Se destacaba con claridad la parte superior de una mesa de despacho maciza, ancha y pulida, situada delante mismo de la ventana.

¡Al otro lado había una figura de bronce!

Representaba la cabeza y hombros de un hombre esculpido en metal amarillento rojizo. Aquel busto era un espectáculo sorprendente.

Las líneas de las facciones; la frente, extraordinariamente alta; la boca, móvil y musculosa, aunque no demasiado llena; las mejillas, delgadas; todo denotaba una fuerza de carácter rara vez alcanzada por un ser humano.

El bronce del cabello era algo más oscuro que el de las facciones. Peinado liso, aplanado y apretado, lanzaba metálicos reflejos a la luz.

Solo un genio de la escultura pudo dar aquella sensación de vida a un metal inanimado.

Lo más maravilloso eran los ojos. Brillaban como reflejos de oro puro cuando las lucecitas de la lámpara jugueteaban sobre ellos.

Aun desde aquella distancia, parecían ejercer una influencia hipnótica a través de los potentes lentes, una cualidad que hacía vacilar hasta al hombre más temerario.

El hombre de los dedos rojos se estremeció.

—¡La muerte! —murmuró como si pretendiera dominar la cualidad enervante de aquellos extraños ojos dorados—. El Hijo de la Serpiente Emplumada lo ordenó.

Abrió la negra caja. Al reunir las partes contenidas en su interior se oyeron unos leves chirridos metálicos.

Luego pasó los dedos cariñosamente sobre el objeto.

—¡El instrumento del Hijo de la Serpiente Emplumada! —rio—. Comunicará la muerte.

Una vez más se llevó los prismáticos a los ojos, enfocándolos sobre la asombrosa estatua de bronce.

La obra maestra abrió la boca, bostezó… ¡pues no era ninguna estatua, sino un ser viviente!

El hombre de bronce mostró al bostezar unos dientes anchos y fuertes.

Sentado ante la enorme mesa, no parecía ser un hombre de tal corpulencia; un observador dudaría que tuviera dos metros de estatura… y se habría asombrado al saber que pesaba doscientas libras.

El corpulento hombre de bronce tenía tan justas proporciones, que daba la impresión, no de tamaño, sino de poder.

Su gigantesco cuerpo quedaba olvidado en la suave simetría de una constitución increíblemente poderosa.

Este hombre era Clark Savage, júnior.

¡Doc Savage! ¡El hombre cuyo nombre era un símbolo en los rincones más extraños y apartados del mundo! Al parecer, no se oyó ningún ruido en la habitación, pero el hombre de bronce se levantó de su asiento, dirigiéndose hacia la puerta. La mano con que la abrió era flexible y de largos dedos. Sin embargo, sus enormes tendones eran semejantes a cables bajo una delgada película de laca broncínea.

La agudeza de oído de Doc Savage quedó confirmada. Cinco hombres salían del ascensor, que acababa de ascender en silencio.

Los cinco hombres se dirigieron hacia Doc. Sus maneras delataban una alegría sincera, pero por algún motivo no se saludaron con efusión.

Era como si Doc Savage sufriera una gran pesadumbre, y todos compartiesen su dolor, aunque sin saber cómo expresarlo.

El primero de los visitantes era un gigante que medía cerca de dos metros y pesaba sus buenos ochenta kilos.

Su rostro tenía expresión de severidad y la boca, delgada y firme, estaba contraída por una mueca de disgusto.

Este era «Renny», el coronel John Renwich. Sus largos brazos terminaban en unos puños huesudos que hacían las delicias de su poseedor, quien sentía una verdadera debilidad en usarlos con frecuencia.

Era conocido en todo el mundo por sus proezas en ingeniería.

Tras Renny iba William Harper Littlejohn, muy alto y excesivamente flaco.

Johnny usaba lentes con un cristal de mayor potencia sobre el ojo izquierdo.

Daba la sensación de un hombre de ciencia, estudioso y medio muerto de hambre.

Era probablemente uno de los más grandes expertos en geología y arqueología, dos ciencias que lo apasionaban.

Seguía el comandante Thomas J. Roberts, apodado «Long Tom».

Este era el alfeñique físico del grupo de aventureros: delgado, no muy alto y de aspecto enfermizo. Se le conocía como un verdadero mago de la electricidad.

«Ham» iba tras Long Tom. Brigadier general Theodoro Marley Brooks, se le llamaba en las ocasiones solemnes.

Delgado, nervioso, rápido en el andar y en el obrar. Parecía lo que era realmente: un pensador sagaz y posiblemente el abogado más astuto que jamás saliera de la Universidad de Harvard.

Se apoyaba en un bastón negro y sencillo, que además le prestaba otros servicios. Era un estoque.

Por último llegaba el personaje más extraordinario de todos. Con una estatura que sobrepasaba algo el metro y medio, pesaba más de cien kilos.

Tenía las proporciones de un gorila y, también, su fuerza poderosa. Sus ojos, menudos y chispeantes, parecían hundidos en las profundidades de las cuencas, no obstante brillaban comprensivos y leales. Sonreía con una boca tan grande, que parecía resultado de un accidente.

—¡Monk! —le llamó alguien.

Era el teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair, pero oía su verdadero nombre tan pocas veces, que hasta había olvidado cómo sonaba.

Los hombres entraron en la sala de recepción de las oficinas, suntuosamente amueblada.

Tras los primeros saludos, permanecieron silenciosos, embarazados. No sabían qué decir, ni cómo empezar la conversación.

El padre de Doc Savage había muerto de una dolencia extraña, desde la última vez que se reunieron, como lo hacían periódicamente.

El padre era conocido del mundo entero por su porte dominador y por la fantástica empresa que pretendía llevar a buen fin.

Siendo joven amasó una enorme fortuna, que destinó a un fin único.

Ese propósito consistía en trasladarse de un extremo a otro del mundo, en busca de emoción y aventuras, socorriendo al menesteroso, ayudando al desvalido y castigando con justicia a quien lo merecía.

Con tales procedimientos, su fortuna menguó hasta reducirse a casi nada.

Pero al disminuir en proporción, su influencia y renombre aumentaron.

Eran increíblemente amplios —una reputación en consonancia con el hombre— y siempre correspondió dignamente a ellos.

Pero mayor aún fue la herencia legada a su hijo. No en dinero, sino en cultura y educación, que le capacitaban para hacer frente a la vida de aventuras a que estaba destinado por suprema voluntad de su padre.

Clark Savage júnior fue educado desde la cuna para llegar a ser el aventurero supremo.

Apenas empezó Doc a dar sus primeros pasos vacilantes, cuando su padre ya le inició en una disciplina rígida, que llegó a ser en el muchacho una costumbre.

Ejercitaba intensamente durante dos horas diarias sus músculos, sus sentidos y su cerebro.

El maravilloso resultado del método paterno se tradujo en un sentido de la fuerza y el valor llevados a un límite inconcebible.

Su cultura intelectual se inició con la medicina y la cirugía, extendiéndose a todas las artes y ciencias. Así como le era fácil vencer y dominar a Monk, a pesar de su enorme fuerza, también era cierto que le ganaba en sus profundos conocimientos de química.

Lo mismo era aplicable a Renny, el ingeniero, a Long Tom, el

mago de la electricidad, a Johnny, el geólogo y arqueólogo de tanto renombre, y a Ham, el abogado.

Doc recibió una educación completa y destinada a llevar a cabo su obra.

Los cinco amigos estaban apesadumbrados. Savage «padre» fue un buen amigo, un leal consejero y todos correspondían a su cariño.

—La muerte de tu padre ocurrió hace tres semanas —dijo Renny, al fin.

Doc movió la cabeza con apesadumbrada lentitud.

—Así me enteré por los periódicos, cuando regresé hoy.

Renny, haciéndose portavoz del sentir de los amigos, dijo finalmente:

—Intentamos comunicarnos contigo. Todas las pesquisas resultaron inútiles; parecía como si te hubieses escondido bajo tierra… y así fue imposible.

Doc miró hacia la ventana, procurando ocultar la profunda pena que empañaba sus dorados ojos.

Capítulo II
Un mensaje de los muertos



La lluvia azotaba la cara exterior del cristal de la ventana. En el fondo, veíanse las luces de la calle, muy pálidas a través de la espesa cortina de agua.

Por el río Hudson, un vapor señalaba su presencia con intermitentes toques de sirena cuyo rumor llegaba amortiguado hasta la habitación.

Unas manzanas más allá, se discernían tan solo muy vagos los perfiles del rascacielos en construcción, destacándose como una mancha oscura coronada de un laberinto de viguetas de acero.

Desde luego, era imposible distinguir al extraño servidor de la muerte, de dedos carmesí, en aquella oscuridad.

Doc Savage murmuró lentamente:

—Me encontraba muy lejos cuando murió mi padre.

No dio detalles, ni mencionó su «Fortaleza de la Soledad», su refugio construido en una isla rocosa, en las profundidades casi ignoradas de las regiones árticas.

A ese lugar desconocido se retiraba cuando quería estudiar a fondo los últimos progresos de la ciencia.

Este era el secreto de sus conocimientos enciclopédicos, pues sus períodos de concentración en aquel lugar remoto y tranquilo eran largos e intensos.

La Fortaleza de la Soledad fue construida por su padre, y nadie en el mundo conocía el emplazamiento exacto de su retiro.

Sin quitar los ojos de la mojada ventana, preguntó:

—¿Ocurrió alguna cosa extraña en la muerte de mi padre?

—No estamos muy ciertos de ello —murmuró Renny, apretando

sus delgados labios en una expresión amenazadora.

—¡Yo sí que lo estoy! —afirmó Littlejohn con entereza.

—¿Qué quieres decir, Johnny? —preguntó Doc Savage.

—¡Tengo la seguridad de que tu padre fue asesinado!

La gravedad con que pronunció estas palabras impresionó a los reunidos.

Doc Savage volvió lentamente a la ventana. Su rostro de bronce no había cambiado de expresión.

Pero, bajo su chaqueta, los músculos tensos engrosaban sensiblemente el espesor de sus brazos.

—¿Por qué dices eso, Johnny?

Este titubeó un instante, encogiéndose de hombros.

—Se trata solo de un presentimiento —explicó. Luego añadió, casi gritando:

—¡Mas no me equivoco! ¡Estoy seguro de ello!

Así era Johnny. Tenía una absoluta fe en lo que llamaba sus presentimientos. Y casi siempre acertaba, aunque en ciertas ocasiones en que se equivocó, se equivocó de verdad.

Preguntó Doc:

—¿Qué es lo que, en resumen, diagnosticaron los doctores como causa de su muerte?

La voz de Doc Savage era baja y agradable, pero capaz de gran volumen, y de tono cambiable.

Renny contestó la pregunta. Su voz parecía un trueno surgiendo de una cueva.

—Los doctores lo ignoraban. Era una enfermedad nueva para ellos. Tu padre tuvo una extraña erupción de manchas rojas y circulares en el cuello. Fracasaron todos los remedios y vivió solamente un par de días.

—Practiqué toda clase de investigaciones químicas, intentando averiguar si se trataba de un veneno o de gérmenes desconocidos que produjeran las manchas rojas —terció Monk, abriendo y cerrando sus manazas—. No logré averiguar nada en absoluto.

El aspecto de Monk era engañador; sin embargo, a pesar de su sencilla apariencia, estaba reputado como uno de los químicos más célebres y conocidos de América.

—¡No poseemos el menor dato en que basar nuestras sospechas! —exclamó Ham, el despierto abogado de Harvard, cuyo cerebro

sagaz le conquistó el rango de brigadier en la Guerra Mundial—. Pero te aseguro, Doc, que abrigamos profundas sospechas.

Dos Savage cruzó con brusquedad el aposento en dirección a la enorme caja de caudales, que le llegaba por encima de los hombros.

La abrió de par en par. Se vio al instante que un poderoso explosivo había hecho saltar el secreto mecanismo de la puerta.

Una exclamación de sorpresa brotó de los labios de los amigos.

—La encontré violentada en esta forma a mi regreso —explicó Doc—. Quizá guarde alguna relación con la muerte misteriosa de mi padre. Acaso se trate de un robo vulgar.

Los movimientos de Doc eran rítmicos cuando, apartándose de la caja, se sentó en un ángulo de la enorme mesa situada frente a la ventana.

Su penetrante mirada escudriñó al detalle el aposento que servía de oficina, con sus cómodos y lujosos muebles.

Al lado existía un despacho mayor, que se utilizaba como biblioteca, provisto de una colección de libros técnicos sobre todas las especialidades, que no tenía igual en el mundo entero.

A continuación estaba el vasto laboratorio, repleto de aparatos para toda clase de experimentos químicos y eléctricos.

Esa fue la parte material de la herencia que Savage dejó a su hijo Clark.

—¿Qué preocupación te consume, Doc? —preguntó Renny—. Todos hemos acudido a tu aviso de reunirnos esta noche. ¿Qué sucede?

Los dotados y extraños ojos de Doc Savage se posaron sucesivamente sobre los hombres allí reunidos, en quienes reconocía a los cinco cerebros más poderosos unidos para un mismo fin.

Solo un ser humano podía sobrepasar a cada uno de ellos en su propia esfera: el mismo Doc Savage.

—Creo que no es difícil adivinar por qué os he llamado —respondió.

Monk se frotó sus manos; velludas y cubiertas de cicatrices grises como si una bandada de polluelos, con sus endebles patitas, hubiesen marcado sobre ellas su paso.

De los seis hombres reunidos, solo Monk ostentaba cicatrices, pues los demás no presentaban en su piel el menor recuerdo de su

pasado inquieto y aventurero.

Doc poseía una especial habilidad en curar heridas sin que estas dejasen la menor señal, después de cicatrizadas.

Pero Monk, que se enorgullecía de su aspecto rudo, jamás consintió en ponerse bajo los cuidados de su amigo.

—Nuestro gran trabajo va a empezar, ¿eh? —preguntó con voz suave y rebosante de satisfacción.

Doc asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—El trabajo a que dedicaremos el resto de nuestras vidas —terminó Monk, con un suspiro de alivio.

En los rostros de todos los presentes se reflejó un intenso interés, y se prepararon para escuchar la sensacional declaración de Doc.

Este hizo oscilar una de sus piernas, que colgaba del ángulo de la mesa.

Ignoraba el gran peligro que estaba corriendo, pues desconocía la presencia del asesino de dedos carmesí, quien, desde el distante rascacielos, acechaba el momento propicio, se había colocado de modo que su espalda se apartaba de la línea de la ventana.

Un secreto y desconocido instinto le obligó a tomar aquella posición que por el momento salvaba su vida.

—Nos unimos por primera vez en la guerra —empezó, lentamente—. Nos complacía a todos una vida de aventura; la pasión por la lucha penetró como un veneno en nuestra sangre. Al regresar, la existencia del hombre vulgar y normal no satisfacía nuestras exaltadas naturalezas, que precisaban de la lucha y la agitación para encontrar la vida atractiva. En consecuencia, buscamos algo distinto.

Doc retenía la atención de sus compañeros, a los que electrizaba con sus palabras.

Su ser denotaba un profundo conocimiento de todas las cosas y una absoluta capacidad para ser el jefe de cualquier empresa.

—Movidos por nuestra mutua admiración hacia mi padre —continuó—, decidimos seguir su trabajo donde se vio obligado a interrumpirlo. Empezamos al instante a educarnos para ese propósito. Es la causa para la cual yo estoy destinado desde la cuna, pero que vosotros emprendéis, llevados por vuestro amor a la justicia y a las aventuras.

Haciendo una pausa, miró a sus compañeros, uno tras otro, a la

suave luz de la bien amueblada oficina, escasa muestra de la riqueza que en otro tiempo pertenecía a su padre.

—Esta noche —continuó en tono sombrío— empezamos a llevar a cabo los ideales de mi padre, prestando auxilio a los que se ven desamparados y necesitados de ayuda y castigando a todos aquellos que se creen impunes en sus fechorías.

Sucedió un silencio sombrío a la proclamación del programa.

Monk, a quien no le complacían los intervalos depresivos, rompió el silencio, preguntando:

—Lo que me intriga es saber quién violentó esa caja de caudales y con qué fin. Doc, ¿crees tú que guarda alguna relación con la muerte de tu padre?

—Desde luego, es posible —replicó Doc—. El contenido de la caja ha sido saqueado a conciencia. Ignoro si mi padre guardaba en ella algo de verdadera importancia. Pero sospecho que sí.

Sacó un papel doblado del interior de su chaqueta. La parte interior aparecía quemada, con todos los bordes chamuscados por las llamas.

Siguió hablando:

—El hecho de encontrar este papel en un rincón de la caja de caudales, me induce a creerlo. La explosión que permitió abrir el arca, destrozó, evidentemente, parte del papel, y es probable que al ladrón le pasara inadvertido el resto. Leedlo.

Se lo entregó a los cinco hombres. El papel estaba cubierto de la escritura ágil y firme del padre de Doc. Todos reconocieron su letra al instante.

Querido Clark:

Tengo muchas cosas que contarte. En toda tu vida, jamás hubo una ocasión en que deseara tanto tenerte a mi lado como en estos instantes. Te necesito, hijo mío, porque suceden acontecimientos que me indican la proximidad de mi fin. Verás que mis desvelos no se traducen en riquezas materiales tangibles, de las que puedas usar tranquilamente.

No obstante, tengo la satisfacción de saber que reviviré en ti.

He procurado educarte, desde la más tierna infancia, con la idea firme de convertirte en el hombre que ahora eres, y no escatimé tiempo ni gastos para hacer de ti el símbolo del ideal de

toda mi vida.

Todos mis trabajos se han encaminado al propósito de hacerte capaz de continuar mi labor, la empresa que empecé con tantas esperanzas y que en estos últimos años ha sido casi imposible llevar adelante.

Si no vuelvo a verte antes de que esta carta llegue a tus manos, deseo asegurarte que aprecio en lo profundo del alma tu devoción filial y el tierno cariño hacia tu padre. Tus largas ausencias han sido una fuente secreta de satisfacción para mí, pues durante ellas te has convertido en un hombre eficiente y confiado en sus propias fuerzas. Nada en el mundo podría complacerme más.

Ahora, voy a ocuparme de mis últimas voluntades. Otro hijo quizá no fuese digno de mi terrible legado, que solo ha de proporcionarte sinsabores y dolor; pero es tanta mi confianza en ti, que no vacilo en nombrarte heredero de ese capital de trabajo y destrucción. Por otra parte, también te permitirá algunas satisfacciones cuando ayudes a los desvalidos, cuando establezcas un reino de justicia igual para todos los hombres, cuando veas que con tu esfuerzo la Humanidad cambia de derrotero para marchar hacia un ideal de paz y amor.

Esta es, en líneas generales, la inmensa herencia cuya realización dejo en tus manos, hijo mío. Tengo también un legado especial.

Hace unos veinte años, en compañía de Hubert Hudson, tomé parte en una expedición a Hidalgo, en Centro América, con el objeto de investigar el informe de un prehistórico…

Ahí terminaba la misiva. Las llamas consumieron el resto.

—¡Lo que debemos hacer es buscar a Hubert Hudson! —exclamó Ham, el pensador rápido. Moviéndose veloz, se dirigió al teléfono y cogió el receptor—. Conozco su número. Trabaja en el Museo de Historia Natural.

—¡No conseguirás comunicar con él! —dijo Doc, muy secamente.

—¿Por qué no?

Doc bajó de la mesa, deteniéndose al lado de Renny. Juntos los dos amigos, se comprendía la enorme corpulencia y vitalidad del

joven Savage; semejaba la dinamita al lado de la pólvora.

—Hubert Hudson está muerto —explicó—. Falleció de la misma enfermedad que mató a mi padre; una dolencia extraña que empezó con una erupción de pequeñas manchas rojas.

La delgada boca de Renny se apretó más, si esto era posible. Parecía un hombre asqueado de las malas pasiones del mundo; lo bastante disgustado para llorar.

Cosa extraña: aquella expresión sombría denotaba que Renny empezaba a interesarse.

Cuando más grave era la situación, tanto mejor funcionaba su cerebro.

—¡Eso frustra nuestras posibilidades de averiguar algo más respecto de la herencia legada por tu padre! —murmuró.

—No por completo —corrigió Doc—. Esperad un momento. —Y atravesando una puerta, entró en la habitación repleta de volúmenes de la gran biblioteca técnica de su padre.

Cruzó el aposento hasta llegar al laboratorio.

Había por el suelo una infinidad de cajas llenas de productos químicos.

Veíanse, también, bobinas, tubos, aparatos de rayos X, microscopios, redomas, hornos eléctricos, todo, en fin, cuanto podía formar parte de semejante laboratorio.

Sacó de un armario una caja metálica muy semejante a una linterna mágica antigua. La lente, en vez de ser un cristal óptico corriente, era de un color purpurino oscuro, casi negro.

Había un cordón para enchufarla a la línea eléctrica.

Llevó esto a la habitación donde le aguardaban sus cinco compañeros; y colocándolo en un pie, enfocó la lente a la ventana.

Enchufó el cordón en un distribuidor eléctrico.

Antes de operar, levantó la tapa metálica e hizo señas a Long Tom, el mago de la electricidad.

—¿Conoces lo que es esto? —le preguntó.

—Desde luego —y Long Tom se tiró, distraído, de una oreja demasiado grande, demasiado delgada y pálida—. Se trata de una lámpara para proyectar rayos ultravioletas; lo que corrientemente se llama «luz negra». Los rayos son invisibles al ojo humano, puesto que son de onda mucho más corta que los que componen la luz corriente. Pero muchas sustancias, al colocarlas a la luz negra,

brillarán o se tornarán fluorescentes a la manera de una pintura luminosa en una esfera de reloj. Ejemplos de tales sustancias son la vaselina común, la quinina…

—Basta —interpuso Doc—. ¿Quieres mirar hacia la ventana? ¿Ves alguna cosa anormal?

Johnny, el flaco arqueólogo y geólogo, avanzó, también, quitándose sus lentes. Puso el cristal grueso ante su ojo derecho, inspeccionando la ventana.

En realidad, el lado izquierdo de sus lentes era un cristal de gran potencia amplificadora.

Su trabajo exigía en ocasiones un lente de aumento, y él lo llevaba sobre su ojo izquierdo, inútil a causa de una herida recibida en la Guerra Europea.

—¡No veo nada! —declaró Johnny—. En esta ventana no hay nada extraordinario.

—Espero que te equivoques —contestó Doc, en su bien modulada voz—. Aunque estoy seguro de que no alcanzarías a distinguir unas notas escritas, de haber algunas. La sustancia que mi padre perfeccionó para dejar mensajes secretos, es absolutamente invisible, pero resplandece a la luz ultravioleta.

—Quieres decir… —murmuró el velludo Monk.

—Que mi padre y yo a menudo nos dejábamos notas escritas en esta ventana.

—¡Mirad!

Cruzó la habitación con la agilidad de un tigre, a pesar de su corpulencia, y apagó las luces. Regresó a la caja negra.

Su mano, flexible a pesar de sus enormes tendones, hizo girar el interruptor, dando corriente al aparato.

Al instante, las palabras escritas surgieron en el cristal de la ventana.

Brillaron con un azul eléctrico y deslumbrante, el efecto de la súbita aparición fue sobrenatural.

Un segundo después se oyó un estampido formidable. Una bala destrozó el cristal en mil fragmentos, destruyendo el reluciente mensaje azul antes de poder leerlo ninguno de ellos.

La bala atravesó la puerta interior de acero de la caja de caudales y se incrustó en el fondo.

La habitación quedó envuelta en un silencio sepulcral. Un

segundo… dos…

Nadie se movió.

Luego se oyó un nuevo sonido: leve, suave, de trino, como el canto de algún pájaro extraño de la selva, o el murmullo del viento filtrándose por un bosque.

Melodioso, aunque carecía de armonía; y era inspirador, pero no infundía miedo alguno. El asombroso sonido poseía la cualidad peculiar de parecer provenir de toda la habitación más bien que de un lugar determinado, cual si estuviera dotado de una esencia alada de ventrilocuismo.

Una calma significativa asaltó a los cinco amigos de Doc Savage, al oír aquel murmullo. Su respiración se tornó menos rápida, sus cerebros se volvieron más alertas.

Pues este sonido fantástico era parte de Doc: una cosa pequeña e inconsciente que hacía en momentos de profunda concentración.

Para sus amigos, era el grito de batalla y el canto de triunfo. Brotaba de sus labios cuando trazaba un plan de acción, precursor de un plan maestro que aseguraba la victoria.

Surgía de nuevo en mitad de una batalla, cuando sus hombres luchaban con desventaja, y todo parecía perdido.

Con el sonido, recobraban nuevas fuerzas, y el curso de la batalla cambiaba radicalmente.

También surgía cuando algún miembro sitiado del grupo, solo y atacado, casi abandonaba toda esperanza de salvación.

Entonces el sonido solía filtrarse de alguna manera, y la víctima sabía, lo menos, que el auxilio llegaba.

Tan original silbido era el himno de Doc, una señal de seguridad y victoria.

—¿Quién fue herido? —preguntó Johnny; y se oyó cómo se ajustaba con más firmeza los lentes sobre su nariz.

—Nadie —respondió Doc—. Salgamos, hermanos, salgamos. Por el ruido deduzco que fue una bala de rifle corriente.

En ese instante, un segundo balazo rebotó en una pared de la habitación.

No penetró por la ventana, sino a través de algunas pulgadas de ladrillo y hormigón que componían la pared.

El yeso se esparció por la gruesa alfombra.

Capítulo III
El enemigo



Doc Savage fue el último de los seis en penetrar en la habitación contigua.

Pero lo hizo en menos de diez segundos. Aquellos hombres se movían con velocidad asombrosa.

Cruzó aceleradamente la biblioteca. La rapidez con que atravesó la oscuridad, sin tropezar con ningún mueble, demostraba el maravilloso desarrollo de sus sentidos.

Ningún animal de la selva andaría de caza con mayor seguridad y sigilo.

Unos prismáticos de gran aumento estaban guardados en el cajón de la mesa, y un potente rifle de caza, en el armario situado en el rincón.

En fracción de segundos, los cogió y se acercó a la ventana.

Vigiló y esperó.

No siguieron más disparos a los dos primeros.

Miró a través de la noche cuatro o cinco minutos con los anteojos.

Escudriñó las ventanas de todas las oficinas al alcance de su visión, y había centenares. Fijó su atención en la armazón laberíntica de la torre de observación situada en la cima del rascacielos en construcción.

La oscuridad envolvía al laberinto de viguetas y no logró descubrir el menor rastro del tirador.

—¡Se marchó! —concluyó en voz alta.

No siguió a sus palabras ningún ruido de movimientos. El toldo de la ventana descendió con ruido en la habitación adonde les

tirotearon.

Los hombres se tornaron rígidos; luego, a una llamada de Doc, perdieron su rigidez. Avanzó en silencio hacia el toldo y lo alzó.

Estaba junto a la caja de caudales, con las luces encendidas, cuando entraron.

El cristal de la ventana quedó arrancado por completo de su marco. Yacía en trozos relucientes sobre la lujosa alfombra.

El mensaje reluciente que fue escrito allí, parecía estar destruido para siempre.

—Alguien estuvo acechándome —dijo, en tono impasible—. Evidentemente no pudieron conseguir la puntería deseada. Cuando apagamos la luz para mirar el escrito de la ventana, creyeron que abandonábamos el edificio. En consecuencia, dispararon dos tiros al azar.

—La próxima vez, ¿qué te parece si ponemos cristal irrompible en estas ventanas? —sugirió Renny; el humorismo de su voz contradecía su aspecto serio.

—Seguramente —respondió Doc—. ¡La próxima vez! ¡Estamos en el piso ochenta y seis y es muy corriente que le tiroteen a uno aquí!

Ham interpuso su resoplido sarcástico. Moviéndose rápido y nervioso, logró introducir su brazo delgado por el agujero que la bala hizo en la pared de ladrillo.

—¡Aunque pusieses ventanas a prueba de balas, deberías tener mucho cuidado al situarte delante de ellas! —dijo con sequedad.

Doc estudiaba el agujero de la puerta de la caja de caudales, observando especialmente el ángulo por donde entró la poderosa bala.

La bala, casi intacta, permanecía incrustada en la pared posterior de la caja.

Los músculos de su brazo en tensión rasgaron de repente la manga de su chaqueta.

Contemplando con tristeza la manga rota, sacó el brazo de la caja de caudales. La bala yacía en la palma de su mano.

Renny no pudo parecer más asombrado que si un diablo con rabo hubiese surgido del interior de la caja. La expresión de su rostro era ridícula.

Doc pesó la bala en la palma de su mano. Tenía los párpados

entornados.

Parecía dar a su maravilloso cerebro toda la posibilidad de trabajar y en efecto lo hacía.

Calculaba el peso de la bala casi con tanta exactitud como si la pesara en una balanza de precisión.

—Trescientos gramos —declaró—. Eso indica que se trata de un rifle Nitro-Express del calibre 577. Probablemente el arma que disparó aquel tiro era de dos cañones.

—¿Cómo haces ese cálculo? —preguntó Ham, con toda probabilidad el más astuto de los cinco amigos, aunque el cerebro de Doc le superaba.

—No hubo más que dos disparos —aclaró Doc—. Además, los cartuchos de este enorme tamaño se disparan generalmente con rifles gigantes, de dos cañones.

—¿Qué hacemos aquí parados? —exclamó Monk—. ¡El tirador quizás escape mientras perdemos el tiempo charlando!

—Probablemente ya huyó, puesto que no logré localizarlo con los anteojos —replicó Doc—. ¡Pero, desde luego, vamos a movernos y pronto!

Con cuatro frases lacónicas dirigidas a Renny, Long Tom, Johnny y Monk, respectivamente, Doc dio todas las órdenes necesarias.

No explicó con detalle lo que debían hacer. Era innecesario. Simplemente les daba una idea de lo que deseaba y ellos se ponían manos a la obra y lo realizaban en breve tiempo.

Los amigos de Doc eran hombres inteligentes.

Renny, el ingeniero, cogió una regla del cajón de la mesa, un compás, papel y un trozo de cordel.

Buscó matemáticamente el ángulo por donde atravesó la bala la puerta interior de la caja de caudales, calculando de manera experta la ligera desviación producida por la ventana.

En menos de un minuto alineó el cordel desde la caja a un lugar en medio de la ventana, siguiendo la trayectoria de la bala.

—¡Date prisa, Long Tom! —exclamó, impaciente.

—¡Aguarda un momento! —se quejó el interpelado. Trabajaba con tanta rapidez como el ingeniero.

Long Tom penetró veloz en la biblioteca y en el laboratorio, recogiendo diversos artículos de material eléctrico.

Con un par de potentes bombillas, un pedazo de hojalata y un espejo de bolsillo que pidió prestado a Monk, montó un aparato para proyectar un destello de luz fino, pero muy potente. Añadió el cristal de aumento de Johnny antes de conseguir el efecto deseado.

Apuntando su destello da luz por el cordel de Renny, localizó de esta manera en la masa oscura del rascacielos el lugar de donde partieron los tiros.

Entre tanto, Johnny, con manos y ojo expertos a fuerza de años de reunir trozos de alfarería de ruinas antiguas y los huesos de monstruos prehistóricos, lograba componer el cristal de la ventana roto en mil pedazos.

Una operación que habría tomado a un profano horas. Johnny la realizó en escasos minutos.

Enfocó el aparato de la luz negra sobre el cristal. El mensaje surgió en un azul reluciente. ¡Intacto!

Monk regresó del laboratorio. En las manazas velludas que colgaban por debajo de las rodillas, llevaba varias botellas herméticamente cerradas.

Contenían un líquido de un color vago.

De la riqueza de fórmulas químicas guardadas en su cerebro, Monk compuso un gas para combatir a sus enemigos, y lograr acorralar al que disparó aquellos tiros.

Era un gas que paralizaría al instante al que lo inhalara, pero de efectos temporales y nada nocivos.

Se congregaron en torno a la mesa sobre la cual Johnny reunió los fragmentos de cristal.

Todos, menos Renny, que seguía calculando los ángulos. Y cuando Doc enfocó la luz sobre el cristal, leyeron el mensaje escrito:

«Papeles importantes detrás del ladrillo rojo».

Antes de que comprendiesen el mensaje, Renny gritó su descubrimiento.

—Tiraron desde la torre de observación del rascacielos en construcción —gritó— y el tirador debe estar allí arriba, todavía.

—¡Vamos! —ordenó Doc.

Los hombres salieron al macizo y reluciente pasillo del edificio, en dirección a los ascensores.

Si observaron que Doc quedaba rezagado unos segundos, ninguno de ellos lo comentó. Doc hacía siempre cosas semejantes,

que a veces resultaban tener consecuencias asombrosas más tarde.

Penetraron en el ascensor abierto con tal rapidez, que sobresaltó al empleado, que dormitaba sentado en un rincón.

El ascensor descendió con un chirrido estridente. Silenciosos y ceñudos, Doc y sus amigos formaban una colección extraordinaria de hombres.

Su porte impresionó de tal manera al empleado, que, contemplándolos, habría conducido el ascensor al sótano, en lugar de detenerse en la planta baja, si Doc, siempre atento, con una ligera presión en su brazo no le volviera a la realidad.

Salieron corriendo, cruzando el vestíbulo y saltaron a un taxi que permanecía parado junto a la acera, con el chofer dormido sobre el volante.

Cuatro de los seis amigos penetraron en el interior del vehículo; Doc y Renny se quedaron en los estribos.

—¡A aquel rascacielos! —ordenó Doc, al sobresaltado chofer. El taxi salió disparado.

La lluvia azotaba con mayor intensidad el fuerte y curtido rostro de Doc, resbalando por su cabello broncíneo.

Su piel y cabellos poseían la extraña cualidad de parecer impermeables al agua; casi podía decirse que no se mojaba; el agua se deslizaba sobre ellos como encima de plumas.

Las calles estaban desiertas en aquella parte de Nueva York, dedicada casi exclusivamente al comercio y a oficinas.

Los frenos chirriaron y el taxi se detuvo, patinando sobre el asfaltado, junto a la acera.

Doc y Renny se precipitaron hacia la entrada del nuevo edificio, cuyos pisos inferiores estaban ya alquilados.

Los cuatro pasajeros salieron por la portezuela con violencia, como lanzados por una catapulta.

—¡Págueme! —aulló el chofer.

—¡Aguarde aquí! —le gritó Doc, sin dejar de correr.

Al llegar a la entrada del edificio, llamó al vigilante nocturno, sin recibir la menor respuesta.

Le intrigó aquel silencio inusitado, pues no se concebía dejasen abandonado un edificio de tal categoría.

Penetrando en el ascensor, subieron al último piso, sin encontrar el menor rastro del vigilante. Ascendieron por una escalera hasta la

azotea, donde se elevaba la armazón de acero.

Allí, atado y amordazado, encontraron al vigilante. Era un irlandés corpulento de gruesas y rojas mejillas, que parecía sofocado por la fuerte presión de la mordaza.

Se disponía a expresar con júbilo la acción de Doc al libertarle, pero se calló, estupefacto, pues Doc, sin molestarse en deshacer los nudos o cortar las cuerdas, simplemente liberó al irlandés rompiéndolas con la misma facilidad que si fueran hilos.

—¡Cielos! —murmuró el vigilante—. ¡Esa fuerza parece arte de brujería!

—¿Quién le ató? —interrogó Doc, en tono imperioso—. ¿Qué aspecto tenía el hombre?

—Lo ignoro —declaró el hijo de la Verde Erin—. Solo logré distinguir una cosa sorprendente, los dedos del hombre tenían las puntas rojas. ¡Como si las hubiese sumergido en sangre!

Los seis amigos subieron a la torre, dejando al irlandés frotando sus miembros doloridos y murmurando acerca de los misterios de la gran ciudad.

—Esta es, aproximadamente, la altura —dijo el delgado Johnny, corriendo tras Doc—. Disparó desde aquí.

Johnny apenas jadeaba. A pesar de su aparente delgadez, excedía en resistencia a todos los otros, excepto a Doc.

Se sabía que resistía tres días y tres noches con una rebanada de pan y una cantimplora de agua.

Doc, virando a la derecha, sacó una lámpara de bolsillo.

No era como otras lámparas. No utilizaba ninguna pila. Un generador diminuto y potente, colocado en el mango e impulsado por un fuerte muelle, suministraba la corriente.

Una torsión del mango de la lámpara giraba el muelle y proporcionaba luz durante unos minutos. Un receptáculo especial contenía bombillas de recambio. No era muy probable que aquella luz sufriese avería o se apagase.

La linterna arrojaba un destello que parecía una varilla blanca. Enfocó una plataforma de pesados tablones.

—¡El disparo partió de ahí! —afirmó Doc.

Una viga de acero, de varios centímetros de espesor, resbaladiza por la humedad, ofrecía un camino más corto para llegar a la plataforma.

Corrió por encima, tan seguro de pies como una araña en su tela.

Sus cinco hombres, conociendo que flirteaba con la muerte entre las viguetas de acero a cientos de metros de profundidad, decidieron dar la vuelta cuidadosamente.

Doc había recogido dos cartuchos vacíos de la plataforma y los examinaba, cuando sus cinco amigos pusieron los pies en los tablones.

—¡Un cañón! —exclamó Monk, después de mirar el enorme tamaño de los cartuchos.

—No del todo —replicó Doc—. Son cartuchos para el rifle gigantesco del que os hablé. Y sin duda el tirador usó uno de dos cañones.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Renny.

Doc señaló le superficie de la plataforma. Se veían apenas dos señales diminutas, juntas.

Al llamarles la atención, comprendieron fueron hechas por un rifle de dos cañones, al apoyarlo un instante en los tablones.

—Era un hombre bajo —añadió—. Más bajo aún que Long Tom. Y mucho más ancho.

—¿Eh? —Hasta Ham, cuya sagacidad era de todos conocida, ¡no acertaba a comprenderlo! Al parecer, sin darse cuenta de su gran altura, donde la menor vacilación significaba la muerte, Doc dio media vuelta, señalando una viga que a causa de la protección de otra superior no se había mojado con la lluvia. Pero se veía una mancha húmeda sobre el acero seco.

—El tirador lo rozó con el hombro al pasar —explicó—. Eso demuestra su estatura, al mismo tiempo que nos indica su corpulencia, pues solo un hombre ancho de espaldas rozaría la viga. Ahora…

Enmudeció de repente. Permaneció rígido, fija la mirada en un punto lejano.

Semejaba una magnífica estatua; solo sus ojos dorados y chispeantes parecían relumbrar en la oscuridad.

—¿Qué sucede, Doc? —preguntó Renny.

—¡Alguien encendió una cerilla en nuestra oficina! —Se interrumpió con un sonido explosivo—. ¡Ahora enciende otra!

Sacó al instante los prismáticos del bolsillo, enfocándolos hacia

la ventana.

Divisó solamente un destello; la cerilla se apagaba. Solo se veían con claridad las puntas de los dedos del merodeador.

—¡Sus dedos… tienen las puntas rojas!

Capítulo IV
La promesa mortal roja



Doc esperó un intervalo de unos doce segundos.

—¡Vamos allá! —exclamó, entonces—. ¡Dirigíos a la oficina, rápido!

Los cinco hombres empezaron a descender de la plataforma con toda la rapidez posible, dado el peligro.

Pero tardarían bastantes minutos en la oscuridad y en la maraña de las vigas y columnas, para llegar al lugar donde los ascensores los bajarían.

—¿Dónde está Doc? —murmuró Monk, cuando descendieron un par de pisos.

Observaron, entonces, que no estaba con ellos.

—¡Se quedó atrás! —exclamó Ham, irritado. Al ser empujado inconscientemente por Monk, añadió—: Escucha, Monk, ¿quieres que de una patada te mande al fondo?

Doc no se quedó rezagado. Con la sobrenatural agilidad de un mono, cruzó por un sendero precario de viguetas, hasta llegar a los montacargas.

Las jaulas estaban a más de cien metros abajo, en el suelo, y no había medio para manejar los mandos. Pero Doc lo sabía.

En la punta del árbol del elevador, balanceado por la presa de sus potentes rodillas, se quitó la americana, con la cual hizo una almohadilla para sus manos. Los gruesos cables del ascensor apenas se veían. Pendían a unos tres metros de distancia. Pero con un salto suave los cogió.

Utilizando la chaqueta para protegerse las palmas de las manos del calor de la fricción que sin duda se generaría, empezó a

descender, deslizándose por los cables.

El aire zumbaba en sus oídos, y en los pantalones y mangas. La americana humeaba, dejando un rastro de chispas.

A mitad del descenso frenó, logrando detenerse, y volvió la chaqueta.

Llegó a la calle cuando Ham amenazaba tirar a Monk al fondo del abismo, si volvía a empujarle.

Tenía la imperiosa necesidad de llegar a la oficina antes de la partida del intruso que delató su presencia encendiendo una cerilla.

Subiendo veloz al taxi que esperaba, dio una orden.

La voz de Doc poseía la cualidad mágica de imponer súbita obediencia a cualquier palabra suya.

El coche arrancó como una flecha y a una velocidad suicida dobló la esquina, recorriendo varias manzanas en la fracción de un minuto.

Saltando del taxi con la rapidez de una centella, penetró en el vestíbulo del edificio, dirigiendo la palabra al empleado del ascensor.

—¿Qué clase de hombre llevó usted al piso ochenta y seis, hace unos minutos? —le preguntó.

—No ha entrado ni un alma desde que ustedes se marcharon —afirmó el empleado.

Doc meditó un instante acerca de su equivocada suposición de que el tirador penetró en la oficina, aprovechando su ausencia.

—Escuche —dijo—. Aguarde aquí y esté dispuesto a lanzar a mis cinco amigos sobre cualquiera que salga de este edificio. Mis hombres llegarán en seguida. ¡Subo en el ascensor!

Ya dentro de la cabina al pronunciar las últimas palabras, impulsó al ascensor su velocidad máxima hasta el piso ochenta y cinco, es decir, debajo mismo de donde tenía instaladas las oficinas.

Saliendo del ascensor, subió con sigilo las escaleras y se detuvo ante la puerta de las oficinas que antes fueron de su padre y ahora le pertenecían.

La puerta estaba entornada. Reinaba en el interior una densa oscuridad que podía muy bien ocultar al siniestro enemigo.

Apagó las luces del pasillo como medida preventiva, para evitar que la luz delatase su presencia. No temía un encuentro en la oscuridad.

Había adiestrado sus oídos con un método de ejercicios científicos de sonido que formaba también parte del intenso entrenamiento físico y mental que practicaba diariamente. Su oído se convirtió en un sentido ultrasensible, distinguiendo con claridad sonidos inaudibles a otras personas.

Y los oídos eran de vital importancia en una lucha en la oscuridad.

Pero un rápido examen de las tres habitaciones, escuchando un instante en cada una de ellas, le convenció de que el intruso había huido.

Sus compañeros llegaron al pasillo en aquel momento, anunciando su presencia con gran estrépito.

Encendiendo las luces de las oficinas, desde el umbral de la puerta observó cómo entraban. Faltaba el corpulento químico.

—Monk se quedó abajo, de guardia —explicó Renny.

Doc asintió con un movimiento de cabeza, mientras sus ojos descansaban interesados sobre la enorme mesa del despacho.

¡Encima de ella, se veía un sobre rojo!

Cruzando la habitación con rapidez, cogió un libro y abriéndolo, lo utilizó a guisa de pinzas para coger la extraña misiva roja.

Llevándolo al laboratorio, lo sumergió en un baño de un líquido desinfectante, calculando el tiempo para destruir todo germen nocivo.

—He oído hablar de asesinos que inutilizaron a sus víctimas con sobres contaminados de alguna enfermedad incurable —explicó a sus compañeros—. Recordad que mi padre falleció de una enfermedad extraña.

Abriendo con cuidado el sobre sacó un papel rojo con unas palabras escritas en tinta negra.

El mensaje no tenía firma y decía así:

«Savage:

»Desiste de tu búsqueda, no sea que la muerte roja aseste otro golpe».

Lentamente regresaron en silencio a la habitación donde encontraron el inquietante mensaje.

Long Tom hizo un nuevo descubrimiento. Señaló con mano

pálida la caja que contenía el aparato de rayos ultravioletas.

—Alguien ha tocado el aparato —declaró.

Doc asintió con la cabeza. Lo notó desde que encendió las luces, pero guardó para sí tan importante detalle.

Tenía por norma no desilusionar jamás a ninguno de sus amigos que se imaginara ser el primero en observar un detalle.

Su modestia contribuía al afecto que hacia él sentían sus asociados.

—Quien dejó ese mensaje utilizó el aparato de la luz negra —dijo a Long Tom—. Es casi seguro que examinó el cristal que Johnny logró reunir.

—¡Entonces leyó el mensaje secreto de tu padre! —murmuró Renny.

—Es muy probable —respondió Doc.

—¿Lo entendería? —repuso Renny.

—Espero que sí —respondió Doc, con extraño acento.

Todos se sorprendieron al oír tales palabras, pero sin dejarles hacer el menor comentario agregó que no estaba dispuesto a ampliar la extraña declaración. Tomando el cristal de aumento de Johnny examinó la puerta buscando huellas dactilares.

—¡Cazaremos a quien sea! —afirmó Ham, con una mueca—. En cuanto vean a Monk, no se atreverán a desafiarlo.

En aquel instante se oyó el ascensor y el leve chirrido de sus puertas. Monk salió con furia y penetró en el despacho.

—¿Qué deseáis? —preguntó.

Sus compañeros le contemplaron perplejos. La bocaza de Monk se tornó en un ceño gigantesco.

—¿No telefoneasteis diciendo que subiera? —interrogó.

—No —replicó Doc, moviendo lentamente su bronceada cabeza.

Monk lanzó un aullido digno del animal a quien se parecía.

Paseó de un lado a otro dando patadas en el suelo, y murmurando frases que nada bueno auguraban para el bromista.

—¡Alguien se burló de mí! —bramó—. ¡Le retorceré el cuello! ¡Le arrancaré las orejas! Le…

—Pararás en una jaula del Jardín Zoológico, si no aprendes a reprimirte —declaró Ham, en tono mordaz.

Monk cesó al instante en sus gritos y su agitación, y miró con fijeza a su amigo, empezando por su distinguido mechón de

cabellos, prematuramente grises, descendiendo, poco a poco, por el rostro, su traje elegante y sus zapatos charolados.

Después de contemplarlo de pies a cabeza, empezó a reír a carcajadas.

Ham quedó rígido al oír la estentórea risa. Su rostro se encendió de rubor y mal reprimida furia.

Monk no ignoraba que la mejor manera de irritar a Ham era reírse de él. El hecho empezó en las trincheras, durante la guerra mundial.

El abogado fue el iniciador de una broma, que consistía en enseñar a Monk ciertas palabras francesas que tenían un significado distinto de lo que se imaginaba.

Como resultado Monk fue arrestado por decir inocentemente ciertas palabras a un general francés.

Allí adquirió su apodo, que significaba jamón. Y jamás logró probar que Monk fuese el autor de la represalia.

Eso enconaba el alma de abogado de Ham.

Doc Savage había cogido el aparato de rayos ultravioleta. Enfocándolo en el cristal reunido, dijo:

—¡Mirad ahora!

¡El mensaje del cristal había sido cambiado!

Entonces se distinguían, con una luminosidad azul, ocho palabras más de las que antes hubiera en el mensaje original. El comunicado decía así:

> *«Papeles importantes detrás de la casa de ladrillo rojo situada en la esquina de las calles Mountainair y Farmwell».*

—¡Eh! —estalló Renny—. Como…

Con una mano levantada y señalando a la puerta, Doc hizo callar a su compañero y juntos salieron al pasillo, tomando el ascensor.

Mientras descendían rápidamente, explicó:

—Alguien te engañó haciéndote subir para que dejases el paso libre, y poder escapar, Monk.

—Sí, ahora lo comprendo —murmuró este—. Lo que no sé es quién agregó esas palabras al mensaje.

—Lo hice yo antes de marcharnos —confesó Doc—. Presentí que

nuestro enemigo quizá nos vio trabajar con el aparato de los rayos ultravioletas y por si se le ocurría investigar cambié el mensaje, tendiéndole un lazo.

Monk mostró los enormes nudillos de sus manos y exclamó:

—¡Un lazo! ¡Espera que le ponga las manos encima a ese granuja!

El taxi aguardaba en la calle.

El chofer, al verlos, empezó a gemir:

—¡Oigan! ¿Cuándo piensan pagarme? Deberán abonarme todo el tiempo que he aguardado…

Doc entregó al hombre un billete de tal cuantía, que no solo tuvo la virtud de hacerle callar, sino que le dejó estupefacto.

El taxi marchaba a toda velocidad por el húmedo asfaltado de la Quinta Avenida.

La lluvia seguía azotando con violencia los cristales y fustigaba sin piedad a Doc y Renny; como la otra vez, permanecían en el estribo, sosteniéndose fuertemente para aminorar las violentas sacudidas del coche.

—Esa casa de ladrillo en la esquina de las calles Mountainair y Farmwell está deshabitada —advirtió Doc—. Por ese motivo di tales señas en la adición al mensaje.

Monk, dentro del coche, aseguró nuevamente entre dientes que se vengaría del bromista que le burló tan lindamente.

Un policía de tráfico les siguió con su motocicleta, y pronto les alcanzó, dispuesto a multarles por exceso de velocidad.

Pero al ver a Doc, cuyo rostro sobradamente conocía, agitó la mano, saludándole con respeto.

Doc ni siquiera reconoció al hombre, pues con seguridad se trataría de un individuo que recibió algún favor y reverenciaba a Savage «padre».

El vehículo penetró en una calle poco frecuentada.

Hileras de altas casas, completamente a oscuras, convertían la calle en un túnel negro y amenazador.

—¡Ya llegamos! —avisó al chofer.

La vecindad, en realidad, no era muy atractiva. Las calles eran sucias y repulsivas, las aceras, estrechas y tortuosas; el asfalto, agrietado por todas partes, formando profundos agujeros llenos de agua.

Preguntó Doc, para asegurarse:

—¿Tenéis todas las bombas de gases de Monk?

—Sí —le contestaron sus compañeros, dispuestos a entrar en acción.

Su jefe dio órdenes lacónicas:

—Monk delante; Long Tom y Johnny a la derecha; Renny a la izquierda. Yo iré a retaguardia. Ham, quédate de reserva por si se presenta un accidente que necesite pronta solución.

Les concedió un minuto para tomar posiciones; no era mucho, pero sí todo el tiempo que necesitaban.

La casa de ladrillo rojo de la esquina tenía solo dos pisos ruinosos. Hacía mucho tiempo que sus últimos moradores la abandonaron en un completo estado de ruina.

Las columnas del pórtico se desmoronaban, los postigos de las ventanas se veían arrancados. Daba una impresión de ruina y vetustez.

El farol de la esquina daba una luz tan tenue que no lograba disipar las sombras de su alrededor.

Doc encontró unos arbustos y penetró entre ellos, con el mismo sigilo y silencio de las fieras dentro la maleza de la selva.

Parecía una sombra deslizándose entre las hojas.

Casi al instante, distinguió al enemigo.

El hombre se hallaba en la parte trasera de la casa, cruzando el patio lentamente y alumbrando su camino con cerillas que encendía una tras otra.

Era bajo, pero de formas perfectas, de piel suave y amarilla, y una corpulencia que significaba gran desarrollo muscular. Tenía la nariz curva, algo ganchuda, los labios llenos y el mentón no muy pronunciado.

¡Pertenecía a una raza extraña!

Las puntas de sus dedos estaban teñidas de un escarlata brillante.

Doc no se mostró en seguida. Observó con curiosidad.

El hombre de piel dorada estaba intrigado, y en realidad tenía sus motivos; pues lo que buscaba no estaba allí.

Murmuró, disgustado, unas palabras en una lengua extraña y cloqueante.

Doc, al oír las palabras, quedó pasmado. No esperaba oír a un

hombre hablando aquel idioma con tanta facilidad como si fuera su lengua natal.

¡Y era la jerga de una civilización desaparecida!

El hombre, achaparrado, mostraba señales de abandonar su búsqueda.

Encendió otra cerilla, guardando la caja, como si tuviera el propósito de no encender ninguna más. Luego se puso rígido.

En la noche lluviosa resonó un sonido bajo, suave y trinante, como la canción de un pájaro exótico.

Parecía emanar de todas partes, de abajo, de arriba, delante y detrás. El hombre achaparrado se quedó perplejo. El sonido sobresaltaba pero no infundía temor.

Doc indicaba a sus hombres que estuviesen alerta. Podría tropezar con otro enemigo más.

El hombre de los dedos rojos se volvió, escudriñando la oscuridad. Avanzó un paso hacia un rifle gigantesco de dos cañones que estaba apoyado es un montón de leña cercano.

Era un rifle de enorme calibre. La mano del hombre intentó coger el arma…

¡Doc se lanzó sobre él! Su salto fue más experto aún que el salto de un merodeador de la jungla, pues la víctima no emitió ni un solo gemido antes de ser apresado, impotente en los brazos que le atenazaban con presa hercúlea y que le cortó el aliento como si le echaran plomo en la garganta.

Los compañeros acudieron con rapidez. No encontraron a nadie más por los alrededores.

—Me gustaría sujetarlo yo —sugirió Monk, suplicante.

Sus velludos dedos se cerraban y abrían convulsivos.

Doc movió la cabeza en señal negativa, soltando al prisionero.

Al sentirse libre, el hombre intentó escapar, echando a correr.

Pero la mano de Doc, surgiendo con increíble rapidez, hizo presa en él, con tal fuerza, que sus dientes chocaron con fuerza.

Le preguntó en inglés:

—¿Por qué disparaste contra nosotros?

El hombre achaparrado pronunció unas palabras guturales cloqueantes, muy excitado.

Doc dirigió una rápida mirada a Johnny.

El delgado arqueólogo, que poseía vastos conocimientos de las

razas antiguas, se rascó la cabeza perplejo. Se quitó los lentes, luego se los volvió a poner.

—¡Es increíble! —murmuró—. Creo que el lenguaje que habla ese hombre es el antiguo maya. El idioma de la tribu que construyó las grandes pirámides de Chichén Itzá; y por causas desconocidas desapareció luego. Probablemente conozco tanto de su lengua como el primero sobre la faz de la tierra. Aguardad un minuto; pensaré unas cuantas palabras.

Pero Doc no quiso aguardar.

¡Habló al hombre en el olvidado lenguaje maya! Cierto es que poco a poco, deteniéndose, de cuando en cuando, pero le habló de una manera bastante comprensible.

Y el prisionero, más excitado que antes, emitió una serie de sonidos guturales en contestación a las anteriores palabras.

Doc hizo una pregunta concisa, a la cual el hombre dio una respuesta negativa.

—No quiere hablar —se lamentó—. ¡Solo pronuncia una serie de tonterías acerca de su misión de matarme para salvar a su pueblo de algo que él llama la Muerte Roja!

Capítulo V
La mosca que saltó



Reinó un asombrado silencio en el grupo.

—¿Quieres decir —murmuró Johnny— que este individuo habla la lengua de los antiguos mayas?

—En efecto —asintió Doc, sonriendo.

—¡Es fantástico! —gruñó Johnny—. Esa raza desapareció hace siglos; por lo menos todos los que componían la civilización superior. Es probable quedaran unos cuantos peones ignorantes. Pero en cuanto a los mayas de las clases superiores —hizo un gesto de algo que desaparecía— «¡puf!». Nadie sabe qué se hizo de ellos.

—Era un pueblo maravilloso —murmuró Doc, pensativo—. Poseían una civilización que con toda probabilidad superaba a la del antiguo Egipto.

—Pregúntale por qué se pinta de rojo las puntas de los dedos —solicitó Monk, aturdido por aquel tema que se apartaba de lo presente.

Doc formuló la pregunta en lengua maya.

El hombre achaparrado dio una respuesta gruñona, y con evidente mala gana.

—Dice que pertenece a la secta de los guerreros —tradujo Doc—. Solo los miembros de esa secta llevan las puntas de los dedos rojas.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo! —resopló Monk.

—No quiere hablar más —advirtió Doc. Luego añadió en tono feroz—: Lo llevaremos a la oficina y veremos si cambia de opinión.

Cacheando al prisionero, le encontró encima un cuchillo extraordinario. La hoja era de obsidiana, un mineral volcánico

vítreo, de color verde muy oscuro, cuyo filo rivalizaba con el de una navaja de afeitar. El puño era solo una correa de cuero envuelta en torno a la parte superior del mineral.

Doc se apoderó del cuchillo y del rifle gigantesco. Se trataba de un arma maravillosa, fabricada por Webley Scott, de Inglaterra.

Monk se hizo cargo del prisionero, empujándolo hacia la calle, y sin grandes cortesías lo introdujo dentro del coche, sentándose a su lado.

Doc intentó durante el camino sondear a su agresor, pero el individuo solo reveló un hecho que ya fue adivinado.

—Dice que, realmente, es un maya —indicó a sus compañeros.

—Dile que le arrancaré las orejas y se las haré comer si no habla —sugirió Monk, que no le perdonaba.

Deseando observar el efecto de tales amenazas, Doc repitió las palabras de su amigo.

El maya se encogió de hombros, cloqueando en su lengua nativa.

—Dice —explicó Doc— que los árboles de su país están llenos de seres como tú, aunque más pequeños. Se refiere a los monos.

Ham soltó una estentórea carcajada al oír esto.

Monk guardó silencio.

Llovía menos fuerte cuando se detuvieron ante el edificio reluciente que se elevaba cerca de un centenar de pisos.

El ascensor los llevó al piso ochenta y seis.

El maya persistió en su silencio.

—¡Si tuviésemos algún suero para conseguir la verdad! —sugirió Long Tom, pasándose los dedos por su cabello rubio y nórdico.

Renny levantó un puño monstruoso.

—¡Este es todo el suero que necesitamos! ¡Os enseñaré cómo funciona!

Renny, con grandes y ondulantes montañas de músculos por hombros, y largas tiras de hueso y tendón por brazos, se acercó a la puerta de la biblioteca. Levantó el puño.

¡Bang! El puño atravesó el entrepaño de la puerta. Parecía que el hueso y el tendón no podrían resistir tal cosa.

Pero cuando Renny sacó los nudillos de entre las astillas, no mostraron ninguna señal.

Habiendo demostrado de lo que era capaz, regresó, inclinándose amenazador sobre el cautivo.

—Háblale en esa jerga que él llama lenguaje, Doc —dijo—. Dile que le sucederá lo mismo que a esa puerta si no nos dice si tu padre murió asesinado y, en caso afirmativo, quién lo mató. Y también queremos saber por qué motivo intentó asesinarnos.

El prisionero permaneció sentado en un silencio estoico. Se le veía asustado, pero resuelto a sufrir cualquier violencia antes que hablar.

—Espera, Renny —sugirió Doc—. Probemos un procedimiento más sutil.

—¿Por ejemplo?… —inquirió Renny.

—El hipnotismo —respondió Doc—. Si este hombre pertenece a una raza salvaje, es probable sea susceptible a la influencia hipnótica. No es ningún secreto que muchos salvajes se hipnotizan a tal extremo que creen ver dioses paganos que les hablan.

Colocado enfrente del achaparrado maya, empezó a ejercer el poder de sus asombrosos ojos dorados.

Parecían convertirse en chispas movedizas y relucientes del metal amarillo, dominando la mirada del prisionero de una manera inexorable, ejerciendo una influencia imperiosa y autoritaria.

El maya, un instante quieto, excepto por sus ojos saltones, se bamboleó un poco en su asiento.

Luego, profiriendo un grito penetrante en su lengua nativa, se echó atrás, saltando de la silla.

El salto lo llevó hacia Renny, pero el gigante de los puños monstruosos observaba con tal atención a Doc, que estaba también algo hipnotizado.

Reaccionó con lentitud y al alargar el brazo para coger al maya, este se escabulló.

Dirigiose como una centella a la ventana y dando un salto formidable, se lanzó de cabeza al vacío, a la muerte.

Sucedió un silencio mortal en la habitación.

—Comprendió que se le obligaría a hablar —comentó Ham, asomándose por la ventana—. Y, en consecuencia, prefirió suicidarse.

—¿Qué habrá detrás de todo esto? —murmuró Long Tom, perplejo, contemplando distraído sus facciones reflejadas en la reluciente tapa de la mesa.

—Veamos si el mensaje de mi padre aclara alguna cosa —sugirió

Doc.

Le siguieron a la biblioteca.

«Papeles importantes detrás del ladrillo rojo», decía el mensaje escrito en letra invisible, que solo podían leerse por medio de la luz ultravioleta.

Sentían curiosidad por conocer dónde estaban los papeles y ansiaban ver si estaban intactos.

Sobre todo les interesaba la naturaleza de esos «papeles importantes».

Doc llevaba bajo el brazo la caja productora de los rayos ultravioletas.

Condujo a los compañeros al laboratorio.

Notaron en seguida que el suelo era de ladrillo, cubierto en parte por una alfombra de caucho.

Monk pareció comprender de momento, luego puso una cara larga.

—¡Ah! —gruñó. ¡Los ladrillos del suelo eran todos rojos!

Doc enchufó el aparato de los rayos ultravioletas.

Apagadas las luces del laboratorio, enfocó deliberadamente los rayos negros sobre el suelo de ladrillo. La oscuridad era intensa.

De repente, uno de ellos brilló con una luminosidad roja. El ladrillo tapaba una cavidad secreta en el suelo y Savage «padre» lo trató con alguna sustancia que poseía la propiedad de brillar rojo bajo los destellos de luz negra.

De la cavidad secreta, sacó un rollo de papeles envuelto en un hule.

Ham encendió las luces.

Se reunieron en torno a Doc, esperando con ansiedad conocer el resultado.

Savage abrió el paquete. Tenían un aspecto oficial, se veían repletos de sellos. Y estaban redactados en español.

Cuando terminaba de repasarlos uno por uno, los pasaba a Ham.

El sagaz abogado los estudiaba con gran atención.

Por fin, Doc terminó de examinarlos todos. Miró a Ham, su amigo.

—Estos papeles —declaró Ham— son una concesión del gobierno de Hidalgo. Te conceden varios centenares de millas cuadradas de tierra en aquel país, con la condición de que pagues a

su gobierno la cantidad de cien mil dólares y una quinta parte de todo lo que encuentres en dicha tierra. La concesión es válida por un período de noventa y nueve años.

Doc asintió con la cabeza.

—Observa algo más, Ham —dijo—. Esos papeles se extendieron a mi nombre. A mi nombre, fíjate bien. Sin embargo, datan de hace veinte años. Yo era una criatura entonces.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó Ham.

—Apuesto a que piensas lo mismo —replicó Doc—. Estos papeles son el título de propiedad de la herencia que me legó mi padre. El legado consiste en algo que descubrió hace veinte años.

—¿Pero cuál es el legado? —Monk quería siempre conocer las cosas a fondo.

Doc se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, hermanos —declaró—. Pero podéis estar seguros de que se trata de algo de verdadera importancia. Mi padre no se mezcló jamás en negocios míseros. He presenciado cómo trató una transacción de un millón de dólares, como si estuviese comprando un cigarro.

Haciendo una pausa, miró con fijeza a sus hombres, uno por uno. El dorado de sus ojos proyectaba luces extrañas. Parecía leer en sus pensamientos.

—Voy a buscar la herencia que mi padre me legó —dijo al final —. No necesito preguntaros nada; estáis conmigo.

—¡Para todo! —Sonrió Renny.

Los otros confirmaron las sinceras palabras pronunciadas por su amigo.

Colocando los documentos en un cinturón de gamuza que rodeaba su poderosa cintura, Doc regresó a la biblioteca y luego a la otra habitación.

—¿Subsistió la raza maya en Hidalgo? —preguntó Renny, en tono brusco, destemplando su enorme puño.

Johnny, jugueteando con sus lentes, respondió:

—Los mayas se esparcieron sobre una gran parte de Centro América. Pero los Itzanes, la tribu cuyo dialecto hablaba nuestro difunto prisionero, estaban situados en el Yucatán durante el apogeo de su civilización. No obstante, la República de Hidalgo no está muy lejos, pues se halla en la región montañosa más al interior.

—Apuesto a que ese maya y la herencia de Doc guardan alguna relación —declaró Long Tom.

Doc permanecía de cara a la ventana. De espaldas a la luz, su fuerte rostro bronceado no se destacaba excepto al volverse ligeramente a la derecha o a la izquierda, al hablar.

El juego de luces acentuaba las extraordinarias cualidades de su carácter.

—Lo que debemos hacer ahora es atrapar al hombre que dio esas órdenes mayas —dijo con lentitud.

—¡Hum! ¿Crees que hay más enemigos? —inquirió Renny.

—El maya no mostró ninguna señal de comprender nuestro idioma —observó Doc Savage—. Quien dejó el aviso en esta habitación lo escribió en inglés y tenía suficientes conocimientos para entender la manipulación de un aparato de rayos ultravioleta. Ese hombre estaba en el edificio cuando dispararon el tiro, porque el empleado del ascensor afirmó que no entró nadie durante nuestra ausencia. Sí, hermanos, no creo que estemos fuera de peligro todavía.

Tras estas palabras examinó el rifle de dos cañones que estuvo en posesión del maya muerto. Inspeccionó el número del fabricante.

Luego se dirigió al teléfono.

—Deme la casa Webley & Scott, de Birmingham —indicó al telefonista—. Sí, desde luego, Inglaterra. Donde vive el príncipe de Gales.

Explicó a sus amigos:

—Quizás, la casa fabricante del rifle sepa a quién se lo vendió.

—Alguien maldecirá en Inglaterra, cuando le saquen de la cama para una conferencia telefónica desde América —rio Renny.

—Olvidas las cinco horas de diferencia de tiempo —observó Ham—. Ahora se encuentran en las primeras horas de la mañana en Inglaterra. Estarán levantándose.

Doc Savage permaneció de nuevo de cara a la ventana, sumido en sus pensamientos. En realidad, cuando estuvo allí un momento antes, notó de una manera vaga algo anormal en la ventana.

Entonces se dio cuenta de lo que era. El hormigón de un extremo de la placa de granito que formaba el antepecho de la ventaba estaba más fresco que el lado opuesto. La tirita de hormigón no era más ancha que una línea trazada a lápiz; sin

embargo lo observó.

Se asomó por la ventana. ¡Un alambre fino, saliendo de la habitación por la grieta descendía, penetrando por una ventana inferior!

Dio media vuelta rápida. Sus dedos sensitivos exploraron el extraño alambre. Descubrió un diminuto micrófono.

—¡Alguien ha estado escuchando! —Su poderosa voz resonó por toda la oficina—. En la habitación inferior. Vamos a examinarla.

Descendió la escalera con la velocidad de un rayo. La distancia a recorrer era de unos veinte metros y la salvó antes que sus hombres salieran de la oficina.

Y se movieron con toda la rapidez posible.

Arrimado a la pared para protegerse de un ataque de balas corrientes, probó el pomo de la puerta. ¡Estaba cerrada con llave!

Ejerció lo que para él representaba una ligera presión. La madera saltó hecha astillas, el mecanismo de latón de la cerradura chirrió al hacerse pedazos y la puerta quedó entreabierta.

Resonó el estampido de un pistoletazo. La bala pasó rozando las facciones bronceadas, al tiempo que un segundo proyectil zumbó por su lado, incrustándose en la pared del pasillo.

Los estampidos fueron estruendosos, resonando por todo el piso. Ambas balas arrancaron trozos de yeso de la pared.

Una puerta se cerró con estrépito dentro de la habitación, de donde surgió el tiroteo. Doc penetró al instante en el interior, seguro de que su atacante se retiró a la oficina contigua.

Todo ocurrió en fracciones de segundo; sus compañeros empezaron a golpear insistentemente la puerta.

—¡Atrás! —ordenó.

Le gustaba pelear solo en sus batallas, y además parecía haber un solo hombre haciéndole frente.

Cruzó la oficina, tapizada con una alfombra barata. Dio una vuelta a una mesa de lance con los bordes ennegrecidos por las colillas de los cigarrillos colocados de manera descuidada.

Probó la puerta de comunicación.

También estaba cerrada, pero cedió como un cartón mojado ante un poderoso empuje. Alerta, casi seguro de ser recibido a tiros, se agachó hasta casi tocar el suelo.

Sabía que tenía tiempo suficiente de asomar la cabeza y

agacharse antes de que el hombre le localizase y oprimiese el gatillo.

¡Pero el lugar estaba desierto!

Contó hasta tres los latidos de su corazón, y luego comprendió la explicación del sorprendente enigma.

Por la entornada ventana distinguió una gruesa cuerda de seda, con una especie de tramos de madera, colocados a intervalos de medio metro.

El extremo de la extraña escala se veía atado a una pata del radiador, y la tensión demostraba que un hombre descendía.

De un salto formidable se acercó a la ventana, mirando abajo.

A través de la oscuridad, apenas podía distinguir al fugitivo, que daba la sensación de un enorme bulto negro.

Enfocando su lámpara de bolsillo vio que el hombre desaparecía, penetrando por una ventana.

Se guardó la lámpara e izándose por la ventana, cogió la cuerda de seda y empezó a descender casi con igual agilidad que un hombre correría por un terreno liso…

Pasó la primera ventana. Estaba cerrada, el interior a oscuras y, al parecer, desierto.

Siguió descendiendo. No pudo ver bien por qué ventana había desaparecido su enemigo. La segunda ventana también estaba cerrada.

Y la tercera. Pensó que por esta huyó el hombre. No pudo descender más.

Era típico de Doc Savage que ni siquiera dirigiese una mirada abajo, una profundidad de un centenar de metros.

La pared de ladrillo y cristal se extendía a tanta profundidad, que parecía estrecharse con la distancia hasta no haber más que cosa de un metro de un lado a otro. Y la calle tomaba forma de cuña en el fondo, como si la hubiesen cortado con un cuchillo gigantesco.

Subió cosa de un metro, cuando la cuerda de seda dio una sacudida violenta.

Miró arriba.

Se abrió una ventana. Un hombre introdujo una silla por ella y empujaba la cuerda para lanzar a Doc a la calle.

La oscuridad de la noche ocultaba el rostro del individuo.

Evidentemente era el enemigo. Como una roca en el extremo de la cuerda de seda, Doc fue balanceándose más de medio metro hacia el exterior del edificio.

Tendría que arriesgarse a cogerse del antepecho de alguna ventana.

El hombre de arriba alargó una mano en dirección a la cuerda. En la mano brilló un largo cuchillo.

Capítulo VI
Planes



En ninguna ocasión tuvo Doc que pensar con tanta rapidez como entonces.

En la fracción de un segundo que tardaron sus dorados ojos en observar la mortal amenaza del cuchillo, trazó un plan de acción.

Este plan consistió simplemente en soltar la cuerda de seda.

Esto significaba una caída desde más de ochenta metros de altura, sin ninguna probabilidad de salvarse, agarrándose a un saliente de mampostería.

El edificio era de construcción modernista, prescindiendo en absoluto de los balcones y salientes tallados.

Pero conocía la importancia del menor de sus movimientos. Aquella acción exigía nervios de acero, absoluto dominio de sus músculos y una gran rapidez.

Al quedar, de pronto, la cuerda floja ante la silla que el hombre empujaba, el mismo esfuerzo casi lanzó de cabeza por la ventana al criminal, que se vio obligado a agarrarse con todas sus fuerzas a la ventana, salvándose, por milagro, de la caída destinada a Doc.

Este, mediante una contorsión maravillosa, cogió el extremo de la cuerda de seda al pasar. Descendió como un plomo unos metros más, y sus brazos flexibles y musculosos pronto oscilaron junto al antepecho de una ventana.

Con la agilidad de un pájaro, descansó su cuerpo apoyándose sobre el granito.

¡A tiempo! Su agresor, furioso por el fracaso, utilizó un cortaplumas para cortar la cuerda, que cayó retorciéndose y adquiriendo formas fantásticas hasta llegar a la calle.

Comprobó que la ventana donde se salvó estaba cerrada. Rompiendo los cristales de un puñetazo, pudo abrirla y saltar al interior de la oficina.

Cruzó la habitación velozmente, derribando la puerta de un potente empujón, y se detuvo en el pasillo.

Sus agudos oídos percibieron un ruido inconfundible. Su enemigo descendía en el ascensor, listo para la huida.

Desde dos pisos más arriba, Renny, con voz que resonaba como un trueno por todo el edificio, gritaba como un energúmeno:

—¡Doc! ¿Dónde estás?

Pero no había tiempo que perder. Con velocidad increíble, corrió por el pasillo en dirección a los ascensores; pero la cabina descendía con rapidez.

Simultáneamente con su llegada, su brazo se alargó, asestando un formidable puñetazo contra la puerta.

El sonido de los nudillos hubiera estremecido a un espectador, quien hubiese jurado que el golpe destrozó todos los huesos de la mano. Pero Doc aprendió desde muy joven el perfecto control de sus músculos y tendones y sabía cómo maniobrar para salir indemne del choque más violento.

La puerta de acero del ascensor se hundió como una lata de un puntapié.

Seguidamente cerró el interruptor de seguridad, que la puerta al cerrarse hace funcionar de ordinario.

Estos interruptores se adaptan a todas las puertas de los ascensores, de manera que la cabina no puede subir ni bajar si se deja una puerta abierta, evitando así que los niños o las personas distraídas puedan caer al fondo.

Controla la corriente del motor.

El ascensor se detuvo muchos pies más abajo con el circuito cortado.

Doc asomó la cabeza por el hueco y sufrió una gran decepción, pues la cabina estaba casi al nivel de la calle.

Transcurrieron varios minutos antes de que el empleado del otro ascensor, atraído por el estruendo, descendiese a Doc y a sus amigos al vestíbulo.

No quedaba la menor traza de su encarnizado enemigo.

El empleado, indiferente, no pudo ni siquiera darle una

descripción del presunto asesino que huyó del edificio.

Hubo un tumulto junto al rascacielos cuando un peatón soñoliento recibió la mayor sorpresa de su vida al tropezar con el cuerpo del maya que se arrojó de cabeza por la ventana.

Doc Savage explicó a la Policía la manera cómo el indígena halló la muerte.

Tal era su poder y el aprecio que el jefe de la Policía neoyorquina sentía por su padre, que al instante dio órdenes de no molestarle, y, además, evitó que los periódicos le relacionasen con el suicida.

Quedó libre para dirigirse a la República de Hidalgo, situada en América Central, para investigar el misterioso legado de su padre.

Al regresar al piso ochenta y seis trazó los planes y dio órdenes para su ejecución.

Entregó a Ham algunos de los documentos que encontraron bajo el ladrillo rojo del laboratorio.

—Tu carrera de abogado te ha proporcionado muchas amistades en Washington, Ham —le dijo—. Eres un íntimo amigo de todos los altos funcionarios del Gobierno. En consecuencia, te cuidarás de la parte legal de nuestro viaje a Hidalgo.

Ham consultó su reloj-pulsera de platino.

—Dentro de cuatro horas sale un aeroplano para Washington —dijo—. Iré en él.

—Es demasiada espera —le replicó Doc—. Toma mi autogiro. Puedes conducirlo tú mismo. Nos reuniremos contigo a eso de las nueve de la mañana.

Ham asintió con la cabeza. Era un piloto aviador muy experto. También lo eran Renny, Long Tom, Johnny y Monk.

Doc Savage les enseñó, logrando imbuirles parte de su genio en los mandos.

—¿Dónde está tu autogiro? —inquirió Ham.

—En el aeródromo de North Beach, en Long Island —respondió Doc.

El abogado salió con rapidez a cumplir las órdenes.

—Renny —ordenó Savage—, toma los instrumentos que necesites. Busca mapas. Tú eres nuestro piloto navegante. Viajaremos en aeroplano, desde luego.

—Perfectamente —dijo Renny, sin que su sombría expresión

lograse ocultar la gran satisfacción que sentía.

¡Aquello prometía acción, emoción y aventuras en abundancia! ¡Y cuán enamorados estaban aquellos hombres de esa vida!

—Long Tom —continuó Doc Savage—, tú te encargarás de la cuestión eléctrica. Ya sabes lo que podremos necesitar.

—Desde luego. —El pálido rostro de Long Tom llameaba de excitación.

Long Tom no gozaba de la misma excelente salud que los otros. No obstante, nadie recordaba haberle visto enfermo ni un solo día.

A menos que los arrebatos de rabia, que a veces sufría, pudieran clasificarse como enfermedad. Tom pasaba meses enteros sin una rabieta, pero, cuando estallaba, ciertamente recuperaba el tiempo perdido.

Su aspecto enfermizo probablemente provenía del lúgubre laboratorio donde practicaba sus infinitos experimentos eléctricos.

También, sin duda, del enorme diente de oro que mostraba.

Long Tom, como Ham, se ganó el apodo en Francia. En cierto pueblo francés, había escondido en el parque un cañón antiguo usado siglos antes por los piratas que infestaban las Antillas.

En el fragor de un ataque enemigo, el comandante Thomas J. Roberts cargó esa antigua reliquia con un saco lleno de cuchillos y cascos de botellas, produciendo verdaderos estragos en el enemigo.

Desde aquel día le llamaron Long Tom Roberts.

—Productos químicos —indicó a Monk.

Este sonrió al tiempo que contestaba con el característico: «¡Okay!».

Era extraordinario que un hombre tan sencillo fuese reputado uno de los más grandes químicos del mundo.

Poseía un laboratorio inmenso en lo alto de un rascacielos, a escasa distancia de Wall Street, a donde encaminaba sus pasos en aquel momento.

El geólogo y arqueólogo fue el único que permaneció al lado de Doc.

—Johnny, tu trabajo es posiblemente el más importante. Busca todos los detalles concernientes a Hidalgo. Al mismo tiempo infórmate de las características de la raza maya.

Sonó el teléfono.

—Debe de ser mi conferencia con Inglaterra —murmuró Doc—.

Tardaron mucho en ponerme en comunicación.

Cogiendo el receptor, habló y recibió una respuesta; luego dio con rapidez el modelo del rifle gigantesco de dos cañones y el número del arma.

—¿A quién se lo vendieron? —preguntó. No tardó en recibir una sorprendente contestación.

Colgó el receptor. Su rostro de bronce era inescrutable; en sus ojos había destellos dorados.

—La fábrica inglesa informa que vendieron esa arma al gobierno de Hidalgo —murmuró, pensativo—. Formaba parte de una importante partida de armas vendidas a ese país hace cosa de un mes.

Johnny se ajustó los lentes.

—Debemos obrar con cautela, Doc —dijo—. Si nuestro enemigo persiste en molestarnos, quizá intente inutilizar nuestro aeroplano.

—Tengo un plan que evitará el peligro en esa dirección —le aseguró Doc.

Johnny parpadeó; inmediatamente despertada su curiosidad, empezó a preguntar de qué plan se trataba.

Pero fue demasiado lento. Ya estaba solo en la oficina.

Con una sonrisa, el geólogo se dirigió a cumplir su parte de los preparativos; tenía plena confianza en Doc Savage.

En su mente ya se planeaban los detalles que les garantizarían la seguridad en su vuelo hacia el Sur; y el plan para proteger a su aeroplano sería digno del cerebro de Doc.

Capítulo VII
Camino peligroso



La lluvia cesó.

Un amanecer gris, cubierto de niebla, con un viento helado, surgía por la costa Norte de Long Island.

Los inmensos hangares del aeródromo de North Beach, casi en los límites de la ciudad de Nueva York, semejaban grandes cajas grises difuminadas por la neblina.

Las luces eléctricas se esforzaban inútilmente en disipar la densa oscuridad.

A un lado del aeródromo, había un gigantesco trimotor metálico, dispuesto a emprender el vuelo. En la armadura, detrás del motor central, se destacaban en gruesas letras negras las siguientes palabras:

«Clark Savage, *Junior*».

Unos empleados del aeródromo, con sucios uniformes manchados por el barro, la grasa y la humedad, trasladaban presurosos unas cajas de un camión al interior del gigantesco aparato. Las cajas eran de construcción ligera, pero sólida, y en cada una de ellas se veían marcadas, según costumbre en esta clase de expediciones, las palabras:

«Clark Savage, *junior*. Expedición Hidalgo».

—¿Qué es Hidalgo? —preguntó, curioso, un mecánico, mientras

limpiaba sus manos de grasa.

—Yo qué sé; dicen que se trata de un país —le informó un compañero.

La conversación demostraba cuán poco conocido era el país de Hidalgo, a pesar de que la república centro americana se extendía centenares de kilómetros.

Colocaron por fin la última caja en el aparato, cerrando todas las puertas.

A causa del amanecer neblinoso y la humedad que rezumaban las ventanillas, era imposible distinguir el piloto sentado en la delantera, frente a los aparatos de mando.

A la voz de «¡Contacto!» las enormes hélices empezaron a zumbar, y los mil caballos de fuerza que representaban los motores hicieron trepidar al gigantesco aeroplano.

No se trataba de uno de los aparatos más modernos, sino de un aeroplano que prestaba servicio desde hacía cinco años.

Quizás alguno de los mecánicos, de más fino oído, pudo oír el zumbido de otro aparato volando encima del campo, y si levantó la cabeza a través de la espesa cortina de niebla vio la sombra fugitiva en forma de murciélago desaparecer en el horizonte.

El trimotor estaba listo para el despegue. Avanzó unos metros sobre la cinta asfaltada, tomando velocidad y de pronto se elevó en el aire.

Sin la menor inclinación, con una seguridad perfecta, el avión metálico voló quizás una milla a escasa altura.

Sucedió entonces una cosa asombrosa.

El aeroplano trimotor se convirtió de una manera instantánea en una gigantesca antorcha llameante, dejando tras sí una monstruosa columna de humo negro.

Luego los fragmentos del aparato y su contenido cayeron sobre las azoteas de Jackson Heights, un suburbio de la ciudad de Nueva York.

Tan terrible fue la explosión, que se rompieron los cristales de muchas ventanas.

Del gigantesco aeroplano no quedó ningún fragmento mayor de dos metros.

En realidad, las autoridades no hubieran podido identificarlo, de no ocurrir en el mismo aeródromo, donde los empleados

contemplaron el accidente.

No pudo sobrevivir ninguna vida humana a bordo de aquel trimotor.

Doc Savage simplemente parpadeó una vez después de la chispa que inició el pavoroso incendio que aniquilara al trimotor.

—Eso es lo que temía —dijo con sequedad.

La ráfaga de aire producida por la explosión hizo tambalear su aeroplano.

Doc y sus hombres no estaban a bordo del trimotor, se hallaban en otro avión que voló por encima del aeródromo un momento antes que el trimotor despegara.

En verdad, Doc mismo maniobró el despegue utilizando un control por radio.

El aparato de control por radio de Doc era del mismo tipo usado por el ejército y la marina en sus experimentos, empleando frecuencias y relevadores muy sensitivos.

Doc no ignoraba cómo su enemigo misterioso logró hacer estallar el trimotor.

Pero gracias a su previsión, sus hombres escaparon del incendio diabólico.

Utilizó el aeroplano como señuelo, para lo cual empleó uno de sus aviones viejos, ya casi retirados del servicio activo.

—Debieron colocar algún explosivo poderoso en una de nuestras cajas —concluyó en voz alta—. Es lástima perder algunos instrumentos y accesorios con el aeroplano destruido. Pero podemos prescindir de ellos.

—Lo que me intriga —murmuró Renny—, es cómo colocaron la bomba para que estallara en pleno vuelo y no cuando el aparato estaba aún en el suelo.

Doc enfiló su aeroplano rumbo a la ciudad de Washington, utilizando no solo la brújula de que el avión estaba provisto, sino aprovechando de manera experta la dirección del viento.

—Cómo hicieron estallar la bomba en el aire es cosa fácil de explicar —respondió a Renny, al fin—. Con seguridad pusieron un altímetro o un barómetro en la bomba, lo primero probablemente. Solo debían ajustar un contacto eléctrico que se cerrara a una altura determinada y… ¡bang!

—¡Bang! Es la palabra acertada —sonrió Monk.

El aeroplano pasó como un relámpago por encima de la estatua de la Libertad, entonando la canción de la velocidad por encima de los pantanos de Jersey.

Distinto al aparato destruido, este era del tipo más moderno. Era además un trimotor, pero los grandes motores estaban colocados en unas concavidades especiales construidas en las alas.

Era lo que los pilotos llaman un pájaro de ala baja, con las alas bien bajas en la armadura, en vez de en lo alto.

El equipo de aterrizaje era retráctil; una vez en el aire, se doblaba bajo las alas, de forma que no ofreciera ninguna resistencia al viento.

Este superavión era la última palabra de la ingeniería y su velocidad normal era de trescientos treinta kilómetros por hora.

Un hecho de no pequeña importancia era que la cabina estaba acolchada, permitiendo a Doc y a sus amigos conversar en tono corriente.

Lo verdaderamente esencial de su equipo se cargaba en la parte trasera de la cabina.

Embalados de una manera compacta en recipientes metálicos, de un metal más ligero que la madera, cada caja estaba provista de una correa, permitiendo su fácil transporte.

En un tiempo sorprendentemente corto, divisaron los apiñados edificios de Filadelfia. Poco después volaban sobre un aeródromo, a las afueras de Washington.

Doc Savage efectuó el aterrizaje felizmente, dando prueba de su asombroso dominio de los mandos.

Tomó un taxi para ir a las oficinas del pequeño aeródromo.

Buscó en vano su autogiro. Ham debió dejarlo allí, de haber llegado ya.

Pero el aparato no se veía por ninguna parte.

Un empleado corrió al encuentro de los viajeros.

—¿No llegó Ham aquí? —preguntó Monk al hombre.

—¿Quién?

—El brigadier general Theodore Marley Brooks —explicó Monk.

El empleado quedó boquiabierto. Abrió la boca para hablar, pero su excitación le hacía tartamudear.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Doc, en tono suave, pero imperioso, obligando a una respuesta instantánea.

—El jefe del aeródromo ha detenido a un hombre que tienen encerrado en la oficina, que dice llamarse el brigadier Theodore Marley Brooks —explicó el empleado.

—¿Detenido? ¿Por qué?

—El jefe es al mismo tiempo ayudante del *sheriff*. Nos telefonearon que este individuo robó un autogiro a un tal Clark Savage. En consecuencia, lo detuvimos a su llegada, hasta aclarar el asunto.

Doc asintió con la cabeza, distraído. El enemigo desconocido era astuto.

Demoró a Ham mediante una hábil estratagema.

—¿Dónde está el autogiro?

—Pues ese Clark Savage que telefoneó que le robaron el aparato, nos pidió que fuera a buscarle uno de nuestros pilotos para traerlo aquí e identificar al ladrón.

Monk emitió un fuerte resoplido.

—¡Idiota! —exclamó—. Está hablando con Clark Savage.

El empleado tornó a balbucear:

—No comprendo…

—Alguien se burló de ustedes —dijo Doc—. El piloto que condujo ese aeroplano para traer al falso Clark Savage puede correr peligro. ¿Conoce adónde fue?

—El jefe lo sabe.

Entraron en el edificio de la administración. Encontraron en un terrible acceso de furia a Ham, que de ordinario lograba salir de cualquier situación apurada si conseguía un tiempo razonable.

Pero su oratoria persuasiva no hizo la menor impresión en el obtuso director del aeródromo.

—Telefonea al campo de aviación militar más cercano, Ham —dijo Doc—. Procura conseguir un avión de caza provisto de ametralladoras.

—Va contra el reglamento…

—¡Al diablo con el reglamento! —exclamó Ham, y cogió el receptor.

El director del aeródromo informó a Doc adónde se dirigió el autogiro a encontrarse con el hombre que telefoneó. El lugar estaba en Nueva Jersey.

Doc lo localizó en el mapa. Estaba situado en la parte montañosa

de dicho estado.

Ham colgó el receptor.

—Están preparando el avión de caza, Doc —dijo.

Doc Savage tardó menos de diez minutos en llegar al campo de aviación militar, subir al aparato y despegar.

Poseía ahora un aeroplano de guerra.

Volando hacia el Sur, comprendió el propósito del enemigo al apoderarse del autogiro. El lugar estaba situado a corta distancia de Nueva York, y por consiguiente el individuo probablemente estaría allí.

Con seguridad procuraría destruir el autogiro y crear toda clase de dificultades a los audaces compañeros.

—Sea quien fuere, parece que está dispuesto a impedir nuestra llegada al lugar de mi herencia —concluyó Savage.

Al pasar sobre el río Delaware, zambulló el aparato y probó la ametralladora disparando contra su sombra reflejada en el agua.

De pronto aparecieron unas risueñas colinas. Cogiendo unos anteojos escudriñó el terreno.

Entre el verde follaje de los árboles se veían innumerables y pintorescas granjas. Por último, en un prado, no lejos de la carretera, descubrió su autogiro.

Junto al aparato había un automóvil y dos hombres; uno de ellos encañonaba con un revólver al otro.

El hombre de la pistola, asustado por la persecución de que era objeto, al divisar al potente avión, solo pensó en huir.

Abandonando al inocente piloto del autogiro, el enmascarado corrió en dirección del aparato. Su pistola disparó un tiro en el depósito del combustible.

La gasolina empezó a salir en dos hilillos. El desconocido encendió una cerilla y la tiró al líquido. El autogiro quedó al instante envuelto en llamas.

Doc Savage observó un detalle significativo de su enemigo: los dedos del individuo tenían la punta rojo escarlata.

El hombre era también achaparrado. Corrió hacia el automóvil y subió.

El coche, a una velocidad suicida, avanzó por el prado en dirección al camino.

Las ametralladoras del avión de caza dispararon una descarga

que levantó nubes de polvo tras el automóvil. El coche patinó y luego viró hacia el Norte.

Las ametralladoras volvieron a entonar su canto de muerte. Cada quinta bala estallaba, produciendo una llama roja tras el auto.

De una manera lenta e inexorable los disparos se acercaban al auto, que saltó de repente de la carretera.

Cayó en un foso, quedando por milagro en posición vertical y, tras un peligroso patinaje, se detuvo entre otros arbustos que lo ocultaban a la vista de su perseguidor.

Doc vio con claridad cómo el pasajero abandonaba el auto y corría a ocultarse en el bosque, cuya espesa sombra protegería con eficacia su rápida huida.

Comprendiendo su intención, Doc descendió casi hasta el nivel de las copas de los árboles, disparando mil doscientos tiros por minuto, aunque sabía que era muy difícil acertar al fugitivo; sin embargo, el pánico de este debió de ser terrible.

Aterrizó en un lugar apropiado, emprendiendo la caza del hombre, pero era demasiado tarde.

El piloto que condujo el autogiro no pudo dar el menor detalle, pues la súbita sorpresa de encontrarse amenazado con un revólver, donde esperaba encontrar un pasajero, paralizó casi por completo su cerebro.

Doc telefoneó a la Policía como medida preventiva, pero el hombre era demasiado astuto y difícilmente caería en la trampa.

Se llevó al piloto en el avión de caza de regreso a Washington.

Ham y los otros amigos esperaban cuando Doc llegó, después de devolver el avión de caza al campo de aviación militar.

—¿Tuviste alguna dificultad en arreglar nuestra documentación? —preguntó a Ham.

Este respondió:

—En efecto, tuve alguna. Es muy extraño. El cónsul de Hidalgo parecía reacio a visar nuestros pasaportes. Al principio declaró de una manera rotunda que no podía hacerlo. Tuve que hacer que el ministro de Estado interviniera de una manera enérgica, antes que consintiera en visarlos.

—¿Qué opinas de eso, Ham? —preguntó Doc—. ¿Está dicho cónsul interesado personalmente en que no vayamos a Hidalgo o alguien lo sobornó para que nos pusiera obstáculos?

—Lo sobornaron —sonrió el abogado—. Se descubrió él mismo cuando le acusé de aceptar dinero para negarnos el visado de nuestros pasaportes. Pero no logré descubrir quién le pagó.

—Alguien —murmuró Renny, poniendo cara larga—. Existe quien se molesta demasiado para que no entremos en Hidalgo. ¿Por qué será?

—Tengo un presentimiento —declaró Ham—. La misteriosa herencia de tu padre debe ser de valor fabuloso. No se mata a los hombres ni se soborna a un cónsul sin motivos poderosos. Esa concesión de varios centenares de millas cuadradas de terreno montañoso en Hidalgo debe de ser la explicación. ¡Alguien trata de apartarte de esa herencia!

—¿Conoce alguien lo que sacan de aquellos bosques? —inquirió Monk.

Long Tom se aventuró a emitir su modesta opinión:

—Plátanos, cacao y goma para hacer chicle…

—No hay ninguna plantación en la región que, al parecer, posee Doc —observó Johnny, el geólogo, con brusquedad—. Averigüé cuanto pude de esa región. ¡Y te sorprenderías si supieses cuán poco ha sido!

—¿Quieres decir que no es muy conocida esa región? —inquirió Ham.

—Exacto. La región entera está inexplorada. ¡Inexplorada!

—El distrito está enclavado en las montañas en la mayoría de los mapas, pero eso es todo —explicó Johnny—. En los mapas verdaderamente exactos, la verdad sale a la superficie. Existe una extensión considerable de territorio donde el hombre blanco jamás ha penetrado. Y la extraña herencia de Doc está situada precisamente en el centro de esa región.

—¡Entonces emularemos la epopeya de Colón! —resopló Monk.

—Opinarás que el viaje del insigne navegante cruzando el Atlántico fue una cosa de niños, cuando veas el país de Hidalgo —le informó Johnny—. Esa región está inexplorada por una sola razón: porque los hombres blancos no han podido penetrar en ella.

Doc permaneció en silencio durante esta conversación. Pero ahora su voz lenta y poderosa reclamó atención a sus palabras.

—¿Hay algún motivo más que demore nuestra marcha? —preguntó con sequedad.

Se dirigieron sin pérdida de tiempo al veloz avión.

Antes de partir conferenció con Miami, Florida, encargando unos flotadores para el aparato, después de averiguar qué compañía tenía existencias.

Hicieron el recorrido de novecientas millas a Miami en unas cinco horas, gracias a la enorme velocidad del superaeroplano de Doc.

Trabajando con rapidez, con grúas, herramientas y mecánicos facilitados por la compañía de aviación, instalaron los flotadores antes que la oscuridad envolviera con su paño el extremo inferior de Florida.

Doc Savage voló un rato sobre la bahía de Biscayne, para asegurarse de que los flotadores eran de confianza.

Tomó combustible en una estación instalada sobre una barcaza.

El vuelo de trescientas millas a Cuba lo efectuaron en corto tiempo. Volaban sobre La Habana horas después de anochecer.

Aterrizaron de nuevo para aprovisionarse de combustible y luego reanudaron su vuelo.

Doc conducía. Era infatigable.

Renny, enorme como un elefante, pero sin igual cuando se trataba de mapas y navegación, orientó el vuelo. Dormía a ratos.

Long Tom, Johnny, Monk y Ham dormían profundamente entre las cajas de provisiones, como si estuvieran en las camas suntuosas de un hotel. En los rostros de los durmientes se dibujaba una leve sonrisa. Aquello era vivir:

¡Acción! ¡Aventuras! ¡Emociones!

De Cuba a Belice, cruzando el mar Caribe, había una distancia de más de quinientas millas. Se dirigieron a la colonia inglesa, cruzando el océano de un solo salto.

Para evitar un viento contrario, durante casi una hora, voló cerca del mar, lo suficientemente bajo para distinguir una manada de tiburones y otros peces monstruosos.

Distinguieron una isla o dos de playas blancas a la luz de una luna tropical que parecía un enorme disco de platino.

Tan bello era el mar del Sur, que despertó a los otros para que observasen el fuego fosforescente y cómo las olas, blanqueadas por la luz de la luna, semejaban joyas brillantes.

Cruzaron Ámbar Gris Cay a mil pies de altura y breves instantes

después volaban sobre las calles planas y estrechas de Belice.

Capítulo VIII
Enemigos persistentes



Sobre la quieta inmensidad del mar, el sol arrancaba chispas doradas de las blancas espumas que dulcemente morían en la playa.

En el interior, la selva de colores frescos y abigarrados se perdía en un horizonte de un azul purísimo.

Doc descendió el aparato y los flotadores descansaron sobre las olas.

La espuma salpicaba rugiendo contra las hélices ociosas, y lentamente se deslizó hasta la playa arenosa.

Renny se desperezó en un largo y rugiente bostezo.

—Creo que en los tiempos benditos de la piratería —comentó—, edificaron parte de esta ciudad sobre unos cimientos de botellas de ron. ¿Es verdad?

—Creo que sí —corroboró su amigo Johnny.

¡Pink!

El sonido fue exactamente igual al de un muchacho disparando sobre una lata con un rifle de aire comprimido.

¡Pink! —resonó de nuevo.

Luego ¡ber-r-r-rip! Un largo rugido.

—¡Caramba! —exclamó Monk, sentándose pesadamente, mientras Doc abría las válvulas del motor.

Con los motores en acción, las hélices rozando el agua, formando un gran telón de espuma tras la cola, el avión avanzó con ímpetu hacia la playa.

—¿Qué sucede? —preguntó Ham.

—Descargan una ametralladora sobre nuestros flotadores —replicó Doc, en voz baja—. Vigilad la playa. Mirad si distinguís al

agresor.

—¡Por amor de Dios! —murmuró Monk—. ¿No nos vamos a quitar de encima a esa sanguijuela de los dedos rojos?

—Sin duda radió nuestra llegada a algún cómplice de por aquí —observó Doc.

Claramente audible sobre el estruendo de los motores, se percibieron dos pinks más, luego una serie.

El invisible tirador hacía lo posible por perforar los flotadores y hundir la embarcación aérea.

Los cinco hombres de Doc miraban por las ventanillas de la cabina, buscando el rastro del traidor.

De pronto las balas empezaron a silbar por la armadura misma del aeroplano.

Renny se llevó una mano a su brazo izquierdo. Pero la herida era un simple rasguño. Otro balazo produjo estragos en la caja donde Long Tom llevaba el equipo eléctrico.

Fue Doc Savage quien descubrió al tirador, gracias a sus ojos de incomparable agudeza.

—¡Allá, detrás de aquella palmera derribada! —señaló.

Entonces el resto lo percibió. El arma del tirador invisible se proyectaba sobre una palmera caída, semejante a una columna de plata opaca.

Los rifles aparecieron como por arte de magia en las manos de los cinco hombres. Una descarga disparada sobre el árbol impidió que el tirador continuase sus fechorías.

El aeroplano clavó los flotadores en la arena de la playa. A tiempo, pues algunos de los disparos de la ametralladora agujerearon el aparato en algunas partes y se llenaba de agua con rapidez.

¡Los flotadores quedaron inutilizados!

Tres de los compañeros, rápidos y resueltos, saltaron a tierra. Eran Doc, Renny y Monk.

Los restantes, Johnny, Long Tom y Ham, todos excelentes tiradores, continuaron extendiendo una barrera de plomo entre el tronco derribado.

La palmera yacía en un brazo de tierra que se extendía hacia un islote. Entre este y la tierra firme había unos cincuenta metros de agua.

El tirador intentó salvar la distancia y esconderse en el bosque. Pero, lanzando un grito, se desplomó de un balazo disparado desde el aeroplano.

Entretanto, Doc, Renny y Monk, saltaron a tierra y penetraron en la vegetación tropical.

El olor de la playa era muy fuerte; el agua de mar, troncos podridos, cangrejos, peces y vegetación corrompida formaban un conglomerado de olores.

Belice estaba situado a la derecha de los amigos. Las calles eran estrechas; las casas pequeñas, bajas y con balcones, con los portales pintados de vivos colores y las ventanas enrejadas como si fueran prisiones.

El tirador comprendió que iban a cazarlo. Intentó de nuevo escapar. Pero no esperaba la clase de tiroteo con que lo obsequiaron desde el aeroplano.

Era imposible toda huida por aquel lado.

Presa de desesperación, el individuo corrió hacia el extremo del brazo de tierra. Unos mangles achaparrados le ofrecían un débil refugio.

El hombre tornó a gritar.

En su país quizá fuera costumbre fusilar a los prisioneros sin darles cuartel, porque no ofreció rendirse.

Era evidente que se le habían agotado las municiones.

Presa de terror, incorporose y se lanzó al agua, intentando nadar hasta el islote.

—¡Tiburones! —gruñó Renny—. Estas aguas están infestadas de estos escualos terribles.

Pero Doc Savage ya se adelantó una docena de metros, saltando al brazo de tierra. El tirador era un individuo bajo y moreno, mas sus facciones no se parecían en nada a las del maya que se suicidó en Nueva York.

Era un mestizo centroamericano.

Tampoco era muy buen nadador; se le veía chapotear con demasiada insistencia. De pronto profirió un penetrante grito de terror.

Vio un triángulo oscuro y siniestro acercándose a él. Intentó dar media vuelta y regresar a tierra.

Pero estaba tan espantado, que apenas avanzaba, a pesar del

furioso y desordenado braceo.

El tiburón era un gigantesco devorador de hombres. Se lanzó en línea recta sobre su presa, sin dar siquiera un rodeo investigando.

Las fauces del monstruo estaban abiertas, mostrando una horrible hilera de dientes.

El tirador emitió un gemido débil y pavoroso.

Parecía ser demasiado tarde para ayudar al desgraciado. Renny, al discutir el asunto después, sostuvo que Doc aguardó deliberadamente hasta el último momento, para que el terror sirviera de lección al hombre, mostrándole el destino de un malhechor.

De ser verdad, la lección fue muy eficaz.

De un salto formidable, Savage se lanzó de cabeza al agua.

La zambullida fue ejecutada de una manera perfecta.

Y entonces, curvando su poderoso cuerpo de bronce al instante del contacto con el agua, Doc pareció hundirse apenas bajo la superficie.

Parecía una cosa imposible de realizar, pero llegó al lado del desgraciado en el preciso instante en que el tiburón se acercaba amenazador.

¡Doc se colocó entre los dientes del escualo y el tirador!

Pero el poderoso cuerpo de bronce no estaba allí cuando los dientes se cerraron para clavarse y destrozar. Estaba al lado del animal.

Su brazo derecho rodeó con velocidad relampagueante la cabeza del monstruo, haciendo una presa estranguladora.

Los pies del hombre actuaron como poderosa palanca. Levantando durante la fracción de un segundo la cabeza del tiburón fuera del agua, su puño derecho cayó sobre el punto que sus vastos conocimientos le indicaron como más débil del devorador de hombres.

El tiburón quedó aturdido.

Doc Savage llevó sin pérdida de tiempo al tirador a la playa.

El moreno rostro del mestizo ofrecía un aspecto inolvidable. Parecía como si le hubiesen enseñado la boca del infierno para mostrarle el castigo que esperaba a hombres de su calaña.

Aprovechando que el animal estaba en la superficie, donde los balazos podían alcanzarle, Renny y Monk remataron al horrible

monstruo.

—¿Por qué disparaste sobre nosotros? —interrogó Doc, en lengua española, que hablaba a la perfección, como muchos otros idiomas.

El mestizo, demostrando su agradecimiento, respondió con viveza:

—Me alquilaron, señor. Me contrató un hombre en Blanco Grande, la capital de Hidalgo. Ese hombre me trajo anoche en un aeroplano azul.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Lo ignoro, señor.

—¡No mientas!

—¡No le engaño, señor! No lo haría, después de haberme salvado la vida. He sido un infame, alquilándome para cometer un crimen. Abandonaré esta clase de vida. Puedo llevarle al lugar donde está escondido el aeroplano azul.

—¡Hazlo! —ordenó Doc.

Poniéndose en marcha al instante, llegaron breves momentos después a las afueras de la ciudad.

Doc se dispuso a llamar un destartalado taxi. Luego levantó los dorados ojos al cielo.

Un aeroplano zumbaba en el cielo ardiente. Era un aeroplano azul.

—¡Ese es el aeroplano del hombre que me alquiló para matarles! —exclamó el prisionero.

El avión azul pasó por encima de ellos, con estruendo de motores, en dirección a la playa.

Sin pronunciar palabra, Doc, girando sobre sus talones, corrió con increíble velocidad hacia el mismo lugar donde Johnny, Long Tom y Ham aguardaban con su aparato aéreo.

Una multitud de chiquillos semidesnudos miraban boquiabiertos la figura borrosa de Doc, al pasar delante de ellos.

Las mujeres, envueltas en chales, se apartaban corriendo al pasar Renny, Monk y el prisionero, siguiendo los pasos de Savage.

De pronto sonó un rápido tiroteo en la playa.

Doc conocía, por la velocidad del fuego, que se trataba de una ametralladora suya. Sus amigos debieron montarla y disparaban sobre el monoplano azul.

El aparato enemigo capotó tras la copa de una palmera. Luego se oyó una fuerte explosión. ¡Una bomba!

El aeroplano volvió a elevarse. Volaba de una manera insegura. El piloto o alguna parte del aparato había sido alcanzado.

Luego avanzó hacia el interior y no regresó.

Doc, al llegar a la playa, vio que la bomba fue lanzada con tan mala puntería, que cayó a unos cincuenta metros de su aeroplano. Sus tres hombres estaban sentados en un ala ante la ametralladora, sonriendo satisfechos.

—Seguramente le arrancamos algunas plumas a ese pájaro azul —rio Long Tom.

—No volverá —afirmó Ham, tras observar el punto móvil que se perdía en el horizonte—. ¿Quién fue?

—Evidentemente, uno de la banda intentando impedir nuestra llegada a esa tierra mía en Hidalgo —replicó Doc—. El miembro de la banda, con seguridad radiaría desde Nueva York a Blanco Grande, la capital de Hidalgo, que íbamos en aeroplano. Este es el lugar más natural para aprovisionarnos después del vuelo sobre el mar Caribe. En consecuencia, tendieron una emboscada aquí. Alquilaron a este mestizo para que nos ametrallara y, al fracasar, el piloto intentó bombardearnos.

Renny y Monk llegaron en aquel momento. Eran tan corpulentos, que el mestizo semejaba un chiquillo entre ellos.

—¿Qué hacemos con sus costillas? —inquirió Monk, sacudiendo al mestizo.

Doc replicó sin vacilar:

—Ponedlo en libertad.

El mestizo no sabía cómo expresar su gratitud. Llorando, balbuceó las gracias.

Pero, antes de marcharse, acercándose a Doc, murmuró una pregunta en tono muy serio.

Los otros no oyeron las palabras del mestizo, y, como es natural, se despertó su curiosidad.

—¿Qué te preguntó? —inquirió Monk, una vez se ausentó el mestizo, con paso firme.

—Creedme o no —sonrió Doc—, pero deseaba saber cómo ingresar en un convento. Me imagino que ese individuo caminará recto el resto de su vida.

—Será mejor que cojamos un tiburón y lo llevemos con nosotros, si al inspeccionarlo de cerca reforma a nuestros enemigos con tal prontitud —rio Monk.

Con unas cuerdas de un almacén de la localidad y unas palmas que cortaron unos nativos alquilados por Doc, pusieron el aeroplano sobre tierra seca.

El aparato estaba inutilizado, pues los flotadores hallábanse destrozados.

No disponían de material de recambio, ni tampoco era fácil encontrarlo en la ciudad. Para ahorrar tiempo y trabajo, Doc radió a Miami pidiendo un juego de flotadores, que un aeroplano de carga trajo con rapidez.

Perdieron en conjunto cuatro días, antes de estar en situación de remontarse de nuevo.

Doc no descuidaba su ejercicio ni una sola mañana. No dejaba de hacerlo nunca, por cansado y derrengado que estuviese del día anterior.

Sus ejercicios musculares eran duros y violentos.

Con un bloc y un lápiz en la mano, empezó sus ejercicios mentales. Escribió una serie de cifras, extrajo con los ojos cerrados la raíz cuadrada y cúbica del número propuesto mentalmente. De la misma manera hacía todas las operaciones aritméticas, multiplicaba, dividía y restaba con pasmosa facilidad. Esto disciplinaba de una manera perfecta su poder de concentración.

Sacaba después un aparato que producía ondas de sonido de todos los tonos, algunos de onda tan corta o tan larga que no eran perceptibles para el oído normal.

Procuraba, durante varios minutos, percibir estas ondas, inaudibles para la mayoría.

Años de estos ejercicios le permitieron oír muchos de esos sonidos que generalmente pasan inadvertidos.

Cerrando los ojos, identificaba con rapidez el olor de infinidad de cosas distintas y vagas, contenidas en frasquitos.

Dos horas diarias dedicaba a estos y otros más difíciles ejercicios.

Al quinto día de la llegada a Belice, salieron por la mañana rumbo a Blanco Grande, capital de Hidalgo.

Volaron sobre una jungla exuberante, llena de árboles podridos

en masas sólidas. Los bejucos y otras plantas formaban una alfombra sólida.

Confiado en sus motores, Doc volaba bastante bajo para ver las cotorras y loros que a millares pululaban por el bosque.

Breves horas más tarde llegaba a la frontera de Hidalgo. Era un país típico de las repúblicas del Sur.

Incrustado entre dos gigantescas cordilleras, atravesado a la derecha por montañas más elevadas aún; era un lugar ideal para las revoluciones y el bandidaje.

En tales localidades, los gobiernos son inestables, no tanto debido a su carencia de equilibrio, sino más bien por las oportunidades ofrecidas para levantarse en armas.

La mitad de los valles de Hidalgo eran desconocidos hasta de los bandidos y de los revolucionarios que, dada su condición, estaban más familiarizados con el terreno.

El interior lo habitaban tribus belicosas, restos de poderosas naciones desaparecidas.

Las tribus guerreras y el terreno inaccesible explicaban la parte inexplorada que Renny observó en los mejores mapas del país.

La capital era un conglomerado de callejuelas estrechas, chozas de adobe y millares de tejados de azulejos de colores, con el parque inevitable para las procesiones y revistas militares en el centro de la ciudad.

En este caso, el parque estaba ocupado por el palacio presidencial y ciento diecinueve edificios de la administración.

Eran edificios imponentes, mostrando que los gobiernos anteriores hicieron libre uso del dinero de los contribuyentes.

En la parte norte de la ciudad había un lago pequeño y poco hondo. Doc Savage amaró su aeroplano allí.

Capítulo IX
El silbido de Doc Savage



Después de acondicionar el aparato, Doc dio algunas instrucciones a sus compañeros.

El trabajo preliminar tocó a Ham, cuyos conocimientos legales le capacitaban para ello.

—Ham, visita al ministro de Estado y comprueba los derechos de nuestra concesión —indicó Doc.

—Quizá sea mejor que le acompañe alguien, no sea que sustraiga algunos jamones u otra cosa por el estilo —observó Monk.

El abogado se erizó al instante.

—¿Por qué he de necesitar un jamón, si estoy asociado a unos cuantos de ellos? —preguntó.

—Monk, será preferible que acompañes a Ham, a guisa de escolta —sugirió Doc—. ¡Os apreciáis tanto!

En realidad, a pesar de las bromas que solían gastarse mutuamente, Monk y Ham formaban un buen equipo de cerebro y músculo, y se llevaban perfectamente, aunque al oírles hablar, uno les creyese dispuestos a pelearse constantemente.

Ham se afeitó y se puso un traje de franela blanca antes de partir.

Era la elegancia personificada, con sus zapatos blancos, sombrero panamá y bastón de estoque de aspecto pacífico.

Monk, con la maligna intención de enojarle, ni siquiera se lavó la cara.

Se tocó con un sombrero viejo y maltratado y, con unos pantalones que parecían caérsele, se contoneaba tras su amigo.

Atardecía cuando fueron introducidos a presencia de don Rubio

Peláez, ministro de Estado de Hidalgo.

Don Rubio era bajito. Tenía el rostro demasiado hermoso para un hombre.

Era de cutis aceitunado, labios delgados, nariz recta, ojos oscuros y transparentes como los de una señorita.

Sus orejas eran muy puntiagudas, exactamente iguales a las que los artistas dibujan en los retratos del diablo.

Recibió a Ham con extrema cortesía. Monk permaneció discretamente en la penumbra; no creía que don Rubio fuese tan tremendo.

Y don Rubio respondió a la impresión que hizo sobre Monk, tan pronto como el abogado le comunicó el motivo de su visita.

—Pero, mi querido señor Brooks —dijo don Rubio, con suavidad —, nuestros archivos no contienen nada referente a ninguna concesión hecha a una persona llamada Clark Savage, júnior. Ni una hectárea de tierra de Hidalgo, y mucho menos varios centenares de millas cuadradas. Lo siento mucho, pero el hecho es este.

Ham agitó su bastón.

—¿Estaba el presente gobierno en el poder hace veinte años? —inquirió.

—No. Este gobierno asumió el mando hace dos años.

—La pandilla anterior a ustedes es probable que hiciese esa concesión.

Don Rubio se sonrojó ligeramente al oír la sutil insinuación de que formaba parte de una pandilla.

—¡En tal caso —replicó, lacónico—, no tenemos nada que ver con eso! Tiene usted mala suerte.

—¿Quiere decir que nos niega el derecho a esa tierra?

—¡Ciertamente!

El bastón de Brooks apuntó de pronto a un lugar entre las orejas de don Rubio Peláez.

—¡Piénselo otra vez, amigo! —le dijo.

Don Rubio empezó:

—No tengo nada que…

—¡Oh, sí! —atajó Ham, hurgándole con el bastón, prestando mayor énfasis a sus palabras—. ¡Cuando este gobierno asumió el poder, los Estados Unidos lo reconocieron con la condición de que

el nuevo régimen respetase los derechos de propiedad de los ciudadanos americanos de Hidalgo! ¿Eso es verdad?

—Le diré…

—Es verdad. No discutamos. ¿Y sabe lo que le sucederá si no cumple ese acuerdo? El gobierno de los Estados Unidos cortará las relaciones y los clasificará como una simple pandilla de bandoleros. No podrán obtener ningún crédito para comprar armas ni maquinaria ni ninguna otra cosa necesaria para dominar a sus enemigos políticos. Su comercio de exportación sufrirá. Ustedes… Pero ya sabe lo que les sucederá, tan bien como yo. Dentro de seis meses, su gobierno dimitirá y le sucederá otro nuevo. Eso es lo que significa negarse a respetar la propiedad norteamericana. Y si esta concesión de terreno no es propiedad americana, que venga Pedro y lo vea.

El rostro aceitunado de don Rubio se encendió de cólera. Las manos le temblaban. Sabía a cuánto se exponía de no acatar aquellas órdenes.

El tío Sam no era persona con quien se pudiese jugar.

—No podemos reconocer su derecho porque no está registrado en nuestros archivos —dijo, frenético.

Ham puso los documentos en la mesa.

—Estos documentos bastan —afirmó—. Alguien destruyó los otros. Le diré una cosa: hay algunas personas dispuestas a emplear toda clase de recursos para despojarnos de esos terrenos. Nos atacaron; y sin duda fueron ellos quienes destruyeron los papeles.

Al pronunciar estas palabras, Ham observaba con atención a don Rubio.

Tenía la impresión de que había algo sospechoso tras la actitud del ministro.

No tenía la seguridad de si pertenecía a la banda que intentaba arrebatar la herencia a Doc o si estaba sobornado.

La agitación de don Rubio tendía a corroborar aquella sospecha.

—Le costará muy caro al que intente molestarnos —continuó—. Le cazaremos al final.

En el moreno rostro del ministro de Estado se dibujaron diversas emociones.

Estaba preocupado y asustado. Pero al final resolvió adoptar una determinación desesperada.

—Es innecesario hablar más —dijo—. No tienen ustedes ningún derecho a esos terrenos. Esto es definitivo.

Ham sonrió de manera amenazadora.

—Tardaré una hora en radiar un mensaje a Washington —prometió con sequedad—. Entonces, amigo mío, le ajustaremos las cuentas.

Saliendo del ministerio, Ham y Monk preguntaron dónde estaba la estación de radio y se dirigieron a ella.

Oscureció mientras se entrevistaban con el ministro. La ciudad, quieta durante el calor de la tarde, empezaba a despertar.

—Hablaste con demasiada energía a ese don Rubio, ¿no es verdad? —inquirió Monk—. Me imaginaba que tratabas siempre con cortesía a estos centroamericanos. Quizá si lo hubieras hecho con diplomacia, hubieras conseguido algo.

—¡Bah! —dijo Ham—. ¡Sé cómo tratar a los hombres! Ese don Rubio no tiene educación. Soy cortés cuando es necesario. ¡Nunca con un granuja!

—¡Hablas como los propios ángeles! —murmuró Monk.

Pronto hallaron que las calles de Blanco Grande era un verdadero laberinto.

Le indicaron que las oficinas de la radio estaban situadas a unos centenares de metros de distancia. Pero cuando recorrieron ese espacio, no vieron señal de la estación de radio.

—¡Nos hemos perdido! —gruñó Monk. Distinguieron a un solo hombre en la calle que, al parecer, pertenecía a una parte sospechosa de Blanco Grande.

El único peatón iba delante de ellos, caminando como si no tuviera adónde ir y le sobrara tiempo.

Era un individuo de anchas espaldas y cabeza muy grande. Iba descalzo.

Llevaba las manos en los bolsillos.

Ham y Monk alcanzaron al indolente paseante.

—¿Puede indicarnos dónde está la estación de radio? —preguntó el abogado.

—Sí, señor —respondió el individuo—. Por medio peso le llevaré allí.

Brooks, desorientado por las calles irregulares, creyó era baratísimo.

Alquiló al nativo en el acto.

El hombre achaparrado no se sacó las manos de los bolsillos.

Los dos amigos no sospecharon nada, atribuyéndolo a la pereza natural del país. Las calles que cruzaron eran peor todavía que las que recorrieran antes.

—Es un distrito muy extraño para situar la estación de radio —murmuró Monk, empezando a sospechar de la buena fe de su guía.

—Falta muy poco, señor —indicó este, como si comprendiese.

Estudiando el porte del hombre, su nariz curva, sus labios gruesos, Monk encontró en él algo familiar, aun cuando no podía definirlo exactamente. Se devanó los sesos intentando recordar dónde vio antes al individuo.

De pronto lo comprendió todo:

El hombre se detuvo de repente y sacó las manos de los bolsillos.

¡Tenía las puntas de los dedos rojas!

El individuo profirió un fuerte grito y al instante surgieron formas oscuras de todos los portales y rincones cercanos.

¡Les habían tendido un lazo!

Monk emitió un aullido terrible, que desconcertó por el momento a sus atacantes.

Las batallas del teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair eran siempre ruidosas, a menos que hubiera motivo para permanecer silencioso.

Como un gladiador antiguo, Monk luchaba mejor cuando el tumulto era mayor.

Los cuchillos salieron a relucir en la oscuridad.

El químico cogió al guía por la nuca y los fondillos de los pantalones.

Levantándolo como si fuera una paja, lo arrojó como una catapulta. La víctima gritó en una lengua extraña.

Unos cuantos asaltantes cayeron derribados como monigotes al chocar con ellos el cuerpo lanzado.

El grito y las puntas de los dedos rojos, fueron una revelación para los amigos.

¡El hombre era un maya! ¡De la misma raza que el individuo que se suicidó en Nueva York! ¡Por eso le encontró algo familiar!

Entonces entró en acción como el antropoide gigantesco a quien se parecía.

Su puño cayó sobre la mandíbula de un hombre moreno. El individuo se desplomó, arrojando convulsivamente su cuchillo al aire.

Ham, danzando como un esgrimista, asestó un golpe en un cráneo con su bastón de estoque.

El bastón parecía muy ligero, pero el forro tubular sobre la hoja larga y aguda de acero, era pesado. La hoja misma no era de escaso peso.

Al caer el primer asaltante, desenvainó la espada. Atravesó relampagueante a un hombre que intentaba acuchillarle.

Pero cuando un enemigo caía derribado, media docena ocupaba su sitio. La calle se llenaba de malignos demonios maldicientes.

Ninguno de ellos tenía rojas las puntas de los dedos, ni siquiera parecían mayas.

El maya, su guía, se incorporó aturdido.

Los hombres se agarraban como sanguijuelas a Monk. Uno salió despedido cuatro metros cuando este lo arrojó.

Pero, de pronto, reducido por la fuerza del número, Monk se vio derribado.

Ham, con su espada, fue abatido un momento después.

Un golpe resonante asestado en la cabeza de los compañeros los dejó desvanecidos.

El despertar de Monk fue doloroso. Frotose los ojos. Se encontraba en una habitación de suelo y paredes de barro.

No había ni una sola ventana; la puerta era baja y estrecha. Intentó sentarse y halló que estaba atado de pies y manos, no con cuerda, sino con un grueso alambre.

Ham yacía tendido boca arriba. Le habían atado también con alambre.

El maya de los dedos rojos se inclinaba sobre él. Acababa de arrebatarle los documentos acreditativos de la legitimidad de la cuantiosa herencia.

Evidentemente eso era lo que buscaba. Silbó una serie de palabras en lengua maya que ni Ham ni Monk entendieron; y sea lo que fueren, no sonaban cordiales.

Luego el individuo sacó un cuchillo de debajo de su camisa verde.

Pero cuando fue a levantar el arma, le asaltó un pensamiento

más satisfactorio. Del interior de su verde camisa sacó una estatuilla de aspecto horrible.

Las talladas facciones semejaban ligeramente las de un ser humano; una nariz enormemente larga, de obsidiana y esculpida de una manera maravillosa, era lo más notable. El maya murmuró unas palabras con fervor religioso. Monk percibió la palabra «Kukulcan», una o dos veces, reconociéndola por el nombre de una antigua deidad maya.

¡El individuo iba a sacrificarlos al odioso idolillo!

Monk intentó romper el alambre, pero solo consiguió lastimarse sus enormes músculos y sangrar por la piel desgarrada.

El alambre que lo aprisionaba estaba enrollado muchas veces.

El maya concluyó su invocación al ídolo. Sus negros ojos chispeaban enloquecidos, mientras recitaba unas palabras con la insistencia de un idiota.

El cuchillo relampagueó una vez más.

Monk cerró los ojos. Los abrió al instante y reprimió un grito de alegría.

Pues en aquella habitación penetró un sonido bajo y suave que trinaba como el canto de un pájaro raro. El sorprendente murmullo llenaba la habitación.

¡El aviso de Doc!

El maya miró, perplejo, a su alrededor, sin ver nada. Levantó el cuchillo de nuevo. La hoja descendió.

Pero no recorrió más que unos centímetros.

Por el estrecho y negro umbral, surgió una gigantesca figura de bronce.

Como un Némesis de fuerza y velocidad, Doc Savage se lanzó sobre el maya diabólico.

Su mano apenas tocó el brazo armado y el hueso se rompió con un fuerte crujido, cayendo el cuchillo al suelo.

El maya se retorció. Con rapidez sorprendente se llevó la otra mano al interior de la camisa y sacó una reluciente pistola.

Apuntó a Ham por tenerlo más cerca.

Doc solo tenía un medio para salvar a su compañero Ham: asestó un golpe cortante con el filo de la mano, que al instante desnucó al individuo.

El maya murió antes que pudiera oprimir el gatillo.

Ham y Monk quedaron libres de los alambres en un abrir y cerrar de ojos.

Un individuo moreno, uno de los mercenarios de los mayas, asomó por la puerta con un cuchillo de hoja tan larga que parecía un machete.

Su llegada precipitada fue la causa de su muerte.

Un salto, un golpe tan rápido que probablemente el individuo no lo llegó a percibir y de pronto se vio lanzado de cabeza por donde entrara.

Doc condujo a sus dos compañeros afuera. Torcieron a la izquierda. Levantó en vilo al abogado y lo subió a un techo bajo.

Monk, sin grandes esfuerzos, logró seguirles. Luego fueron cruzando las azoteas contiguas y por fin llegaron a una donde sobre el suelo yacían los pliegues sedosos de un paracaídas.

—De este modo pude llegar a tiempo para salvaros —explicó—. La noticia de la pelea se extendió con gran rapidez y para localizar el sitio, subí al aeroplano. Desde una altura de dos mil metros, dejé caer un paracaídas iluminado, que me permitió ver toda la ciudad. Tuve la suerte de observar cómo la banda os conducía a la casa de adobe. Entonces me dejé caer para ayudaros.

—Magnífico —sonrió Monk—. Pero no fue nada extraordinario, ¿verdad Doc?

Capítulo X
Una escaramuza



Doc, Ham y Monk se dirigieron, a la luz de la luna, hacia el lugar junto al lago donde establecieron el campamento.

Había una multitud de nativos curiosos inspeccionando el aeroplano y hablando entre ellos. La aviación era todavía una novedad en aquel lugar apartado.

Doc, un gigante bronceado de doble estatura que algunos de los nativos, se introdujo entre ellos y les hizo varias preguntas en la mezcla de español e indio que hablaban.

Deseaba obtener informes del aeroplano azul que les atacó en Belice.

Los nativos habían visto varias veces dicho aeroplano. Pero ignoraban de dónde venía o adónde iba.

Doc observó que algunos de ellos eran muy supersticiosos respecto del aeroplano azul.

Obtuvo escasa información, pues se mostraban recelosos de hablar con los extranjeros.

Recordó que el azul era el color sagrado de los antiguos mayas, y ello aumentaba, si cabe, el misterio.

Renny y los otros montaron una tienda de campaña, pero al mismo tiempo cavaron en el interior un profundo agujero, en cuyo fondo extendieron las mantas para dormir.

La excavación no era visible del exterior y de esta manera podían evitar la trágica sorpresa de un súbito ataque con ametralladoras, durante la noche.

Monk y Ham, completamente restablecidos de los incidentes pasados, decidieron dormir en la cabina del aeroplano, alternándose

la guardia.

Doc partió solo durante la noche. Gracias a las maravillosas facultades desarrolladas durante años de intenso entrenamiento, no temía ser atacado con éxito por sus enemigos.

Se dirigió al palacio presidencial. Dio su nombre entregando una tarjeta y solicitando una audiencia con el presidente de Hidalgo.

Breves instantes después, recibía aviso de que Carlos Avispa, Presidente de la República, lo recibiría al instante.

Fue introducido en una sala amueblada con suntuosidad.

El presidente salió a su encuentro con la mano tendida. Era un hombre alto y fuerte, poco más bajo que Doc.

Sus cabellos blancos le daban un aspecto distinguido. Tenía el rostro surcado de arrugas, pero daba la sensación de ser un hombre inteligente y agradable.

Aparentaba tener unos cincuenta años.

—Es un gran honor para mí conocer al hijo del gran señor Clark Savage —dijo, con genuina sinceridad.

Doc quedó sorprendido. Ignoraba que su padre conociera al presidente.

Pero Clark Savage adquirió muchos amigos que él desconocía.

—¿Conocía a mi padre? —preguntó.

Don Carlos hizo una reverencia. Su voz delataba una estima sincera al contestar:

—Su padre me salvó la vida con su maravillosa pericia médica. Eso fue hace veinte años, cuando yo tan solo era un revolucionario sin importancia, escondido en las montañas. ¿Usted también, según tengo entendido, es un gran médico y cirujano?

Doc asintió con la cabeza. En breves minutos relató su historia al presidente, mencionando que don Rubio Peláez, el ministro de Estado, rehusaba hacer honor a la concesión del territorio en el interior de Hidalgo.

—Yo lo remediaré en el acto, señor Savage —exclamó el presidente Avispa—. Todo cuando yo posea, el poder que yo tenga, está a su disposición ahora y siempre.

Después de dar las gracias al presidente, Doc preguntó si conocía la causa que hacía tan valioso a ese terreno para muchos hombres, hasta el extremo de intentar asesinarlo para impedir llegara allí.

—No tengo la menor idea —fue la respuesta—. Ignoro lo que su

padre descubrió allí. Se dirigía al interior del país cuando me encontró enfermo en un campamento, hace veinte años. Me salvó la vida. Y no volví a verle nunca más. En cuanto a esa región, es casi inexpugnable y sus habitantes son tan revoltosos, que he desistido de mandar tropas a explorarlo.

El presidente reflexionó un instante y luego prosiguió.

—Esta acción del ministro de Estado, don Rubio Peláez, me preocupa mucho. Algún malhechor destruyó la documentación de esa herencia legada por su padre. Debiera estar en nuestros archivos. Pero no comprendo por qué obró don Rubio de esa manera. Sus documentos bastan aunque los nuestros se hubiesen perdido. Será castigado por su impertinencia.

Doc permaneció silencioso.

El presidente continuó:

—Acabo de oír rumores de que intentan asesinarme. Muchos de mi pueblo, de origen maya, están implicados en el complot. Pero ignoro quiénes son los cabecillas. Tengo entendido que esperan una remesa de fondos para adquirir armas antes de empezar la revuelta.

En los ojos del presidente brilló un destello guerrero.

—Si pudiese averiguar el origen del dinero que esperan, los aplastaría bien pronto. Y procuraría hacerlo sin derramamiento de sangre.

Doc conversó un rato más, adquiriendo datos de su famoso padre.

Declinando cortésmente la invitación de pasar la noche en el palacio presidencial, salió del edificio a una hora muy avanzada.

Caminaba pensativo por las dormidas calles de Blanco Grande.

¿Sería posible que el dinero para financiar la revolución contra el presidente Avispa guardara relación con su herencia? El hecho de que los mayas estaban complicados señalaba en esa dirección.

Quizá sus enemigos intentaban despojarle de su legado y utilizarlo para financiar la revolución que derrocaría al presidente.

Sus enemigos quisieron impedirle desde un principio que encontrase la documentación. El asunto era en verdad extraño.

De pronto, se detuvo en seco. Delante de él, sobre los guijarros alumbrados por la luna, yacía un cuchillo.

¡Tenía una hoja de obsidiana, un mango de cuero enrollado, exactamente igual al cuchillo del maya de Nueva York!

Unos quince minutos más tarde, se celebraba una reunión extraña en una habitación del piso superior de Blanco Grande, un hotel moderno dotado de agua corriente y una radio en cada habitación.

Dicho hotel era el orgullo de Hidalgo. Constaba de tres pisos.

Pero la gente congregada en aquella habitación constituía en realidad la escoria del país. Eran los cabecillas de los revolucionarios.

No les impulsaba ningún ideal de libertad. Pues el presidente Avispa era un hombre recto, honrado y justiciero y amante de su pueblo.

La codicia impulsaba a aquellos hombres. Pretendían derribar al gobierno honrado del presidente Avispa con el fin de saquear el tesoro de la nación y, luego, marcharse a París y a los lugares de lujo y placer de Europa.

Estaban reunidos once malhechores de las montañas; hombres de un largo historial de crímenes y robos.

Delante de ellos veíase una cortina. Detrás de ella había una puerta comunicando con una habitación contigua.

La puerta se abrió y los bandidos congregados oyeron entrar a un hombre.

Se pusieron tensos, pero, cuando el individuo habló, respiraron aliviados.

¡El recién llegado era el jefe; el cerebro de la revolución; el hombre que llenaría los bolsillos de oro!

—Llego tarde —dijo el cabecilla principal, a quien nadie podía ver y en realidad tampoco le conocían—. Perdí mi cuchillo sagrado y debí regresar a buscarlo.

—¿Lo encontraste? —interrumpió uno de los bandidos—. Esa cosa es muy importante. Lo necesitas para impresionar a los mayas. Creen que solo los miembros de su secta guerrera pueden poseer uno y vivir. Si un hombre vulgar coge uno, creen que moriría. De manera que lo necesitas para acreditarte como el hijo de aquel dios suyo que llaman la Serpiente Emplumada.

—Lo encontré —declaró el hombre situado detrás de la cortina —. Ahora vamos al asunto. Ese Savage ha resultado ser mayor amenaza de lo que nos suponíamos.

El jefe hizo una pausa y al continuar se notó cierto temor en la

voz.

—Savage visitó al presidente Avispa esta noche y este refrendó todo. ¡El viejo idiota! ¡Pronto nos desharemos de él! ¡Debemos suprimir a Savage! ¡Debemos exterminarlo y a esos demonios que le acompañan!

—Conforme —murmuró un velloso bandolero—. ¡No deben llegar al valle de los Desaparecidos!

—¿Por qué no dejarlo penetrar en el Valle? —gruñó otro bandido—. Sería el fin de todos ellos. ¡Jamás saldrían vivos de allí!

La voz del jefe revolucionario temblaba de miedo.

—¡Idiota! —exclamó—. ¡No conoces a Savage! Ese hombre es sobrenatural. Fui a Nueva York a suprimirlo y fracasé. Y me acompañaban dos miembros de la secta fanática de guerreros del Valle de los Desaparecidos. Esos hombres eran unos luchadores extraordinarios. Su propia tribu estaba aterrada de ellos. ¡Pero Savage escapó!

Sucedió un silencio lleno de inquietud.

—¿Qué sucedería si los miembros de esa secta guerrera descubriesen que no eras uno de ellos? —interrogó un malhechor—. Les has hecho creer que eres la encarnación del hijo de uno de sus dioses. Te adoran como a un dios viviente. Pero ¿y si descubrieran que todo ello es una farsa?

—¡No lo descubrirán! —declaró el hombre situado detrás de la cortina—. ¡No pueden hacerlo, porque controlo a la Muerte Roja!

—¡La Muerte Roja! —balbuceó uno.

—¡La Muerte Roja! —murmuró otro—. ¿Qué es ello?

El hombre de detrás de la cortina lanzó una sonora y maligna carcajada.

—¡Un genio científico, estando borracho, me vendió el secreto de producir la Muerte Roja y de curarla! ¡Me la vendió a mí! Luego lo maté para que nadie se apoderara jamás del secreto, o mejor dicho de la cura.

Los bandidos congregados se movieron nerviosos.

—¡Si lográsemos solucionar el misterio del oro que sale del Valle de los Desaparecidos! —murmuró uno—. Si averiguásemos de dónde lo extraen, nos olvidaríamos de esta revolución.

—¡No podemos! —declaró el hombre de detrás de la cortina—. He probado muchas veces. Kayab, el jefe de la secta guerrera de la

que me he erigido en jefe supremo, ignora de dónde se extrae. Solo el anciano Chaac, rey del Valle de los Desaparecidos, lo sabe. Y no lo declararía aunque le sometieran a tortura.

—Me gustaría llevar allí mis hombres con ametralladoras —murmuró furioso un capitán de bandoleros.

—Lo probaste una vez, ¿no es verdad? —dijo el hombre de detrás de la cortina—. Y casi os exterminaron. El Valle de los Desaparecidos es inexpugnable. Lo mejor que podemos hacer es conseguir suficiente oro para financiar esta revuelta.

—¿Cómo consigues ese oro? —preguntó un jefe de cuadrilla.

El misterioso desconocido profirió una carcajada:

—Es fácil castigar a la tribu con la Muerte Roja. Entonces ofrecen presentes y oro que llega a mis manos. Agradecido, los curo de la Muerte Roja —Rio con regocijo—. Los pobres diablos creen que su dios esparce entre ellos la Muerte Roja y que el tributo de oro apacigua su furia.

—Pues sería mejor esparcieras muy pronto esa Muerte Roja —sugirió uno—. Necesitamos ese tributo con urgencia. De lo contrario, no podremos pagar el armamento necesario para la revolución.

—Lo haré en breve. He estado mandando a mi aeroplano azul a volar sobre el Valle de los Desaparecidos. Es una idea nueva que se me ha ocurrido. Impresionará mucho a los habitantes del Valle. El azul es su color sagrado. Y creen que el aeroplano es un dios alado.

Resonaron muchas carcajadas aprobando la astucia del jefe.

—¡Esa Muerte Roja es una cosa maravillosa! —pronunció el hombre de la cortina—. Mató al viejo Savage…

El orador emitió de repente un grito frenético y dio un salto arrastrando la cortina consigo.

Se lanzó de cabeza.

Los bandidos, aturdidos, vieron en la puerta a un gigante de bronce, una figura de hombre que infundía pánico.

—¡Doc Savage! —chilló uno.

Era, en verdad, él en persona. Cuando vio aquel cuchillo en la calle, oyó acercarse unos pasos. Siguió al hombre que recogió el cuchillo hasta la habitación del hotel.

Se había enterado de todo el vil complot.

Y probablemente por primera vez en su carrera, no logró atrapar

a su hombre. La rabia que sintió contra el jefe de los revolucionarios, el asesino de su padre, le cegó por el momento. Lanzó una exclamación de sorpresa y el hombre le oyó.

Un bandido esgrimió una pistola, al mismo tiempo que otro apagó las luces.

Las pistolas tronaron de una manera ensordecedora. Resonaron unos golpes terribles.

Unos golpes que destrozaban la carne y los huesos; golpes que únicamente Doc Savage podía asestar.

El cristal de la ventana cayó hecho añicos cuando alguien se tiró por allá de cabeza, sin importarle el hecho de que lo hacía desde una altura de tres pisos.

Otro hombre imitó el mortal salto.

La batalla en la habitación terminó en breves segundos.

Doc Savage encendió las luces. Diez bandidos yacían por el suelo en un estado de estupor, o desvanecidos, o muertos.

Tres de ellos terminaron su carrera de crímenes. Y la policía de Blanco Grande, cuyo clamor se oía en el pasillo de afuera, terminaría con el resto.

Saltó por la ventana. El salto desde un tercer piso lo efectuó como si lo hiciera de una mesa al suelo.

Encontró a otro bandolero muerto bajo la ventana. El hombre se estrelló al dar el terrible salto.

No se veía rastro del jefe, quien, en el fragor de la lucha, encontró medios de poder escapar.

Doc se detuvo un instante, poseído de una furia que estremecía su cuerpo de bronce.

¡El asesino de su padre! ¡Y ni siquiera conocía quién era el hombre!

Pues al seguirle al hotel, no distinguió el rostro del criminal. Y en la habitación, la cortina cubrió al individuo hasta que se apagaron las luces.

Se alejó lentamente de la vecindad del hotel con su holocausto de muerte.

En aquella habitación dejó algo que se convertiría en una leyenda en Hidalgo.

¡Doce hombres derrotados o exterminados en cuestión de segundos!

La Policía de Blanco Grande estuvo intrigada durante muchos días sobre la clase de luchador que derrotó a los peores bandidos del país, en una batalla cuerpo a cuerpo.

Todos los bandoleros tenían puesto precio a su desgreñada cabeza. Nadie reclamó la recompensa.

Finalmente, un decreto del presidente Avispa traspasó la importante suma a los establecimientos de beneficencia.

Doc Savage, sin pensar más en la hazaña realizada, se dirigió a su campamento y se acostó.

Capítulo XI
El valle de los desaparecidos



Cuando despuntaba el día, Doc y sus hombres estaban dispuestos a partir.

Hizo sus dos horas de ejercicio habituales mientras sus compañeros dormían.

Después despertó a sus hombres. Enseguida cogieron brochas y pintura y transformaron el aeroplano.

¡El avión era azul ahora, el color sagrado de los mayas!

—Si los habitantes de ese misterioso Valle de los Desaparecidos creen que cabalgamos en una carroza sagrada —comentó Doc—, quizá nos permitan estar tiempo suficiente para hacernos amigos.

Ham, llevando su bastón inevitable, pues poseía varios, dijo, en tono jocoso:

—Si creen en la evolución, podemos despertar su interés pasando a Monk por el eslabón perdido.

—¿Ah, sí? —Sonrió Monk—. Algún día te encontrarás en unas parrillas pasando por un bistec y no sabrás quién lo hizo, como tampoco supiste quién preparó la acusación del robo de jamones.

Ham agitó el bastón y enmudeció.

Tomaron suficiente gasolina para un vuelo de veinte horas.

Breves instantes después, el gigantesco aeroplano despegaba rumbo a la región inexplorada del interior de la República de Hidalgo.

Doc tenía la idea, confirmada por el intenso estudio de Johnny de la topografía del país, de utilizar flotadores en vez de ruedas de aterrizaje.

Debido a la tupida jungla y a la naturaleza volcánica de la

región, era muy probable que no hallaran un espacio lo bastante amplio para aterrizar.

Por otra parte, Hidalgo estaba situado en la región de las grandes lluvias tropicales. Los ríos eran pequeños y en la montaña había un lago pequeño.

De aquí que se llevara los flotadores del aeroplano.

Mientras Doc se remontaba a unos diez mil pies de altura para encontrar una corriente favorable de aire, y así ahorrar el consumo de la gasolina, sus cinco amigos escudriñaban la región con unos potentes prismáticos.

Esperaban hallar rastro de su enemigo, el monoplano azul. Pero no vieron ningún hangar en la alfombra de la jungla.

Debía de estar escondido, pensaron, muy cerca de la capital.

Distinguían de vez en cuando un campo de maíz creciendo en unas calvas de los bosques. Vieron a unos nativos llevando cargas en unas bolsas de red, suspendidas por correas en torno a la frente.

Luego empezó una selva ilimitada sin señal de vida. Se alejaban de la civilización. Transcurrieron unas horas.

Unos grandes barrancos empezaron a hendir el terreno. La tierra parecía haber caído retorcida y amontonada de manera inconcebible.

Las montañas se elevaban gigantescas, negras y amenazadoras.

Desde arriba, distinguieron unos cañones tan profundos, que solo se veía un espacio negro.

—No hay ni un sitio lo bastante llano para pegar un sello —comentó Renny, impresionado.

Johnny se echó a reír.

—Dije a Monk que el viaje de Colón era una broma, comparado con esto.

Monk lanzó un resoplido.

—Estás loco. Estamos sentados cómodamente en este aeroplano y dices que es duro. No veo nada peligroso.

—Naturalmente que no puedas verlo —respondió Ham, con sequedad—. Si nos viéramos obligados a aterrizar, treparías a los árboles. Nosotros tendríamos que andar. Y en este país, media milla diaria sería un esfuerzo tremendo.

Renny, que iba al lado de Doc, gritó:

—¡Atención, novatos! ¡Nos acercamos!

Renny dirigió el vuelo, haciendo cálculos. Se acercaban al terreno heredado, cuya posesión le disputaba una fuerza desconocida.

Y delante se elevaba una cordillera de montañas más imponentes que las que vieron hasta entonces.

En las faldas de las montañas se veían trozos de vegetación, luchando por la existencia.

A pesar de la pericia de Doc, el aeroplano gigante capotó con violencia al encontrar las corrientes de aire producidas por la configuración del terreno.

Un piloto corriente hubiese sucumbido a la violencia de las ráfagas traidoras o prudente habría vuelto atrás.

Parecía que volaban dentro del corazón tumultuoso de un vasto ciclón.

Monk, cogido con firmeza a un asiento de mimbre, que a su vez estaba atado con una correa metálica a la armadura del aeroplano, mostraba un rostro verdoso bajo su cutis rubio.

Cambió de parecer respecto a la comodidad de su método de exploración.

No estaba asustado, pero el mareo había hecho presa de su estómago y lo pasaba bastante mal.

—Estas diabólicas corrientes de aire explican el motivo de que no se haya hecho un mapa por medio de un aeroplano —observó Doc.

Cuatro o cinco minutos más tarde, levantó un brazo:

—¡Mirad! —señaló—. ¡Aquel cañón debe conducir al centro de las tierras que buscamos!

Los compañeros miraron en la dirección apuntada.

Contemplaron una hendidura estrecha que parecía hundirse en las profundidades de una enorme montaña de roca.

El corte era de roca desnuda, tan inclinado y duro, que no permitía crecer siquiera ni el más humilde arbusto.

El aeroplano se acercó más. Renny, escudriñando con los anteojos, advirtió:

—Se desliza un torrente por el fondo del cañón.

Doc, sin el menor miedo, penetró en el desfiladero. Otro piloto habría huido aterrado de aquellas corrientes de aire traidoras.

Pero conocía la resistencia de su aparato, y aunque el viento lo

lanzaba de un lado a otro, tenía confianza en su aguante, mientras su mano llevara la dirección.

El aeroplano penetró en el monstruoso corte. Los paredones devolvían en ondas el estruendo de los motores.

De pronto, el aire, enfriado por el torrente que fluía en el fondo del corte, contrayéndose y formando una corriente descendente, pareció arrastrar al avión como si lo succionara hacia las profundidades.

Torciendo, cabeceando y bandeándose, el veloz aeroplano avanzaba por entre las sombras.

Los tres motores gemían y los tubos de escape arrojaban una llama azul.

El avance del aparato por el cañón era una serie de saltos y caídas, como si estuvieran en una montaña rusa.

—Pasará mucho tiempo antes que otros exploradores blancos penetren en este lugar —profetizó Renny.

El brazo de Doc señaló, de repente, un punto en la lejanía, que se acercaba con rapidez.

—¡El Valle de los Desaparecidos! —gritó.

El Valle de los Desaparecidos surgió de repente ante su vista.

Lo formaba un ensanchamiento del diabólico desfiladero. El valle era de forma ovalada y su suelo tan ondulante, que sería imposible aterrizar allí.

Solo había un diminuto espacio llano que Doc y sus cinco hombres enfocaron al instante.

Luego se miraron, incrédulos.

—¡Cielos! —exclamó Johnny, el geólogo.

En el terreno llano distinguieron una pirámide de tipo egipcio, aunque con ligeras diferencias.

Los lados eran lisos como el cristal en toda su superficie. Delante había una serie de escalones. La especie de escalera semejaba una cinta sobre el costado liso y reluciente de la pirámide.

La parte superior era plana; y edificada encima había una vasta construcción, un techo plano de piedra soportado por columnas cuadradas, talladas de una manera maravillosa.

Exceptuando las columnas, el templo estaba abierto por los costados, permitiendo ver unos ídolos de piedra fantásticos.

Lo más extraño quizá de la pirámide era su color. Era de piedra

gris y sin embargo, brillaba con extraña y metálica luz amarilla.

—¡Maravilloso! —murmuró Johnny.

—En efecto —gruñó Renny, el ingeniero.

—Hablo desde un punto de vista histórico —corrigió Johnny.

—Yo hablo desde el punto de vista de un ambicioso minero —resopló Renny—. Jamás vi un cuarzo tan rico en oro. Apuesto a que la piedra de que está hecha esa pirámide, produciría mil dólares de oro por tonelada.

—¡Olvida el oro! —replicó Johnny—. ¿No comprendes que estás contemplando una muestra rara de arquitectura maya? ¿Algo que haría las delicias de un arqueólogo?

A medida que el aeroplano se aproximaba, observaron otra particularidad de la pirámide: un volumen regular de agua que descendía por el costado, penetrando en una especie de laguna profunda, incrustada cerca de los escalones.

El agua salía de la cima de la pirámide merced a algún efecto artesiano y se vaciaba en la corriente que descendía por el cañón que Doc y sus compañeros acababan de cruzar en su aeroplano.

A ambos lados del dilatado y boscoso valle, no lejos de la pirámide, veíanse unas hileras de imponentes casas de piedra.

Estaban talladas con profusión y eran de una arquitectura extraña. Tan sorprendente visión les dio la sensación de haber retrocedido a los tiempos primitivos.

Había mucha gente, vestida de una manera rarísima.

El aeroplano se posó en la superficie del lago. Los seis compañeros contemplaban pasmados desde el aparato el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Los nativos del Valle de los Desaparecidos descendían, corriendo, loma abajo, saliendo a su encuentro.

Era difícil predecir si el recibimiento sería hostil o no.

—Quizá será mejor que preparemos una ametralladora —sugirió Renny—. No me gusta la cara de esa gente que se congrega ante nosotros.

Doc Savage movió la cabeza en señal negativa.

—No —dijo—. Al fin y al cabo, no tenemos ningún derecho moral aquí. Preferiría marcharme a tener que hacer una carnicería entre ellos.

—Pero toda esta tierra es tuya.

—A los ojos de la Civilización es probable que sí —asintió Doc—. Pero existe la conciencia de cada uno. Es en verdad un acto de traición el que un gobierno arrebate la tierra de algunos pobres salvajes para cederla a un blanco, quien no tardará en explotar hasta a los mismos moradores. Sabéis que nuestro propio gobierno trató de esa manera a los indios norteamericanos. Por más que esa gente no tiene aspecto de ser tan inculta y salvaje como los pieles rojas primitivos.

—En mi opinión —declaró Renny—, poseen un tipo de civilización bastante elevado. Es el pueblo más limpio que he visto en mi vida.

Los compañeros se pusieron a observar a los nativos, que perdiendo el miedo se iban acercando, cautelosos.

—¡Son mayas puros! —declaró Johnny—. ¡No se han mezclado con ninguna raza extraña!

Los hombres que se aproximaban maniobraban de una manera extraña.

La mayor parte de los habitantes se apartaba para permitir el paso a un grupo de hombres, vestidos iguales, que marchaban delante.

Estos hombres eran algo más altos, de aspecto más brutal, de pecho y hombros robustos, mostrando unos músculos poderosos.

Llevaban un manto corto, echado sobre los hombros, una especie de red de cuero con puntas salientes como unas charreteras modernas.

Ostentaban, también, anchos cinturones de un azul oscuro, cuyas puntas formaban delantales por detrás y delante.

Cubrían sus piernas una especie de polainas de cuero, y calzaban sandalias de forma especial.

Llevaban lanzas y cortas porras de madera, en las que había incrustadas unas finas aristas de piedra, a guisa de dientes de sierra, tan cortantes como cuchillos.

Además, cada uno poseía un cuchillo de hoja obsidiana y un mango de cuero arrollado. Todos los hombres tenían las puntas de los dedos teñidas de rojo unos dos centímetros y medio.

Aquella extraña particularidad solo se notaba en estos individuos; los demás no ostentaban ninguna señal.

De repente, el jefe del grupo se detuvo y, volviéndose, levantó

las manos por encima de su cabeza y arengó a sus secuaces, en voz tonante y emocionada. Su tipo era más achaparrado que los otros.

Poseía las proporciones antropoides de Monk, sin su corpulencia gigantesca.

Su rostro era oscuro y maligno.

Doc escuchó con interés el dialecto maya que el orador empleaba.

—¡Ese individuo se llama Kayab, y la pandilla a quien habla forman la secta de los guerreros, sus secuaces!

—¿Qué les está diciendo? —murmuró Monk.

Los ojos bronceados de Doc chispearon furiosos:

—Les está diciendo que el aeroplano azul es un pájaro sagrado.

—¡Así hace nuestro juego! —exclamó Renny—. En consecuencia, la situación es favorable…

—No tanto como te figuras —interrumpió Doc—. Kayab está diciendo a sus guerreros que somos un sacrificio humano que el pájaro sagrado les ha traído para ser inmolados.

—Quieres decir… ¡Nos matarán, si Kayab logra convencerles!

Capítulo XII
El legado



Monk se volvió al instante en dirección al aeroplano.

—¡Les saldré al encuentro con una ametralladora en cada mano! —exclamó.

La voz suave de Doc le contuvo.

—Aguarda —sugirió—. Los guerreros de Kayab no se han decidido todavía. Probaré una idea que tengo.

Avanzó solo al encuentro de la secta guerrera de la tribu perdida de los mayas.

Eran en conjunto unos cincuenta guerreros de dedos rojos, armados hasta los dientes.

Poseídos del fervor insano propio de los adictos de religiones exóticas, serían realmente peligrosos en una batalla.

Pero Doc siguió avanzando con la misma calma que si se dirigiera a una reunión de amigos.

Kayab cesó de gritar a sus secuaces para observar su sereno avance. Las facciones del jefe de los guerreros eran menos atractivas aún de cerca.

Llevaba el rostro tatuado con dibujos de colores que lo hacían repulsivo.

Sus ojillos brillaban como los de un cerdo.

Doc Savage introdujo la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta. Allí guardaba el cuchillo de obsidiana que arrebató al maya suicida.

Sabía, por lo que oyó en la habitación del hotel Blanco Grande, que daban gran importancia a aquellos cuchillos.

Elevó, majestuoso, ambas manos bronceadas por encima de su

cabeza.

Al hacerlo ocultaba el cuchillo sagrado. Lo guardaba en la palma de la mano, como un prestidigitador.

—¡Saludos, hijos míos! —saludó en lengua maya.

Luego, con una veloz torsión de la muñeca, hizo aparecer el cuchillo.

Realizó el acto de prestidigitación de manera tan experta, que a los mayas pareció surgir del aire.

El efecto fue notable. Las manos de dedos rojos se movieron inciertas.

Los pies calzados en sandalias vacilaron nerviosos.

Se elevó un suave murmullo.

Aprovechando la oportunidad, la poderosa voz de Doc, vibró:

—Yo y mis amigos venimos a hablar con el rey Chaac, vuestro soberano —anunció.

A Kayab no le gustaron estas palabras. En su horrible rostro se dibujaron diversas emociones.

Observando al jefe de los guerreros, Doc clasificó con exactitud el carácter del hombre. Kayab tenía sed de poder y de gloria.

Quería ser supremo entre su pueblo. Y por esta razón odiaba al monarca. El ensombrecimiento de su rostro al mencionarse al rey del Valle de los Desaparecidos puso de manifiesto a Doc la situación.

—¡Dime qué te trae aquí! —ordenó Kayab, dando a su voz un timbre autoritario.

Doc, sabiendo que si mostraba debilidad tenía su causa perdida, respondió en tono más arrogante todavía:

—¡Lo que aquí me trae no interesa a subordinados, sino al mismo rey Chaac!

La respuesta produjo su efecto. Kayab enrojeció de humillación y rabia; los otros guerreros se impresionaron.

Doc vio que estaban dispuestos a aplazar el sacrificio y llevar a los extranjeros blancos a presencia de su rey.

Con todo, lleno de dignidad e imperio, exclamó:

—¡No os retraséis más!

El acto de prestidigitación del cuchillo, su conocimiento de la lengua maya y su porte autoritario, colaboraron a su triunfo.

La falange de hombres de dedos rojos abrió paso, formando un

grupo en círculo para escoltar a Doc y a sus hombres, a presencia del rey Chaac.

—¡Eres un as! —Sonrió Monk, con admiración.

—Debes recordar una cosa —le dijo Doc—. Todo lo que tenga sabor a magia impresiona a estos guerreros. Gracias a su credulidad pudimos evitar una serie de disgustos.

Dejaron el aeroplano en la arenosa playa, confiando en el temor supersticioso para que los mayas no se acercasen.

La tribu de piel dorada no se atrevía a tocar el pájaro azul sagrado.

A juzgar por su aspecto físico, los otros mayas eran gente sociable. No les contemplaban con hostilidad, especialmente las mujeres.

Sus ropas mostraban un tejido y un teñido experto y en algunas piezas veíase entretejido un hilillo de oro que producía un efecto suntuoso y agradable.

—No creo haber visto jamás una raza de piel más limpia y transparente —declaró Ham.

Las jóvenes y también algunos muchachos adornaban sus cabellos con flores tropicales hermosísimas.

Monk comentó la uniforme belleza de los mayas, con excepción de los guerreros de dedos rojos.

—Parece ser que escogen a los más feos y los convierten en guerreros —rio.

Más tarde comprobaron que esto era verdad. Para llegar a ser guerrero, un maya debía alcanzar cierto grado de fealdad física y mental.

Los mayas no tenían prisiones. Cuando uno de la tribu cometía un crimen de leve importancia lo condenaban, no al exilio ni a la cárcel, sino a convertirse en un guerrero protector de la tribu.

Estos guerreros de los dedos rojos rechazaban a los invasores y mantenían el Valle de los Desaparecidos en un estado de soledad e independencia.

De esa manera muchos perecían luchando, lo cual era una forma de castigarlos.

Eran los más ignorantes y supersticiosos de todo el país.

La cabalgata cruzó las calles de la pequeña ciudad maya.

Johnny, con la excitación de un arqueólogo innato descubriendo

nuevos detalles de magnífico interés, apenas podía mantenerse en línea.

—¡Estos edificios! —exclamaba—. Están construidos exactamente como los de la gran ciudad en ruinas de Chichén Itzá. ¡Mirad, no utilizan el arco en la construcción de los techos ni de los portales!

Había otra peculiaridad que chocó a los otros, quienes, a excepción de Doc, no sabían gran cosa acerca de la arquitectura maya.

Los edificios estaban repletos de relieves de animales, de pájaros y grotescas figuras humanas.

No había ni una pulgada que no estuviese esculpida de alguna manera. Al parecer, a los mayas no les gustaba dejar un espacio del edificio sin adornar.

Llegaron, por fin, a una casa de piedra, mayor que las demás.

Entraron en ella y fueron conducidos a presencia del rey Chaac.

El monarca les causó una impresión agradable.

Era un hombre alto y fuerte, algo encorvado por los años. Tenía el cabello blanco como la nieve y sus facciones eran tan perfectas como las del propio Doc. Vestido de etiqueta, el rey Chaac habría hecho honor en cualquier banquete de Nueva York. Llevaba un cinturón ancho y rojo, con las puntas formando un delantal delante y detrás.

Estaba de pie en medio de un gran salón.

A su lado había una joven. Era, en verdad, la más atractiva de las muchachas mayas que vieron.

La perfección de sus facciones mostró al instante se trataba de la hija del rey Chaac. Era casi tan alta como su padre. Su exquisita belleza parecía la obra de un artífice.

—¡Hermosísima! —exclamó Monk, estupefacto.

—No está mal —concedió Renny, sonriendo, con lo cual su rostro perdió algo de su aspecto puritano.

Doc, en voz baja, que solo sus amigos pudieron oír, advirtió con brusquedad:

—¡Callaos, gorilas! ¿No veis que entiende el inglés?

Monk y Renny miraron al instante a la muchacha y se ruborizaron, pues era evidente que la bella joven maya no solo oyó lo que dijeron, sino que lo comprendió perfectamente.

Tenía el rostro encendido y sonreía burlona.

Doc empezó a saludar al rey Chaac en maya.

—Puede hablar en su lengua —indicó el rey, hablando un inglés correcto.

Doc se sorprendió. Tardó unos veinte segundos en salir de su sorpresa.

Luego agitó un brazo lentamente, murmurando:

—No acabo de comprender todo esto. Son ustedes, evidentemente, los descendientes de una civilización milenaria. Habitan un valle prácticamente inexpugnable para los extranjeros. El resto del mundo ni siquiera sueña con su apacible y solitaria existencia. Viven ustedes como sus antepasados de hace centenares de años. Sin embargo, me saludan en un inglés excelente.

El rey Chaac hizo una reverencia.

—Satisfaré su curiosidad, señor Clark Savage júnior.

Doc recibió la mayor sorpresa de su vida.

¡Era conocido allí!

El anciano monarca sonrió.

—Su estimado padre me enseñó la lengua inglesa. Lo reconozco a usted por su hijo. Se le parece.

Doc asintió lentamente. Debió adivinar la influencia de su padre en las maneras corteses y agradables del rey.

Pues Savage «padre» siempre eligió sus amigos entre las gentes dignas de serlo.

A continuación se efectuaron las presentaciones. La exquisita joven maya se llamaba Atacopa.

Era, como supusieron, una princesa: la hija del rey Chaac.

El monarca ordenó retirarse a Kayab, el jefe feroz y achaparrado de los guerreros de los dedos rojos.

Se marchó reacio y, antes de llegar a la puerta, dirigió una última mirada ávida a la princesa Atacopa.

Esa mirada fue una revelación para Doc. El jefe de los guerreros estaba enamorado de Atacopa, y a juzgar por su porte desdeñoso e indiferente, la joven no sentía gran simpatía por él.

—No la censuro —cuchicheó Ham el abogado—. Imagínate la tragedia de contemplar tal adefesio a la hora del desayuno, todas las mañanas.

Ham miró a Monk… y soltó una carcajada. El rostro de Monk

rivalizaba con Kayab, aunque era más simpático.

Doc Savage formuló la pregunta que más le interesaba:

—¿Cómo es que su pueblo no ha evolucionado viviendo igual que hace centenares de años?

El rey Chaac sonrió benigno:

—Porque estamos satisfechos de nuestra manera de vivir. Llevamos una vida ideal aquí. Cierto es que debemos luchar para rechazar a los invasores. Pero las tribus guerreras que rodean estas montañas realizan la mayor parte de esa tarea. Son amigos nuestros. Solo cada dos o tres años nuestros guerreros de dedos rojos deben ahuyentar a algún invasor demasiado persistente. Gracias a la naturaleza inexpugnable de este valle no resulta difícil.

—¿Cuánto tiempo hace que viven aquí? —preguntó Doc.

—Hace siglos, desde el tiempo de los conquistadores españoles —explicó el anciano maya—. Mis antepasados que se establecieron en este valle pertenecían a una familia superior de los mayas, a la realeza. Huyeron de los soldados españoles, y fundaron su hogar en este apartado rincón. Estamos aquí desde entonces, satisfechos, como dije, de existir aislados del resto del mundo.

Doc, reflexionando sobre la historia de las guerras y otras plagas que azotaron al mundo desde aquellos tiempos, convino en que aquella gente acertó.

El rey Chane habló inesperadamente:

—Conozco el motivo de su venida.

—¿Eh?

—Viene para recoger la herencia legada por su padre. Convinimos en que pasados veinte años, usted vendría a mí, y yo sería juez de si debía o no darle acceso al oro que no nos sirve de nada a nosotros los del Valle de los Desaparecidos.

Doc empezó a comprender. ¡De manera que aquel fue el *texto* del final de aquella carta quemada en parte dentro de la caja de caudales de su padre!

Ahora lo comprendía todo. Su padre descubrió aquel valle perdido con sus extraños habitantes y sus riquezas fabulosas de oro, y decidió dejarlo como herencia a su hijo.

Obtuvo posesión de la tierra que incluía al Valle de los Desaparecidos. Y por lo visto hizo un convenio con el rey Chaac.

¡Solo faltaba averiguar qué convenio establecieron!

Formuló la pregunta:

—¿Qué clase de acuerdo concertó mi padre con usted?

—¿No se lo dijo? —preguntó el anciano maya, sorprendido.

Doc bajó la cabeza. Explicó, emocionado, que su padre falleció de una manera misteriosa y repentina.

El anciano maya mantuvo un silencio reverente después de oír las tristes noticias. Luego bosquejó el convenio del oro.

—Deberá usted dar cierta parte al gobierno de Hidalgo —explicó.

Doc movió la cabeza en señal afirmativa.

—El acuerdo —dijo— consiste en ceder una quinta parte al gobierno de Hidalgo.

—Es justo. El presidente de Hidalgo, Carlos Avispa, es un anciano y noble caballero —repuso Doc.

—Un tercera parte del oro extraído será depositado en un Banco a nombre de mi pueblo —explicó el rey Chaac—. Ingresará usted ese fondo y se cuidará de nombrar unos administradores honrados. Las otras dos terceras partes las tendrá usted, no para crearse una fortuna personal, sino para gastarlas en continuar la obra de su padre, en auxiliar a los oprimidos, en beneficiar al género humano en todo cuanto sea posible.

—Una tercera parte para su pueblo, no me parece un porcentaje muy elevado —sugirió Doc.

El rey Chaac sonrió.

—Se sorprenderá cuando sepa la cantidad a que ascenderá, y quizá no la necesitemos nunca. Este Valle de los Desaparecidos permanecerá tal como está, desconocido del resto del mundo. Y el origen del oro también será ignorado de todos.

Johnny, jugueteando con sus gafas, que tenían la lente de aumento en el lado izquierdo, escuchaba con interés y, de pronto, preguntó:

—Observé la naturaleza de la roca de estos alrededores. Y aunque la pirámide está hecha de cuarzo aurífero, no hay señales de existir grandes cantidades de mineral por estos contornos. Si tiene el propósito de entregarnos la pirámide, ¿lo permitiría su pueblo?

—¡La pirámide es sagrada y nadie puede profanarla! —replicó el anciano maya con digna entonación—. ¡Es nuestro templo! ¡Lo será, eternamente!

—Entonces, ¿dónde está el oro?

—Le enseñarán el lugar dentro de treinta días o antes, si juzgo llegada la hora, pero hasta entonces, no sabrá usted más —repuso el rey Chaac.

—¿Por qué esa condición? —inquirió Doc.

—No deseo revelarlo por el momento —respondió el rey Chaac.

Atacopa estuvo de pie a su lado durante la conversación. Y casi todo el rato no apartó sus ojos de Doc, contemplándole con extraña expresión.

—¡Ojalá me mirase a mí de esa manera! —cuchicheó Monk a Ham.

La declaración del rey Chaac fijando un plazo de treinta días respecto a toda clase de información ulterior, concluyó la entrevista.

Dio órdenes de tratar con la mayor cordialidad a Doc y a sus hombres.

Los seis amigos pasaron el resto del día trabando amistad con los mayas.

Realizaron diversos trucos de prestidigitación que encantaron a aquella gente sencilla. Long Tom, con un aparato eléctrico y Monk con varios trucos químicos, fueron los favoritos.

Kayab y sus guerreros se mantuvieron distantes. Se les veía hablar en grupos, con rostro enojado.

—Nos darán un disgusto —declaró Renny.

Doc asintió.

—Son más ignorantes que los otros —dijo—. Y ese demonio instigador de la revolución de Hidalgo es un jefe prestigioso de la secta de los guerreros. Dentro de poco fulminará la Muerte Roja sobre la tribu.

—¿No podemos impedirlo? Me refiero a esa Muerte Roja infernal.

—Lo probaremos. Aunque dudo de la eficacia de nuestra intervención hasta que ocurra.

—Ni siquiera conocemos la manera cómo se extiende, mucho menos su cura.

—Quizá si les entregamos una parte de oro para sobornarles no inflingirían la Muerte Roja…

—¡Eso significaría el éxito de la revolución de Hidalgo y

perecerían centenares de personas, Renny!

—Tienes razón.

Para dormir les asignaron una casa de muchas habitaciones, a corta distancia de la reluciente pirámide dorada.

Se acostaron temprano. La noche no parecía tan fría como era de esperar en aquellas altas montañas.

Capítulo XIII
La muerte acecha



Dedicaron el día siguiente a nada más entretenido que matar el tiempo. Pronto se cansaron de los trucos de prestidigitación.

En consecuencia, Doc y Renny salieron a explorar el Valle de los Desaparecidos.

Descubrieron que era tanto una prisión como una fortaleza. Un sendero estrechísimo tallado en la falda del desfiladero era la única ruta a pie.

Y por el aire solo un hidroplano podría descender sobre el lago. Ningún dirigible resistiría aquellas terribles corrientes de aire.

Las faldas de las montañas se cultivaban. Abundaban las verduras. También se veía algodón y cabras domesticadas de largo pelo.

La vegetación de la jungla era exuberante por todas partes.

—No lo pasan mal —observó Doc—. No viven en la abundancia, pero tampoco les falta lo necesario.

Regresando al pueblo, Doc y Renny encontraron a la linda princesa, quien, evidentemente, preparó aquella entrevista fortuita.

Se había enamorado del hombre de bronce, lo cual turbaba bastante el espíritu de Doc. Hacía mucho tiempo que había decidido que las mujeres no alterarían el rumbo de su vida.

Y además, su carácter no se prestaba a ningún dominio, aunque fuese moral.

Por consiguiente, respondió con monosílabos a la amena y graciosa charla de la princesa, evitando entrar en discusión acerca de si las muchachas americanas eran más bonitas que… Atacopa, por ejemplo.

De regreso al pueblo observaron un cambio sutil en la actitud de muchos de los mayas.

Hasta los que no pertenecían a la secta guerrera miraban a Doc y a sus amigos con evidente recelo.

Los guerreros, mezclados entre el populacho, hablaban con animación, subrayando las palabras con ademanes hostiles.

Doc, por casualidad, oyó las palabras de un agitador. Comprendió que los guerreros envenenaban con sutiles amenazas contra los blancos el espíritu sencillo de los nativos.

Los extranjeros bajados del cielo, alegaban los guerreros, eran demonios de piel pálida que llegaron como gusanos en las entrañas del gran pájaro azul que amaró en el lago.

Y, por consiguiente, como gusanos, debían ser destruidos.

Doc se alejó pensativo.

Aquella noche, él y sus amigos se acostaron temprano, casi al anochecer, siguiendo la costumbre tradicional del país.

Fuera por la dureza de los bancos de piedra que les servían de cama o por la excitación nerviosa debida a su situación en el Valle de los Desaparecidos, no durmieron bien.

Long Tom, que ocupaba una habitación espaciosa con Johnny y Ham, durmió una hora encima de su banco de piedra; luego se apoderó el insomnio de él.

Se puso los pantalones y dio un paseo a la luz de la luna.

Sin ningún motivo particular se dirigió a la pirámide, que le fascinaba.

El mineral de que estaba construida era tan rico, que podía decirse que no existía igual en el mundo entero.

«¡Debe de tener un valor fabuloso!» —pensó.

Esperaba que la contemplación de semejante riqueza le permitiría después conciliar el sueño. Pero no fue así. Le costó caro.

Pues mientras contemplaba, absorto, la pirámide dorada, con la corriente de agua surgiendo sin parar de su cima, un hombre saltó sobre sus espaldas.

Una mano le tapó la boca.

Lanzó dos puñetazos, sin tocar a nadie. Mordió los dedos que le amordazaban. Luego profirió un grito.

Una mano, protegida esta vez por un trapo, le impuso silencio casi ahogándole.

Luego le acometieron otros asaltantes; eran los guerreros de dedos rojos.

Dio un puntapié atrás, tocando una espinilla y rodó con sus atacantes por entre las rocas y la tierra blanda.

Encontrando una roca, asestó un golpe en un cráneo y por el ruido seco comprendió que uno de sus adversarios cayó para no levantarse nunca más.

La fuerza de los atacantes redujo al fin a Long Tom. Lo ataron de pies y manos, dejándolo imposibilitado.

Se aproximó un hombre, que hasta entonces se mantuvo apartado del fragor de la lucha.

Era Kayab, el jefe de los guerreros, quien dio una orden en lengua maya, que Long no pudo comprender.

Llevándolo a la parte trasera de la pirámide, lo depositaron en un círculo de bloques de piedra. En el centro había una abertura redonda, negra y siniestra.

El jefe maya cogió una piedra y sonriendo de una manera maligna la tiró por la redonda abertura.

Se oyó, segundos después, el ruido de la piedra al tocar el fondo. Y al instante surgió un pandemónium de ruidos extraños y silbantes.

¡El agujero era un pozo de sacrificios!

Long Tom recordó haber leído que los antiguos mayas arrojaban tributos humanos en pozos semejantes.

Los silbidos provenían de serpientes, sin duda, venenosas. Debía de haber centenares de ellas en el fondo de aquel siniestro agujero.

Kayab profirió una orden y al instante el prisionero fue levantado en vilo y arrojado a la terrible abertura negra.

El jefe de los guerreros escuchó. Instantes después se oyó un golpe horrible en el fondo del pozo. Las serpientes silbaban siniestras.

El jefe maya y sus secuaces se alejaron satisfechos.

Cuando Long Tom salió de la casa, Ham no estaba completamente dormido.

Observó, soñoliento, cómo su compañero, poniéndose los pantalones, salía al exterior.

Luego dormitó un rato. Pero despertándose de pronto, decidió averiguar lo que hacía su amigo. Cogiendo su bastón de estoque, salió a explorar.

No vio señal de Long Tom, pero adivinando dónde pudo ir el mago de la electricidad, se dirigió hacia la pirámide.

No oyó ningún ruido ni nada que le alarmase. Segó una flor tropical de un certero golpe de bastón. Se sentía pleno de euforia.

Un segundo después fue asaltado por una avalancha de guerreros de dedos rojos.

Jamás ningún espadachín profesional desenvainó su acero con mayor celeridad que Ham. Lo sacó a tiempo de poder ensartar a dos de los demonios que saltaron sobre él.

Reducido por el número, lo ataron y amordazaron. Luego lo condujeron al pozo de los sacrificios y sin pronunciar una palabra lo arrojaron al fondo.

Kayab escuchó desde el borde del pozo hasta oír el golpe de la caída.

Las serpientes, alborotadas, emitieron silbidos de furia.

El jefe de los guerreros rio, moviendo la cabeza en señal de satisfacción.

¡Desaparecieron dos blancos! Dio otra orden.

Los tres guerreros muertos por Long Tom y Ham fueron levantados en vilo.

Uno tras otro, los cadáveres fueron arrojados al pozo de los sacrificios.

Resonaron tres golpes y surgieron los silbidos furiosos de las serpientes.

Monk dormía profundamente, pero el colchón de piedra era duro y el aventurero tuvo una pesadilla. Soñó que luchaba con un millón de dedos rojos, mientras le alentaba una hermosa princesa maya.

Rechazó a sus enemigos de la pesadilla, pero al avanzar hacia la bella princesa, reclamando la recompensa ofrecida por su seductora sonrisa, surgió un hombre de un sospechoso parecido con Doc y se la llevó.

Su inmensa desilusión le despertó.

Se sentó y se incorporó desperezándose. Al mirar a su alrededor vio sorprendido que Doc y Renny no estaban a su lado.

¡Sus camas de piedra se veían desocupadas!

Meditó un rato, llegando a la conclusión de que salieron a pasear.

Y al instante se dispuso a imitarles.

Al coger sus pantalones se fijó en un mástil que colgaba de la pared; evidentemente pertenecía al dueño de la casa, y Monk no vaciló en apropiárselo para probar su comodidad.

Poniéndoselo en lugar de pantalones salió al exterior, con el propósito de nadar un rato en el lago, si no se presentaba algún pasatiempo más emocionante.

No hallando a Doc ni a Renny se dirigió al lago. No le preocupaba la ausencia de los dos amigos.

No era probable que les sucediera algo sin que cundiera la alarma.

El agua presentaba un color azul maravilloso. A pocos metros de la playa veíanse varias rocas grandes.

De pronto su corazón latió sobresaltado al encontrarse, inesperadamente, frente a la princesa Atacopa. Sin duda paseaba a la luz de la luna. Y sola.

Sintió un gran embarazo e hizo un movimiento para retroceder con rapidez.

Pero la princesa, sonriéndole con dulzura, le suplicó:

—¡No se marche tan pronto, haga el favor! Deseo preguntarle una cosa.

Monk vaciló, preguntando, aturdido:

—¿Qué desea saber?

La joven se ruborizó de una manera encantadora. Parecía demasiado tímida para formular la pregunta. Pero, al fin, dijo:

—¿Qué es lo que ve indeseable en mí su jefe?

—¿Eh? —balbuceó Monk, sin saber qué responder—. ¡Oh! Doc la estima. Él aprecia a todo el mundo.

—No lo creo —replicó la joven—. Se mantiene a distancia.

—Ah —murmuró Monk—. Doc es así…

—Debe de haber una muchacha. Él está…

—¿Enamorado de alguien? —resopló Monk—. ¡De ninguna manera! No existe ninguna mujer en la tierra que…

Interrumpiéndose enmudeció. Pero era demasiado tarde.

Fue poco diplomático, defecto que criticaba a los demás.

La princesa Atacopa, girando sobre sus talones, desapareció entre las grandes rocas, dejando tras sí el eco de un sollozo.

Monk permaneció un rato a la luz de la luna. Luego regresó a la

casa. Doc y Renny no habían regresado todavía.

Solo con el objeto de comprobar que no había novedad, penetró en la habitación contigua, donde Johnny, Long Tom y Ham debían estar durmiendo.

¡Los tres habían desaparecido! Los enormes puños de Monk se crisparon.

Comprendió que sucedía alguna cosa anormal. De lo contrario, sus cinco compañeros no estarían tomando el fresco al mismo tiempo.

Salió de un salto al exterior, como una figura de animal gigantesco.

Aguzando los oídos percibió unos ruidos a la derecha. Se dirigió al lugar dando unos saltos enormes.

Vio a un número de hombres retroceder de una manera furtiva y corrió con la velocidad de una liebre a darles alcance.

La pirámide de oro surgió a la vista.

Distinguió a la izquierda a los hombres a quienes perseguía. Eran, en conjunto, una docena. Llevaban a un hombre atado.

Monk poseía una técnica especial para correr en la oscuridad. Sus brazos larguísimos desempeñaban un papel importante.

Simplemente se doblaba y corría dando saltos enormes, balanceándose con los brazos cuando tropezaba. Alcanzaba una velocidad increíble de esta manera.

Intentó repetidas veces distinguir a quién llevaban prisionero los guerreros de los dedos rojos.

¡Johnny! ¡Llevaban prisionero a William Harper!

Ignoraba que Long Tom y Ham fueron arrojados ya al pozo de los sacrificios, pues en tal caso se hubiera horrorizado más todavía.

Los hombres de los dedos rojos le divisaron. Aceleraron el paso, abandonando toda precaución.

Corrieron hacia el pozo de los sacrificios.

Estando a unos veinticinco metros vio cómo levantaban a Johnny, atado y amordazado, y lo lanzaban al pozo infernal.

Percibió el sonoro ruido de la caída en el fondo del agujero.

Eso lo transformó en un demonio luchador, como rara vez se ponía.

Cogiendo con sus manazas dos peñascos los lanzó, con el ímpetu destructor de balas de cañón.

Los dos proyectiles derribaron a igual número de víctimas.

El ataque fue tan súbito y el aventurero presentaba un aspecto tan aterrador, que los guerreros pusieron pies en polvorosa, desapareciendo, despavoridos, en la maleza.

Alcanzó a uno y, levantándolo como una pluma, lo estrelló contra un árbol.

El cuerpo inerte rebotó como una pelota; tal fue la fuerza del impacto.

Luego se zambulló en los arbustos, registrando el terreno como un lebrel en busca de caza. Pero los guerreros conocían el terreno y escaparon.

Les inspiró tal pánico, que ni siquiera osaron arrojarle un cuchillo ni una lanza. Huyeron como coyotes asustados.

Regresó poco a poco, con el corazón apesadumbrado, al pozo de los sacrificios.

Oyó el ruido sordo de la caída y comprendió debía tener a lo menos cien metros de profundidad.

¡Pobre Johnny! ¡Hallar la muerte de esa manera! Uno de los arqueólogos y geólogos más brillantes muerto en el alborear de su carrera… Era terrible.

Acercándose al pozo, percibió el espeluznante silbido de las serpientes en el negro infierno del pozo.

Johnny no tenía la menor probabilidad de escapar con vida. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Haciendo un esfuerzo se asomó al borde del pozo de sacrificios.

Del fondo brotó la sarcástica y perezosa voz de Ham:

—Os pregunto, hermanos, ¿visteis jamás una cara más fea que esa?

Capítulo XIV
Doc resucita a los muertos



Tal fue el asombro de Monk, que por poco cayó de cabeza en el agujero.

Se apartó con rapidez.

Surgió del agujero una silueta: «¡Chitón!» —avisando silencio.

Luego apareció Johnny, empujado por detrás. Estaba algo magullado y pálido, pero nada más.

Se ocultó tras los arbustos que rodeaban el lugar de los sacrificios.

Long Tom surgió después. Luego Ham. Todos ilesos. Finalmente, Renny.

Por último apareció Doc.

—Aguardad aquí —cuchicheó—. Voy al aeroplano en busca de algún material que necesito.

Desapareció como un fantasma de bronce al pálido resplandor de la luna.

—¿Qué os sucedió? —preguntó Monk.

—Los granujas nos apresaron, uno tras otro, y después de atarnos y amordazarnos nos arrojaron al pozo —explicó Long Tom.

—¡Ah! Quiero decir, ¿quién os salvó?

—Doc.

—De la manera más fantástica que puedes imaginarte —murmuró Long Tom, en tono de admiración—. Doc y Renny andaban rondando y presenciaron cómo los guerreros me cazaron. Entonces Doc corrió al aeroplano y cogió una cuerda… mejor dicho, dos —señalando—: ¡miradlas!

Las dos cuerdas, delgadas, pero muy fuertes, estaban atadas a un

par de troncos cercanos al círculo pavimentado.

Las puntas de las cuerdas colgaban oscilando en el pozo. Los mayas tampoco las vieron.

—Doc y Renny descendieron al fondo del pozo antes de que los guerreros regresaran —continuó Long Tom—. Renny cogió una roca y ató la cuerda alrededor de su cintura para sostenerlo —Rio aunque no con muchas ganas—. Cuando los guerreros me tiraron al fondo, Renny lanzó la roca para que sonara, como si yo hubiese caído al fondo. Y…

—Y Doc, simplemente, los cogió uno a uno, cuando fueron arrojados a las serpientes —terció Renny—. Luego se agarraron a las paredes del pozo. No fue muy difícil, porque los costados no son muy lisos, y algunas rocas sobresalen lo suficiente para sentarse con comodidad.

—Parecía que llorabas cuando asomaste la carota por el borde del pozo —observó Renny, en tono de burla, a Monk—. ¿En verdad sentías tanto mi muerte?

—Calla —sonrió Monk.

En aquel momento reapareció Doc, silencioso como una aparición.

—¿Por qué no atacasteis tú y Renny a los guerreros al verlos atrapar a Long Tom? —preguntó el químico, despierta de nuevo su curiosidad.

—Porque —respondió Doc— me imaginé que lo arrojarían vivo al pozo. Esa es la costumbre de los tributos en los sacrificios a los dioses. Y deseaba que esos demonios pensasen que los compañeros estaban muertos. Tengo un plan.

—¿Qué?

—Los guerreros representan nuestro mayor peligro —explicó Doc—. Si logramos convencerles de que realmente somos seres sobrenaturales, tendremos ganada la mitad de la batalla. Luego concentraremos nuestros esfuerzos en tender un lazo al instigador del plan revolucionario de Hidalgo.

—Muy bien —asintió Monk—. Pero lo difícil es convencerlos —Se frotó sus gruesos nudillos—. Yo soy partidario de atacar a su feo jefe y a sus secuaces y lincharlos. Eso solucionaría el asunto.

—Y que el resto de los mayas se nos eche encima —señaló Doc—. No. Convenceré a esos luchadores supersticiosos de que soy un

ser extraordinario. Realizaré ante ellos un milagro tan fantástico, que no se atreverán a escuchar a Kayab si les dice que somos hombres vulgares.

Tras una pausa dramática, reveló su plan.

—Resucitaré —dijo— a Long Tom y a Johnny y a Ham, en presencia de la secta de guerreros.

Monk reflexionó un instante.

—¿Cómo? —interrogó.

—Obsérvanos —indicó Doc— y comprenderás.

Trabajando con rapidez, levantó una serie de piedras alineadas junto a la parte más tupida de la jungla circundante.

En la tierra blanda cavó una trinchera estrecha.

Trajo consigo del aeroplano un grueso rollo de alambre, y después de tenderlo en la trinchera, volvió a colocar las piedras, cuidando de no dejar señales de su trabajo.

Introdujo la punta del alambre en el pozo de los sacrificios, atravesándolo de un lado a otro.

Después ató el extremo a una roca, al otro lado del pozo, levantando otras piedras y volviéndolas después a colocar de igual manera, quedando por completo disimulada su manipulación.

En el interior, a cierta distancia de la boca del pozo, colocó una especie de silla de alambre.

—¿Comprendes? —preguntó.

Monk asintió con la cabeza.

—Perfectamente —respondió—. Yo me escondo en la maleza y doy un tirón al alambre cuando tú avises. Long Tom, Johnny y Ham se turnan en esa silla y cuando yo ponga tenso el alambre se verán despedidos al exterior como una flecha disparada por un arco.

—Fíjate ahora en otro pequeño detalle.

Cortó el alambre dentro del pozo, atando el extremo en forma de lazo.

Ató la otra punta de manera que tirando de un cordel corriente que Doc ajustó al último hombre lanzado por la ingeniosa catapulta, separaría el alambre.

—Y tú tirarás, al final, silla y todo —indicó a Monk—. Eso hará desaparecer las pruebas del truco, en caso de que alguien sospechara la farsa, y mirara en el pozo.

Johnny, Long Tom y Ham penetraron dentro, dispuestos a pasar

el resto de la noche sentados en los salientes de las enormes rocas que formaban la pared.

—¡No os mareéis y caigáis al fondo! —advirtió Monk, en son de burla.

—Descuida —dijo Long Tom, estremeciéndose—. Procuraré no soltar el alambre mientras esté en la silla.

Monk contempló, burlón, a su compañero Ham, eterna víctima de sus chanzas.

—¡Ahora se me ocurre una idea! —amenazó en broma—. Tengo la carota más fea del mundo, ¿no es verdad?

El abogado, riendo exclamó, con ademanes de cómico terror:

—¡Eres una belleza exquisita, hasta que yo salga de esa silla, Monk!

Apareció una pálida tonalidad de luz del día antes de poder verse el sol desde el Valle de los Desaparecidos, a causa de la enorme profundidad del mismo.

Al aparecer el primer rayo del día, Doc conferenciaba con el anciano rey Chaac, benigno soberano de la perdida tribu maya.

El anciano rey se enfureció al conocer que Kayab y sus guerreros arrojaron a los tres amigos de Doc al pozo de los sacrificios durante la noche.

Doc no mencionó que sus tres hombres vivían.

—Ha llegado la hora de obrar con firmeza —declaró el jefe maya—. En el pasado, nuestro pueblo puso a la secta guerrera en su lugar cuando sus desmanes se hicieron insoportables. Kayab está, desde hace mucho tiempo, socavando mi autoridad. No satisfecho de ser jefe de los guerreros, lo cual, en realidad, es un cargo honorable, desea reinar. Tampoco es un secreto su ambición de casarse con mi hija. Reuniré a mis hombres y les ordenaré lo prendan a él y a sus subordinados. ¡Seguirán a sus hombres al pozo de los sacrificios!

Doc reflexionó que el rey Chaac había esperado demasiado tiempo para imponerse a Kayab y a sus guerreros.

—Su gente está bajo el encanto de la elocuencia de Kayab —señaló—. Si decreta su detención, provocará un alzamiento, cuyas consecuencias son difíciles de prever.

El maya se estremeció al comprender que su poder declinaba.

Asintió de mala gana.

—He concedido a Kayab demasiada autoridad, solo por evitar la violencia —reconoció—. Debería haber tenido más cuidado. Nuestros guerreros no fueron nunca considerados miembros de una profesión honorable —continuó—. Nosotros, los mayas, somos por naturaleza gente pacífica. Entre nosotros, la guerra es una cosa indigna y despreciable.

Hizo una pausa, luego, encogiéndose de hombros, agregó:

—En nuestra raza, los hombres inclinados a la violencia ingresan en la secta guerrera. Muchos holgazanes se hacen guerreros para no trabajar. Además, los malhechores son condenados a ingresar en el grupo guerrero, que forma una clase aparte. Ningún maya decente pensaría en admitir a uno de ellos en su casa.

—Pero, al parecer, gozan de más influencia ahora —sonrió Doc.

—En efecto —reconoció el rey Chaac—. Los guerreros de los dedos rojos rechazan a los invasores del Valle de los Desaparecidos. De lo contrario, esa secta habría sido abolida hace siglos.

Doc abordó el objeto de su visita.

—Tengo un plan —declaró—, que destruirá por completo la influencia de esa secta.

El rey Chaac contempló al Apolo de bronce.

—¿Cuál es su plan? —interrogó.

—Resucitaré a mis tres amigos arrojados al pozo de los sacrificios.

En el rostro del anciano rey se dibujó una expresión de escepticismo.

—Su padre —replicó— pasó algunos meses en este valle. Me enseñó muchas cosas, entre ellas, la falsa creencia en los demonios y en los dioses paganos. Y también me enseñó que lo que usted se propone es imposible. Si sus hombres fueron arrojados al pozo de los sacrificios, están muertos hasta el día del Juicio.

Por los bronceados labios de Doc Savage jugueteó una ligera sonrisa.

Explicó su idea al rey, que la aprobó al instante.

En toda comunidad hay ciertos individuos más aficionados a hablar que otros, que tan pronto como oyen una noticia la comunican a toda persona a quien encuentran.

El rey Chaac escogió una cincuentena de estos periódicos ambulantes para presenciar la resurrección de Johnny, Long Tom y

Ham.

Les habló de la muerte de los tres amigos durante la noche. Desde luego, les dio la impresión de que perecieron entre las rocas agudas y las serpientes venenosas del fondo del pozo.

Finalmente anunció que el jefe de los blancos realizaría un acto milagroso.

La figura de Doc presentaba un aspecto impresionante avanzando con paso majestuoso hacia la boca del pozo de los sacrificios.

Dirigió una mirada a los guerreros. La secta entera permanecía apartada, con variadas expresiones en sus rostros, desde la franca incredulidad hasta el temor.

Sentían curiosidad. Y Kayab fulminaba odio implacable.

Doc extendió con rigidez los bronceados brazos. Tenía los puños cerrados de una manera dramática.

En la mano izquierda guardaba una cantidad de magnesio. En la derecha ocultaba un encendedor.

Después de una serie de encantamientos y unas palabras misteriosas, se inclinó sobre el pretil del pozo.

Echó sin ser visto un poco de dichos polvos y aplicó el encendedor.

Surgió una chispa y una gran cantidad de humo blanco. Y al disiparse el humo, los guerreros lanzaron un fuerte aullido de sorpresa.

¡Long Tom apareció, como por arte mágico, en el borde del pozo!

Realizando la misma operación, sacó a Ham de la terrible sima, imperio de las más venenosas serpientes.

Kayab intentó avanzar para mirar en el pozo.

Doc, con voz de trueno, le informó de que en el brocal había congregados unos poderosos espíritus invisibles, enemigos suyos.

El jefe de los guerreros retrocedió asustado.

Johnny fue resucitado a continuación.

Cuando Doc se volvió después de la última resurrección, contempló satisfecho el efecto producido sobre los hombres de los dedos rojos.

Todos los guerreros permanecían arrodillados, con los brazos en cruz. Solo Kayab, sostenido por su orgullo, estaba en pie.

Y tras una mirada imperiosa e hipnótica de Doc, se arrodilló de mala gana como el resto.

Fue una victoria completa. Los hombres de la tribu quedaron tan impresionados como los guerreros.

La noticia se extendió como si la emitieran por radio. Doc gozaría de un poder infinitamente superior al que Kayab ejerciera hasta entonces.

Doc, sus cinco hombres, el rey Chaac y la encantadora princesa Atacopa se alejaron del lugar.

Pero su alegría no duró mucho.

El jefe de los guerreros se incorporó, lanzando un aullido penetrante.

Ordenó incorporarse a sus satélites y hasta dio unos puntapiés a los más reacios.

Gritando de nuevo, de manera dramática, señaló en dirección a la playa del lago. Todas las miradas siguieron la dirección del brazo.

El aparato de Doc apareció a la vista en una punta rocosa. Lo empujaban varios guerreros que no asistieron a la sesión celebrada en el pozo de los sacrificios.

¡El aeroplano ya no era azul!

Estaba repintado de varios colores pálidos y grises. Y sobre los costados veíanse unas manchas grandes y rojas.

—¡La Muerte Roja!

Las palabras brotaron en un gemido de los labios de los mayas.

Kayab aprovechó al instante la ocasión.

—¡Nuestros dioses están enojados! —gritó—. ¡Han fulminado la Muerte Roja sobre el pájaro azul que trajo a estos demonios de piel blanca!

Renny abrió y cerró sus puños de acero.

—Ese pillo es muy listo —observó—. Pintó de nuevo nuestro aeroplano anoche.

Doc habló en voz baja:

—No creo que Kayab tuviera la inteligencia de hacer eso. Alguien le indica el camino a seguir. Y ese alguien solo puede ser el asesino de mi padre, el demonio que planea la revolución de Hidalgo.

—¿Pero cómo es posible que ese misterioso enemigo se pusiera en contacto tan pronto con Kayab?

—Olvidas el aeroplano azul —indicó Doc—. Quizás aterrizó con un paracaídas en el Valle de los Desaparecidos.

Cesaron de hablar para escuchar la arenga del jefe de los guerreros a sus vacilantes secuaces.

—¡Los dioses están irritados por haber permitido la estancia de estos herejes blancos en medio de nuestro pueblo! —clamaba—. ¡Debemos exterminarlos!

Sus palabras destruían, con inusitada rapidez, la obra de Doc.

El rey Chaac se dirigió al joven con voz resuelta:

—Jamás mandé ejecutar a ninguno de mis súbditos durante mi reinado, pero voy a hacer una excepción en la persona del jefe.

Pero antes que la situación siguiese su curso, surgió una interrupción nueva y sobresaliente.

Capítulo XV
La batalla de los pájaros azules



—¡Mirad! —gritó Kayab—. ¡El verdadero pájaro azul sagrado ha vuelto! ¡El mismo pájaro azul que vimos antes de llegar estos impostores!

En un impulso unánime, todos levantaron los ojos.

El aeroplano azul volaba en círculos a una altura de unos cinco mil pies.

Los agudos ojos de Doc vieron al instante se trataba del aeroplano que les atacó en Belice.

El mismo aparato que el instigador de la revolución de Hidalgo utilizaba para impresionar a los supersticiosos mayas.

El pueblo congregado prorrumpió en exclamaciones. Los guerreros de los dedos rojos recobraron el valor y lanzaron miradas amenazadoras a Doc y a sus amigos.

Era claro que la situación cambiaba en contra de los aventureros.

El aeroplano seguía volando en amplios círculos. Su presencia impresionaba, pues no hacía ningún ruido.

Doc percibía un leve zumbido del motor. Pero conocía la explicación. Los terribles vientos que comprendían las corrientes de aire sobre el corte barrían las ondas de sonidos.

—Estoy preocupado —murmuró el rey Chaac, con voz temblorosa—. Kayab está poniendo a mi gente y a sus guerreros en un frenesí religioso. Temo que les ataquen.

Doc movió la cabeza en señal afirmativa. Comprendía la inminencia del peligro. Habría violencia si no lograba desbaratar los planes del astuto jefe.

—¡El pájaro azul que veis arriba es supremo! —gritaba Kayab—. Es todopoderoso. ¡Es el elegido de nuestros dioses! ¡No lleva inmundos gusanos blancos en el interior! ¡Por consiguiente, destruid a esos que han caído entre vosotros!

Doc tomó una decisión.

—¡Preparad las ametralladoras! —ordenó a sus hombres—. Si os veis obligados, disparad sobre los guerreros de los dedos rojos; pero procurad antes contenerlos a raya. Renny, ven conmigo.

Los amigos esgrimieron las pistolas ametralladoras que guardaban bajo sus ropas para proteger la retirada hacia el aeroplano.

Esas pistolas, de un tipo especial, inventado por Doc, eran más ligeras que las corrientes y disparaban automáticamente sesenta tiros.

Al exhibirse las armas, el populacho prorrumpió en gritos de excitación, mientras los dos amigos corrían en dirección al lago.

Llegaron al avión y subieron a la cabina.

Doc comprobó el perfecto funcionamiento del motor y su compañero, con un suspiro de alivio, tomó asiento a su lado.

Sus manos de acero, arrancaron la tapa de una caja metálica, con la misma facilidad que abriera una de cigarrillos.

Y sacó el último modelo de ametralladora Browning, tipo de aviación.

Luego abrió una caja de municiones, que dejó al alcance de su mano.

El aeroplano se deslizó sobre el lago, ganando velocidad. Despegó, al fin, elevándose por entre los enormes paredones, saliendo del corte.

El aeroplano azul acechaba aún arriba.

Las corrientes traidoras azotaron el avión de Doc. Los remolinos lo pusieron una vez en peligro, pero al fin salió del Valle de los Desaparecidos.

Las corrientes aéreas, tras una interminable batalla, disminuyeron su peligrosa intensidad. El aeroplano siguió elevándose.

De pronto, el aeroplano azul descendió como una flecha al ataque.

Unas tiras grises, semejantes a cuerdas espectrales, pasaron de

repente por el costado del avión de Doc. El monoplano, evidentemente, estaba provisto de una ametralladora que podía disparar por entre la hélice.

Doc no esperaba este medio de ataque; el aeroplano azul no poseía semejante armamento cuando le hostilizó en Belice.

Pero no se inmutó. A su espalda hallábase Renny, quien no tenía rival con una ametralladora y conocía cómo inclinarse sobre el arma para resistir el retroceso y mantener una puntería certera.

La ametralladora Browning de Renny disparó su carga.

El aeroplano azul hizo un «looping» frenético para apartarse de las balas que buscaban sus entrañas.

—Buen trabajo —cumplimentó Doc.

Entonces le tocó a él echarse a un lado, apartando su aparato de la lluvia de tiros que iban perforando el extremo del ala izquierda.

El piloto del aeroplano azul no era un novato.

Los aparatos volaban en círculo, con rapidez; el de Doc era mucho mayor, pero ello no constituía ninguna ventaja y tampoco servía para combatir en el aire.

Una descarga del aparato enemigo mordió la armadura, en la parte trasera.

—¡Ahora, Renny! —avisó Doc, sosteniendo su aparato sobre un ala.

La descarga hirió al piloto del aeroplano azul. El aparato se volcó con el motor en marcha.

Cayó sin dirección por el corte del Valle de los Desaparecidos. Sus cabriolas fueron aún más frenéticas cuando las corrientes de aire lo hicieron su presa. Iba tan pronto lanzado a una parte como a otra.

Una succión gigantesca lo desplomó en el valle, cayendo en la parte más profunda del lago, en medio de una montaña de espuma.

Cuando Doc, tras grandes esfuerzos, amaró en la superficie del agua, no se distinguía el menor vestigio del aeroplano azul.

Saltando a tierra, ascendió corriendo por el suelo ondulante del valle, en dirección adonde estaban Johnny, Long Tom, Ham y Monk.

Sus amigos no habían sido atacados todavía. Pero les rodeaba una multitud de mayas excitados, que deseaban aniquilarlos como aconsejaba Kayab, pero al mismo tiempo temían la furia de Doc.

Pues el milagro de la resurrección les hizo creer que era un ser superior.

Además, acababa de matar al pájaro azul.

El jefe de los guerreros vio a Doc dirigirse sobre él.

Un terror pánico se apoderó del criminal. Gritó pidiendo auxilio a sus secuaces.

Avanzaron cuatro de estos; dos con lanzas cortas, los otros dos esgrimiendo unas porras terribles, con aristas de obsidiana, agudas como navajas de afeitar, incrustadas en las puntas.

Evidentemente, por los gritos de Kayab, se lanzaron sobre Doc. Quince guerreros más, todos armados, se unieron al ataque.

Lo que sucedió pertenece a la historia maya.

El cuerpo bronceado de Doc avanzó. Sus grandes y potentes brazos hicieron cosas con increíble velocidad.

Los dos hombres de las lanzas se bambolearon sin embestir con sus armas.

Uno resultó con la cara aplastada por el puño de Doc; el brazo derecho del otro quedó roto, casi arrancado del cuerpo.

Los dos que empuñaban las porras se encontraron, de repente, empujados uno contra otro por dos manos que, al parecer, poseían la fuerza de cien manos corrientes. Sus cabezas chocaron con ruido sordo; vieron las estrellas y… nada más.

Entonces, Savage cogió a cada uno de estos dos guerreros por los mantos de cuero tejido que llevaban alrededor del cuello.

Los arrojó con terrible ímpetu en medio de los restantes. Media docena de enemigos rodaron por el suelo, magullados y aturdidos por la violencia de los golpes.

Los otros, impulsados por el miedo daban puñetazos a diestro y siniestro entre ellos mismos.

De pronto, Doc se lanzó en medio de la pelea. No satisfecho con aniquilar a cuatro de sus enemigos, atacó a todos a la vez.

Sus puños, como mazas automáticas, sembraban el pánico y la destrucción, y los guerreros caían gritando y luchando en medio de penetrantes chillidos de dolor.

Por fin, vencidos y acobardados por aquel ser bronceado que, con agilidad sorprendente, esquivaba todos los golpes, huyeron en dirección a las montañas.

Su jefe, despavorido, dio dos saltos para seguir a sus secuaces,

pero entonces, de un salto tremendo, Doc lo cogió por el cuello, arrebatándole su afilado cuchillo sagrado.

—¿Tiene algún lugar seguro donde pueda encerrarlo, para que no moleste más? —preguntó al rey Chaac.

El soberano maya, que no salía de su asombro, balbuceó:

—Si.

La princesa Atacopa observó, admirada, la batalla. Sus negros ojos radiaban unos sentimientos muy expresivos.

Kayab fue encerrado en un calabozo oscuro y sin ventanas, al que se entraba por un agujero practicado en el techo.

Sobre la abertura había una tapa de piedra que para levantarla fue necesaria la fuerza combinada de cuatro mayas forzudos. El rey Chaac era partidario de expulsar al jefe de los guerreros del Valle de los Desaparecidos.

Comprendió la imprudencia de su benevolencia cuando Doc le indicó que Kayab descubriría al mundo la existencia de la pirámide de oro.

—Deje que se le enfríen los cascos en la celda —sugirió Doc—. La ocasión de reflexionar sobre su vida equivocada, hace maravillas en muchos criminales.

El soberano maya decidió seguir los prudentes consejos del hijo de su amigo.

El temperamento de aquellos mayas de piel dorada era tan sencillo, que aceptaron a Doc y a sus amigos, desafiando los solemnes avisos de los guerreros de los dedos rojos. La influencia de estos disminuyó de tal manera, que los otros mayas hasta rehusaron escuchar su propaganda siniestra, pues los guerreros intentaron en seguida recuperar su poder.

—Estamos en una posición segura —declaró Monk, frotándose las manos.

—No te hagas muchas ilusiones —murmuró Ham, en tono sombrío.

Monk rio y trató de palmotear la cabeza del abogado.

—No comprendo por qué el rey nos hace esperar un mes antes de llegar a un acuerdo acerca de ese oro —dijo.

—No tengo la menor idea —confesó su compañero—. Pero recordarás que mencionó que quizá no serían treinta días.

William Harper se estiró, bostezando.

—Pues no es un lugar del todo malo para pasar un mes de vacaciones —declaró—. Probablemente habrá quietud de ahora en adelante.

Capítulo XVI
Maldición de los dioses



Aquella noche, en el Valle de los Desaparecidos reinaba una oscuridad intensa, producida por una masa de nubes impenetrables amontonadas sobre el corte gigantesco.

El aire era bochornoso. Hasta un pronosticador novato predeciría una serie de chaparrones tropicales comunes en Hidalgo.

Doc y sus amigos tomaron la precaución de alternar la vigilancia y tener una luz encendida, pero no les sucedió nada anormal.

Dos mayas vigilaban la casa de piedra donde Kayab estaba encarcelado.

El prisionero les insultaba de vez en cuando, amenazándoles con la ira de los dioses si no lo libertaban en el acto.

Pero los centinelas fueron amenazados con la furia de Doc Savage si dejaban escapar al prisionero y le temían más. Para ellos la noche tampoco trajo ningún portento.

No obstante, en un lugar del Valle de los Desaparecidos se preparaban una serie de acontecimientos diabólicos.

Ese lugar estaba cerca del extremo inferior del valle, donde el riachuelo atravesaba el gran corte. En una especie de agujero situado entre peñascos hallábase congregada la mayoría de los guerreros de los dedos rojos.

Encendieron una hoguera y entonaron unos cánticos en honor de Quetzalcoatl, el dios celeste; y a Kukulcan, la Serpiente Emplumada.

Parecían aguardar la llegada de alguien y entretenían el tiempo con cánticos calculados para redimir su caída de posición. Después practicaron unos ritos dedicados al Monstruo de la Tierra, otro dios

pagano.

Un leve ruido por entre el follaje que rodeaba el lugar de reunión de los guerreros, interrumpió el ritual. Surgió una figura asombrosa, que se reunió con ellos.

Era un hombre, pero iba vestido de una manera extraordinaria. El cuerpo de la prenda consistía en una enorme piel de serpiente, el pellejo de una boa gigantesca.

La cabeza del reptil fue desollada con cuidado y quizá agrandada por algún método de estiraje, hasta formar un capuchón y careta fantásticos.

Los brazos y piernas del hombre, que no iban cubiertos por el extraño disfraz, estaban pintados de azul, el color sagrado de los mayas.

Partiendo de la cabeza y descendiendo por la columna vertebral, llegando casi al extremo colgante de cola de la serpiente, había plumas.

Semejaban los tocados de plumas de los indios americanos.

El recién llegado estaba, evidentemente, disfrazado en algún parecido fantástico con Kukulcan, el dios de los mayas, la Serpiente Emplumada.

El cónclave de los guerreros se impresionó en gran manera. Se arrodillaron al instante, inclinando la cabeza ante la diosa aparición vestida de serpiente y plumas.

Sin duda sabían que había un hombre dentro de aquella vestimenta, pero sus almas supersticiosas no dejaron de sentir el temor de lo desconocido.

El hombre-serpiente empezó a hablar en maya, balbuceando con la mayor dificultad. Muchas de sus palabras no eran comprendidas por su auditorio.

En tales ocasiones un aire de incomprensión se dibujaba en el rostro de los guerreros, obligándolo a repetir.

Era evidente que el hombre-serpiente no pertenecía a la misma raza.

Pero los guerreros estaban bajo su absoluto dominio.

—Soy el hijo de Kukulcan, sangre de su sangre, carne de su carne —declaró el hombre-serpiente, atemorizando a su auditorio —. ¿Apresasteis a algunos invasores blancos y luego los arrojasteis al pozo de los sacrificios? ¿Cambiasteis el color del aeroplano azul

de los demonios blancos, pintando luego encima las señales de la Muerte Roja? Yo os lo ordené. ¿Cumplisteis mis órdenes?

—Sí —murmuró un guerrero.

El hombre de la careta de serpiente presintió ocurría alguna cosa anormal.

La horrible cabeza se movió, escudriñando a los mayas congregados.

—¿Dónde está vuestro jefe, Kayab? —preguntó.

—Está prisionero —informó, vacilante, uno.

La figura enmascarada se estremeció de furia.

—¿Entonces, Savage y sus hombres aún gozan de las simpatías de vuestro pueblo?

El hombre-serpiente extrajo, poco a poco, la historia de lo sucedido a los guerreros humillados.

La información pareció aturdirle, y permaneció sentado, meditando en silencio.

Un guerrero, más osado que el resto, inquirió:

—¿Qué se hizo, señor, de los dos de la secta que enviamos con vos al mundo de los blancos para asesinar a ese Savage y a su padre?

Estas palabras descubrieron la identidad del hombre-serpiente.

Era el asesino del padre de Doc Savage. El dueño de la Muerte Roja. El instigador del movimiento revolucionario de Hidalgo.

El hombre diabólico respondió, con lentitud. Su cerebro le advertía que no era conveniente que aquellos hombres conociesen que sus dos compañeros sucumbieron a manos de Doc Savage, el supremo aventurero.

Quizá la noticia destruiría la fe que depositaban en el impostor que pretendía ser el hijo de la sagrada Serpiente Emplumada.

Necesitaba todo su poder ahora. Doc Savage destruyó a su piloto y a su aeroplano. Era un golpe grave.

Abrigaba el propósito de utilizar aquel aeroplano equipado con aquella ametralladora en su revolución contra el presidente Carlos Avispa.

Y si Savage y sus amigos se quedaban en el Valle de los Desaparecidos, pronto desaparecería toda posibilidad de obtener el dinero necesario para financiar la revolución.

—¿Ha visitado Savage el lugar del oro? —preguntó.

—No —replicó un maya bien informado—. Solo conoce que la pirámide contiene todo el metal amarillo del Valle de los Desamparados. El rey Chaac no le ha descubierto la verdad todavía.

Ninguno de los guerreros oyó las palabras que el hombre-serpiente murmuró:

—¡Menos mal!

Los hombres congregados empezaron a rebullir, nerviosos… Aquel hijo de la Serpiente Emplumada se mostró más egoísta e imperioso en otras ocasiones.

Ahora guardaba silencio. Y no había explicado lo sucedido a sus dos camaradas. Un maya repitió la pregunta.

—Están vivos y gozan de perfecta salud —declaró el hombre serpiente—. ¡Escuchad! Oídme bien, hijos míos, pues estas son mis palabras de sabiduría.

Los guerreros escucharon atentos.

—¡La Muerte Roja herirá de muerte muy pronto! —murmuró la voz tras la máscara de la serpiente.

Los mayas quedaron aterrados. Se estremecieron, arrimándose los unos a los otros, buscando protección, mientras un imponente silencio dominaba a la asamblea.

—¡La Muerte Roja herirá pronto de muerte! —repitió el hombre-serpiente—. Así lo ordena Kukulcan, la Serpiente Emplumada, mi padre, para demostrar que no quiere ver a esos hombres blancos entre sus elegidos. Habéis pecado gravemente al permitirles quedarse. Fuisteis advertidos de que debíais destruirlos. Yo, la voz de mi padre, la Serpiente Emplumada, os avisé.

Un guerrero empezó:

—Intentamos…

—Nada de excusas —ordenó el enmascarado—. Solo ejecutando dos cosas podéis evitar la Muerte Roja o detener su progreso cuando haya descendido sobre vosotros. En primer lugar, destruiréis, como sea, a Savage y a sus hombres. En segundo lugar, debéis entregarme a mí, al hijo de la Serpiente Emplumada, el oro que puedan acarrear diez hombres. Yo me cuidaré de que la ofrenda llegue a poder de la Serpiente Emplumada.

Los mayas murmuraron y se estremecieron.

—Destruid a Savage y traedme todo el oro que os he pedido —repitió el hombre que les infundía terror—. Solo eso conseguirá que

la Serpiente Emplumada retire a la Muerte Roja. He hablado. Partid.

Los guerreros se dispersaron con celeridad, aterrados de las profecías.

Permanecerían en sus casas hablando de ello el resto de la noche. Y cuanto más lo comentaran más dispuestos estarían a obedecer las órdenes.

Pues es un hecho extraño que una multitud de hombres son menos valerosos ante una amenaza que un individuo solo.

El hombre-serpiente se marchó en seguida, caminando de una manera furtiva, estremeciéndose cuando las rocas agudas le lastimaban los pies.

Al llegar a un matorral, sacó de allí dos frascos de vidrio de a cuatro litros.

Uno de ellos estaba lleno de un líquido rojo y viscoso. El otro contenía un líquido mucho más fluido y más pálido.

Sobre un frasco había escrito: «Cultivo de gérmenes que producen la Muerte Roja».

En el otro se leía: «Cura de la Muerte Roja».

El hombre enmascarado se los llevó con cuidado al dirigirse con sigilo hacia la pirámide dorada.

Sin ser observado, al llegar cerca de la imponente masa de metal amarillo de fabulosa riqueza, no pudo reprimir una exclamación; pero el ruido del agua descendiendo por el costado de la pirámide eliminó toda posibilidad de ser oído.

Ascendió los escalones, tanteando el camino en la intensa oscuridad.

El agua descendía por su lado. Llegó a la parte plana de la estructura.

Tanteando a oscuras halló lo que buscaba: un charco pequeño, semejante a un depósito.

Este caudal alimentaba al arroyuelo que descendía por el lado de la pirámide. Encendió, furtivo, una cerilla.

Luego vació en el agua el contenido del frasco etiquetado Cultivo de gérmenes que producen la Muerte Roja.

El hombre-serpiente conocía por experiencia que los gérmenes mortíferos durarían dos días en el agua que se deslizaba a lo largo de la pirámide. ¡Y los mayas obtenían su agua potable de aquella corriente!

Pasados dos días todas las personas del valle caerían víctimas de la espeluznante Muerte Roja. Tan solo una cosa podía salvarles: un tratamiento con el preparado del otro frasco.

Anteriormente, pues recibió muchos tributos de oro del valle, el hombre-serpiente administró la cura como hizo con la enfermedad, vaciando el contenido del otro frasco en el suministro de aguas.

Llevando en las manos los dos frascos, el vacío y el lleno, el hombre descendió de la pirámide, dirigiéndose a un extremo remoto del valle donde tenía su escondite.

Allí se ocultaba desde que su piloto aviador lo dejó caer en un paracaídas al valle, la noche anterior.

Se detuvo en el camino para romper el frasco vacío.

El ruido del cristal rompiéndose le inspiró un pensamiento maligno.

—Jamás conocerán el origen del tesoro del viejo Chaac —gruñó —. Y nadie más conoce el secreto. Entonces, ¿por qué he de molestarme en curarlos cuando enfermen?

Rechinó los dientes.

—Si todos los habitantes del valle perecieran, podría buscar el oro con toda tranquilidad. Y solo esa pirámide contiene ya una fabulosa fortuna.

Por los labios del hombre-serpiente cruzó una maligna sonrisa.

—¡Entregarán muchos tributos antes que averigüen mi pensamiento!

Llegó a una conclusión que demostraba su ferocidad y crueldad.

Rompió el frasco que contenía el remedio de la Muerte Roja contra una roca.

Tenía el propósito de dejar perecer a los mayas.

Capítulo XVII
La batalla contra la muerte roja



Doc pasó parte de la mañana conversando con el rey Chaac.

A pesar de que el soberano no había oído hablar de una universidad moderna, poseía conocimientos extraordinarios respecto del universo.

La bella princesa Atacopa, también descubrió Doc, pasaría en cualquier sociedad por una joven bien educada.

—Llevamos una vida ociosa en el Valle de los Desaparecidos —explicó el soberano—. Disponemos de mucho tiempo para pensar.

Poco después el rey Chaac hizo una revelación inesperada y agradable.

—Seguramente se extrañó usted de que le dijese que antes de descubrirle el tesoro debían pasar treinta días. ¿No? —preguntó el soberano.

Doc asintió con la cabeza.

—Se trata de un acuerdo convenido con su padre —sonrió el soberano—. Yo debía quedar convencido de que era usted un hombre de suficiente carácter para utilizar su fabulosa riqueza de una manera digna.

—No fue mala idea —declaró Doc.

—Estoy satisfecho —declaró el anciano rey—. Mañana le mostraré el oro. Pero, primero, por la mañana será usted adoptado por nuestra raza maya. Usted y sus hombres. Eso es necesario. Durante siglos se nos ha transmitido la palabra de que solo un maya obtenga esa riqueza. Al ser adoptado hijo de nuestra tribu se cumplirá ese mandato.

Doc asintió, agradecido.

La conversación giró en torno al modo de transportar el oro a la civilización.

Savage indicó:

—No es posible transportarlo en aeroplano, a causa de las corrientes de aire.

El anciano rey sonrió.

—Poseemos borricos en el Valle de los Desaparecidos. Cargaré de oro a una reata de ellos y los despacharé consignados a su banquero en Blanco Grande.

Doc se sorprendió al escuchar tan sencillo plan.

—Pero las tribus guerreras de las montañas vecinas no lo dejarán pasar.

—Se equivoca —rio el soberano—. Los nativos son de raza maya. Saben que estamos aquí y el motivo. Y durante siglos, sus armas evitaron la invasión de los hombres blancos. Sí, dejarán pasar la caravana de borricos y ningún hombre blanco sabrá jamás de dónde salieron. Y dejarán paso libre a tantas caravanas como sean necesarias durante el transcurso de los años.

—¿Existe tanto oro? —inquirió Doc.

El rey Chaac sonrió sin pronunciar otra palabra.

La Muerte Roja hirió al mediar la tarde.

Un grupo de excitados mayas que rodeaban una casa de piedra, llamó la atención de Monk. Miró en el interior.

Un maya yacía tendido en un banco de piedra. Tenía la piel salpicada de manchas rojas; estaba febril y pedía agua.

—¡La Muerte Roja! —murmuró Monk, con voz llena de terror.

Corrió en busca de Doc y lo encontró escuchando cortésmente a la atractiva princesa.

La joven logró, por fin, pillar a solas a Doc.

Al oír la noticia, el joven Savage se dirigió, con la rapidez de una centella, al aeroplano, de donde sacó su caja de instrumentos.

Al entrar en la morada de piedra del maya, se convirtió al instante en lo que era ante todo: un gran médico y cirujano.

Estudió en las principales universidades y hospitales de América y Europa, y con los cirujanos más famosos en sus clínicas particulares.

Y había practicado infinidad de experimentos por su propia cuenta.

Con sus instrumentos, su agudo oído y sus hábiles dedos, examinó con detención al maya.

Monk preguntó:

—¿Qué tiene el maya?

—Lo ignoro todavía —contestó Doc—. Pero es evidente se trata de la misma enfermedad que mató a mi padre. Eso significa que fue administrada a este hombre, de alguna manera, por ese demonio culpable de tantas atrocidades. Esto significa que debe de encontrarse en el valle ahora; probablemente el aeroplano lo dejó aterrizar en un paracaídas ayer por la noche.

Long Tom llegó corriendo en aquel instante.

—¡La Muerte Roja! —jadeó—. Son innumerables las víctimas que van cayendo por todo el pueblo.

Doc administró un calmante al primer atacado para aliviar en parte sus dolores; luego visitó un segundo paciente, que presentaba los mismos síntomas que el anterior.

Interrogó con detención dónde estuvo y lo que comió.

Idéntico interrogatorio sufrieron cuatro mayas más.

Por un simple proceso de deducción descubrió cómo se producía la Muerte Roja.

—¡El abastecimiento de aguas! —exclamó.

Enseñó a sus compañeros la manera de administrar los calmantes para aliviar los agudos sufrimientos de las víctimas.

—Monk, necesitaré tus conocimientos de química. Ven conmigo.

Cogiendo unos tubos de ensayo para tomar unas muestras del agua, se dirigieron corriendo hacia la pirámide dorada.

Aunque la epidemia de la Muerte Roja empezara hacía menos de una hora, los guerreros de los dedos rojos aprovechaban el pánico engendrado.

Extendían la versión de que la enfermedad era un castigo infligido sobre los mayas por permitir que Doc y sus amigos permaneciesen en el Valle de los Desaparecidos.

Se levantaban murmullos amenazadores. Los hombres de cintos azules arengaban, frenéticos, por todas partes, procurando avivar las llamas del odio.

—¡Precisamente cuando las cosas iban viento en popa! —murmuró Monk.

Doc y Monk llegaron a la pirámide reluciente y empezaron a

subir.

Al instante, los mayas que les siguieron lanzaron un imponente aullido de furia.

La mitad del grupo estaba compuesto de guerreros de dedos rojos.

Hicieron unos gestos amenazadores, indicando que los blancos no podían tomar el camino del templo.

Era un altar, inviolable para sus dioses, gritaron. Solo los mayas podían ascender sin provocar la mala suerte.

Los guerreros gritaban más fuerte, procurando excitar los ánimos de los nativos.

—Tendremos que pelear si intentamos subir —cuchicheó Monk.

Doc resolvió la delicada situación.

Llamó a la atractiva princesita y, entregándole los tubos de ensayo, le indicó los llenara del agua de la alberca o depósito situado en la cima de la pirámide.

La confianza demostrada por la joven contribuyó a apaciguar la furia de los mayas.

Doc se puso a trabajar en la parte trasera del edificio que tenían designado para vivienda.

Habían traído en el aeroplano una gran cantidad de aparatos, y Monk trabajaba en un laboratorio químico de una eficiencia maravillosa.

Doc se puso a analizar el agua.

Tuvo un incidente con los mayas antes de hacer los primeros experimentos.

Dos de los guerreros más feos se acercaron lanzando gritos. Se habían frotado con alguna loción apestosa y el olor enojó a Doc, que dependía de su sentido del olfato para su análisis. Arrojó fuera a los dos guerreros.

Pareció por el momento que la casa sería sitiada. Centenares de mayas aullaban agitando los brazos y las armas ante ella.

Era asombrosa la cantidad de armas contundentes que habían desenterrado.

Pero el recuerdo de lo sucedido a la banda de guerreros que atacaron a Doc les hizo vacilar, conteniendo sus ímpetus.

—Monk —preguntó este—, ¿trajiste el gas fabricado en mi laboratorio de Nueva York? Me refiero al preparado que paraliza,

sin perjudicar.

—Lo llevé conmigo —aseguró Monk—. Iré a buscarlo.

Doc cerró la puerta de piedra y continuó el análisis.

Poco después empezaron a caer pedruscos contra las paredes de la casa y la azotea. Un par de piedras penetraron por la ventana.

El griterío era ensordecedor. De pronto se convirtió de rabia en terror, disminuyendo poco a poco de intensidad, hasta apagarse en un débil murmullo.

Doc miró por la ventana.

Monk vació una botella de su gas, que el viento llevó a los mayas sitiadores de la casa.

Más de la mitad de los indios se desplomaron rígidos e impotentes en el suelo. Permanecerían en tal estado unas dos horas; luego desaparecerían los efectos.

Este nuevo terror calmó la tensión durante un tiempo, permitiendo a Doc continuar su análisis sin ser molestado.

Practicó varias pruebas del agua. Aisló una pequeña cantidad de un líquido rojo y viscoso que confirmó era una especie de cultivo de gérmenes.

La cuestión era averiguar qué clase de microbios eran.

No tenía mucho tiempo: su padre sucumbió a los tres días de declararse la enfermedad.

Era probable que este fuese el tiempo necesario para que la horrible dolencia tuviera fatales consecuencias.

Transcurrió una hora. Luego otra. Siguió trabajando infatigable, concentrando toda su atención.

Los mayas, presas de pánico e impacientes, se enfurecían por minutos.

Johnny, Ham y Renny, fueron perseguidos hasta la casa donde el hombre de bronce trabajaba.

Se les reunió el anciano rey Chaac y la encantadora princesa Atacopa.

La fe de estos dos mayas en el joven permanecía inalterable.

No obstante, otros mayas permanecían apartados del tumulto, gente que, con toda probabilidad, se pondrían al lado de Doc cuando llegara el momento decisivo.

Este siguió trabajando sin apenas levantar la cabeza en toda la tarde.

Continuó su experimento durante la noche, a la luz de una bombilla eléctrica que Long Tom le instaló.

Amaneció antes que Doc se enderezase del banco de piedra donde colocó su aparato.

—¡Long Tom! —llamó.

El aludido se acercó de un salto al lado de Doc y escuchó las explicaciones detalladas de sus deseos.

Long Tom debía instalar un aparato para crear uno de los rayos curativos más maravillosos conocidos en la ciencia médica.

Long Tom, el mago de la electricidad, conocía cómo debían hacerse y Doc le suministró algunas modificaciones dictadas por su experiencia.

Luego, Doc abandonó el edificio.

Los sitiados le vieron, con profundo asombro, pasar entre la multitud, sin ser molestado. Ni un guerrero se atrevió a ponerle la mano encima, tanta era la fuerza hipnótica que se desprendía de los dorados ojos del aventurero.

Este supersticioso terror provenía, sin duda, de la fama ganada en su batalla contra los guerreros de los dedos rojos.

Unos cincuenta mayas le siguieron. Temían atacarle, pero le seguían tenaces, aunque no durante mucho tiempo.

Pues al llegar al extremo inferior del valle, dando un salto formidable, Doc se agarró a la rama de un árbol y, como un mono gigantesco, fue saltando de rama en rama, con una velocidad vertiginosa.

Desapareció silencioso como una sombra por la jungla.

Los mayas intentaron seguirle, pero desistieron ante la imposibilidad de sostener su rapidez, y regresaron a la ciudad.

Encontraron otro grupo de guerreros que los apostrofó con vehemencia por dejar que se les escapara de entre las manos.

El hombre blanco, gritaron, debía ser muerto.

Alguien libertó a Kayab de su encierro y este levantaba los ánimos de los guerreros contra Doc y sus compañeros.

Los condujo a la casa de piedra donde los amigos se fortificaron.

Ejerciendo todas sus facultades de persuasión, los lanzó al ataque.

Monk gastó pronto su gas sobre los asaltantes que, rechazados, huyeron.

Pero rehiciéronse a corta distancia, y allí Kayab los arengó.

De vez en cuando, un maya, atacado de la enfermedad de la Muerte Roja, se dirigía vacilante a su casa de piedra.

Quizás una cuarta parte de los habitantes sufría ya la terrible plaga.

Doc regresó antes de mediodía. Volvió por las azoteas de las casas, cruzando las calles estrechas de saltos formidables, que él solo era capaz de dar.

Penetró en la casa de piedra, donde se hallaban sus amigos, antes que los mayas se dieran cuenta.

Los nativos rugieron de rabia, pero no avanzaron.

Doc traía una gavilla de muchas clases de hierbas medicinales.

Poniéndolas a hervir, las trató con algunos ácidos y luego refinó poco a poco el producto.

Llegó al mediodía. A medida que el número de los atacados por la epidemia aumentaba, los sitiadores iban enardeciéndose más.

Los guerreros de los dedos rojos les aseguraban que la muerte de los hombres blancos resolvería el problema, venciendo a la enfermedad.

—Creo que ya he descubierto el remedio —anunció Doc, al fin.

—Se me acabó el gas —murmuró Monk—. ¿Cómo saldremos de aquí para tratar a los enfermos?

En respuesta, Doc se guardó los frasquitos de líquido fluido y pálido que preparó.

—Aguardad aquí —ordenó.

Abriendo de repente la puerta de piedra, salió al exterior. Los mayas, al verle, prorrumpieron en ensordecedores gritos.

Un par de lanzas hendió el aire. Pero antes que las armas de obsidiana chocaran con la pared de piedra, Doc, saltando a una azotea, desapareció veloz.

Recorrió con paso furtivo la antigua ciudad. Encontró a un maya enfermo y le administró, a la fuerza, un poco de la medicina pálida.

En otra casa repitió la misma operación con toda la familia.

Cuando los mayas armados le molestaban, los eludía simplemente.

Su figura de bronce desaparecía como un relámpago tras una esquina sin dejar rastro cuando los mayas llegaban al lugar.

Una vez, a media tarde, hubo de defenderse de tres guerreros

que lo sorprendieron tratando a una familia maya compuesta de cinco individuos.

Cuando se alejó de la vecindad, los tres atacantes estaban desvanecidos por los golpes recibidos.

De esta manera furtiva, como si fuera un criminal en vez de un apóstol caritativo, se vio obligado a ocultarse y administrar a viva fuerza el tratamiento que preparara.

No obstante, al anochecer, su persistencia empezó a dejarse sentir.

¡Se extendió la noticia de que el dios de bronce estaba curando la Muerte Roja!

El remedio, gracias a los extraordinarios conocimientos de medicina que poseía Doc, daba un resultado rápido y eficaz.

A las nueve de la noche, Long Tom pudo aventurarse a salir sin peligro a tratar con su aparato de rayos curativos a los desgraciados enfermos.

El aparato poseía notables propiedades curativas del tejido quemado por los estragos de la Muerte Roja.

—Doc dice que la Muerte Roja es una fiebre tropical rara —explicó Long Tom a la princesa Atacopa, que estaba muy interesada—. Parece que el origen debió ser una enfermedad de algún pájaro de la selva. Es probable que sea similar a una epidemia conocida con el nombre de «fiebre del loro», que invadió a los Estados Unidos hace uno o dos años.

—El señor Savage es un hombre extraordinario —murmuró la joven princesa.

Long Tom hizo un gesto afirmativo.

—No hay nada imposible para él —murmuró.

Capítulo XVIII
Amistad



Transcurrió una semana. Durante este tiempo, el prestigio de Doc Savage se hizo mucho mayor que antes de la mortal epidemia.

Se produjo un cambio completo entre los mayas, una vez restablecidos, ellos o sus familiares. Doc se convirtió en el héroe del pueblo.

Le seguían en grupos, admirando e imitando sus movimientos.

Los guerreros de los dedos rojos estaban en decadencia. Kayab perdió una gran parte de sus secuaces.

Muchos de ellos se borraron la mancha roja de los dedos y arrojando sus típicos cintos, abandonaron la secta, con el consentimiento del rey Chaac.

A Kayab solo le quedaron fieles unos cincuenta guerreros, reputados como más feroces y sanguinarios.

Tenían sumo cuidado en no dar fe de presencia en los lugares concurridos, pues los ciudadanos decentes les miraban con hostil recelo y a la menor infracción serían condenados.

La situación parecía haberse estabilizado, llegando a un estado ideal, excepto quizá para la enamorada princesita maya.

Su amor hacia el hombre de bronce aumentaba de día en día, pero sin la menor alegría, pues, desde luego, su femenina delicadeza le privaba de mostrar abiertamente sus sentimientos.

Pero todos los amigos de Doc comprendían su tortura.

Doc llevó todas las armas de fuego a la casa de piedra, convirtiéndola en cuartel general. Instaló una armería en un aposento, cuya puerta cerró con llave. Long Tom instaló también un timbre de alarma.

Monk fabricó más gases estupefacientes, cuyos recipientes se guardaron junto a las armas.

En vista de la paz reinante, las preparaciones parecían innecesarias.

Los compañeros observaron que Doc desaparecía del pueblo durante varias horas sin dar ninguna explicación del lugar adonde iba.

En realidad registraba la jungla del Valle de los Desaparecidos, buscando al asesino de su padre. Recorría la selva como un mono, entre los árboles, o silencioso como una sombra por el suelo.

Al llegar cerca del extremo inferior del valle halló lo que sus agudos sentidos le señalaron como el campamento de su enemigo. Pero lo encontró desierto y, al parecer, estaba así desde hacía tiempo. Siguió el rastro del asesino durante largo trecho, hasta que desapareció a la salida del valle.

El rey Chaac decidió un día que la situación se había normalizado lo suficiente para permitir adoptar a Doc y a sus hombres como hijos de la tribu.

Después les enseñaría el origen del oro.

La ceremonia se celebró en la pirámide.

Puesto que Doc y sus amigos serían mayas honorarios, era necesario que vistiesen trajes de fiesta del país.

El rey Chaac suministró los vestidos tradicionales.

Estos consistían en unos mantos de gruesa fibra entretejida con hilos de oro, cintos brillantes y sandalias de alto tacón.

Irían tocados simbolizando algún animal. Por las espaldas les colgaban collares de flores.

Ham dirigió una mirada a Monk y prorrumpió en una sonora carcajada.

—¡Si tuviera un organillo para llevarte conmigo! —observó.

Dado que las pistolas no armonizaban con la indumentaria, las dejaron en la casa. No parecía amenazarles ningún peligro.

El pueblo entero se congregó en la pirámide para asistir a la ceremonia.

Los mayas vestían idénticos trajes que Doc y sus compañeros; algunos llevaban además una armadura de algodón, rellena de arena.

Los que se protegían con armadura también llevaban lanzas y

porras.

Doc observó que Kayab y sus secuaces no se veían por ninguna parte. No sospechó que el jefe de los guerreros pudiese causar ningún daño.

Sus cincuenta hombres formaban una minoría fácil de vencer si llegaban a intentar alguna fechoría.

Empezaron los ritos de la ceremonia.

Primero pintaron de azul los rostros de Doc y de sus hombres. Y sobre los brazos pintaron nuevos símbolos de otros colores.

Les ofrecieron después algunos alimentos a los que daban una importancia ceremonial. Bebieron miel de las extrañas abejas de Centro América, que la almacenan en líquido en la colmena, en vez de en panales.

Luego, alola, una bebida de maíz, guardada en jarros.

En la cima de la pirámide ardía incienso en un enorme pebetero.

La población entera, sentada en filas en torno a la pirámide, entonaba un cántico suave y rítmico, repitiendo ciertas palabras.

Unos músicos tañían unos instrumentos, produciendo unos sonidos agradables.

La ceremonia llegaba a su punto culminante; al momento en que conducirían a Doc y a sus amigos a lo alto de la pirámide, llevando tributos de incienso para el gran incensario e imágenes del dios Kukulcan para ofrecerlas a los pies de la estatua mayor.

Era necesario, explicó el soberano, subir de rodillas los escalones.

Las mujeres mayas participaban también en los ritos de la gran ceremonia.

La mayoría eran muy atractivas con sus mantos y ceñidores.

Llegó el momento en que Doc y sus amigos empezaron a ascender la larga línea de escalones. Era difícil balancearse sobre las rodillas.

A su alrededor los cánticos mayas vibraban con un ritmo exótico.

Los aventureros ascendieron poco a poco.

De pronto apareció Kayab. Atravesó gritando por entre los centenares de mayas congregados en torno a la pirámide.

La presencia del jefe de los guerreros paralizó el curso de los acontecimientos.

Era una cosa increíble. Los ritos eran sagrados y una interrupción constituía el mayor sacrilegio.

Centenares de mayas contemplaron indignados a Kayab. Este, con los brazos extendidos, solicitó atención.

—¡Oh, mayas! —gritó con voz aguda—. ¡No podéis hacer semejante cosa! ¡Los dioses lo prohíben! ¡Los dioses no quieren a esos hombres blancos!

Ante tales palabras, algunos indígenas manifestaron en voz alta que los mayas no querían a Kayab tampoco.

Sin hacer caso de la hostilidad general, el jefe de los guerreros continuó:

—¡Caerán terribles calamidades sobre vosotros si hacéis mayas a estos extranjeros! ¡Está prohibido!

Doc Savage no hizo el menor movimiento. Vio en esta dramática interrupción una última llamada frenética.

Kayab estaba desesperado. Sus ojos llameantes y el temblor de los brazos denotaban la furia que le poseía.

Doc Savage quiso comprobar hasta qué punto lo estimaban los mayas de piel dorada. Tenía confianza en ellos; no creía que escucharan a las invectivas del jefe de los guerreros.

Y, en efecto, su confianza no se vio defraudada.

El rey Chaac pronunció una orden imperiosa. Unos mayas, que llevaban armadura y armas, se lanzaron sobre Kayab.

El jefe de los guerreros puso pies en polvorosa. Huyó con la rapidez de una liebre y deteniéndose a varios metros de la muchedumbre, gritó:

—¡Necios! ¡Por esta acción tendréis que venir arrastrándoos por el suelo a postraros a los pies de Kayab, suplicando compasión! ¡De lo contrario, moriréis, todos!

Luego, girando con rapidez sobre sus talones, huyó aterrado. Cuatro o cinco jabalinas bien lanzadas prestaron alas a sus pies.

El disidente desapareció en la jungla.

Doc permaneció pensativo. Kayab habló como si tuviera algo preparado.

¿Qué podría ser? El misterioso criminal que asesinó a su padre andaba aún en libertad y era hombre astuto y resuelto. Lamentó que sus hombres no tuviesen sus armas encima.

La ceremonia prosiguió donde fue interrumpida. El cántico

continuó varios minutos; la cadencia salvaje poseía la cualidad de despertar e incitar unos sentimientos extraños.

Continuaron avanzando subiendo los escalones de rodillas. Las imágenes de piedra y los incensarios aumentaban de peso.

Llegaron por fin a la cima. El rey Chaac les señaló dónde debía colocarse el incienso.

El soberano del Valle de los Desaparecidos iba a pronunciar las últimas palabras del ritual.

Entonces estalló el principio de la hecatombe.

Resonaron unos estampidos súbitos y fuertes. Eran disparos de arma de fuego.

—¡Ametralladoras! —rugió Renny.

De los labios de los mayas brotaron gritos de terror y agonía. Varios cayeron muertos, barridos por la lluvia de plomo.

Al parecer disparaban cuatro ametralladoras situadas en los cuatro ángulos de la pirámide.

Doc condujo a sus amigos, al rey Chaac y a la princesa, a refugiarse tras la imagen mayor de la cima de la pirámide.

¡A tiempo! Una lluvia de plomo barrió el lugar donde estuvieron segundos antes. Las balas rebotaron a su alrededor.

Doc recogió una de las balas y examinándola, declaró:

—No es del calibre de nuestras ametralladoras, lo cual significa que no se han apoderado de ellas. Deben de haber traído ametralladoras del exterior.

Los aventureros se contemplaron mutuamente. Comprendieron lo sucedido.

El asesino del padre de Doc era quien había proporcionado el potente armamento.

La lluvia de plomo cesó. Kayab apareció a lo lejos, a la derecha.

—¡Contemplad el cumplimiento de mi profecía! —gritó—. ¡Acercaos de rodillas y suplicadme que os perdone la vida! ¡Reconocedme por vuestro jefe! ¡De lo contrario, moriréis todos!

A pesar de la distancia, los aventureros pudieron ver el rostro de Kayab, que estaba contraído por la ira.

—¡Está loco! —murmuró Monk.

Una lluvia de lanzas contestó a Kayab. Profiriendo agudos chillidos de cólera, un grupo de mayas se lanzó sobre el jefe de los guerreros.

Una ametralladora los rechazó, matando a varios.

El rey Chaac alzó la voz en medio del tumulto, dando órdenes a su pueblo.

Los mayas ascendieron con gran rapidez los escalones de la pirámide.

Doc los contempló, ignorando lo que se proponían. Luego observó cómo el soberano oprimía el ídolo de Kukulcan, situado junto al depósito del agua que fluía perpetuamente.

El ídolo se inclinó hacia atrás, dejando al descubierto una cavidad enorme.

Unos escalones conducían a la oscuridad del fondo.

La columna de mayas penetró en el interior con orden perfecto. Pero al parecer estaban tan sorprendidos como los aventureros ante la visión de la abertura.

Doc dirigió una mirada al soberano.

—Solo yo conozco esta puerta oculta —explicó el rey.

Las ametralladoras de los guerreros de los dedos rojos enmudecieron.

La retirada ordenada a la cima de la pirámide debió de intrigarles. Sin duda creyeron que habían causado suficientes estragos para someter a los mayas.

Doc observó el emplazamiento de las ametralladoras. Vio que los guerreros se mostraban al descubierto.

Luego vio a otro hombre: a un individuo enmascarado con una repulsiva piel de serpiente.

En la parte posterior del horrible traje de reptil distinguió unas plumas de colores diversos.

Esta figura repugnante parecía dirigir el ataque. Hasta daba órdenes a Kayab. Oyendo débilmente la voz del hombre, comprendió que no era un maya.

Las ametralladoras volvieron a entrar en acción.

Pero aguardaron demasiado. Casi todos los mayas habían penetrado ya en el interior de la pirámide.

Cuando la lluvia de plomo empezó de nuevo, el último de los mayas de piel dorada traspasaba la puerta secreta.

El rey Chaac y la princesa descendieron seguidos de Doc y sus amigos.

El soberano les enseñó diversas grietas en la mampostería por

donde era posible observar si alguien ascendía por los escalones.

Distinguieron cómo algunos guerreros llegaban corriendo a la base de la pirámide y empezaban su ascensión.

—¡Si tuviésemos nuestras armas! —gimió Renny.

Pero las armas estaban encerradas en la casa de piedra.

—¡Mirad! —ordenó el rey Chaac. Dio una orden a varios de sus hombres, que descendieron al fondo de la oscura cavidad.

Subieron unas cuantas rocas que lanzaron por los escalones. Los guerreros retrocedieron a escape.

—No pueden llegar aquí —afirmó el soberano.

Doc escuchó la voz del hombre con la piel de serpiente.

Lo identificó en seguida: Era la del asesino de su padre y el instigador de la revolución de Hidalgo. La voz que oyó en la habitación del hotel de Blanco Grande.

Y comprendió por qué no encontró rastro del hombre durante la semana anterior. Se ausentó del Valle de los Desaparecidos, marchando en busca de las ametralladoras.

—¿Cómo estamos de provisiones? —preguntó.

El rey Chaac respondió:

—No tenemos víveres.

—Nos sitiarán por hambre —señaló Doc—. ¿Supongo habrá bastante agua?

—Mucha. La corriente que abastece al depósito de la pirámide.

—Eso ayudará —reconoció Doc—. Su gente podrá resistir unos cuantos días. Mis hombres y yo, acostumbrados a las penalidades, aguantaremos más. Pero debemos hacer algo.

Decidió arriesgarse.

—Que no intente nadie seguirme —advirtió.

De un salto formidable cruzó la puerta.

Fue tan inesperada su aparición, que transcurrió un instante antes de que los guerreros de los dedos rojos descargasen una lluvia de plomo sobre la cima de la pirámide y el templo diminuto.

Al hacer la descarga ya estaba fuera de peligro.

No descendió por la escalera. Tenía otro medio mejor de descenso: el costado vertical y liso de la pirámide.

Se deslizó con rapidez hacia un lado. Una descarga barrió el lugar donde estuvo un segundo antes.

Las balas de las ametralladoras arrancaron grandes trozos de

rico mineral de oro por donde antes pasara.

Pero no le dio importancia. Se lanzó por la pendiente con la rapidez de un meteoro.

Tocó la base de la pirámide a una velocidad que habría destrozado el cuerpo de un hombre corriente. Los poderosos músculos amortiguaron su aterrizaje.

Ni siquiera perdió el equilibrio. Corrió con la velocidad de una centella.

Penetró en una depresión. La lluvia de balas caía siempre a uno o dos metros de él.

La velocidad de sus movimientos era demasiado enorme para unos tiradores inexpertos. Hasta un buen tirador tendría dificultad en tocar aquella figura broncínea.

La depresión le condujo a un matorral y desde aquel momento desapareció como tragado por la tierra para los criminales que le ametrallaban.

Los guerreros no daban crédito a sus ojos. Asombrados, buscaban frenéticos entre la maleza la reluciente figura de bronce y no la encontraban.

Su jefe, la figura repulsiva enmascarada con la piel del reptil, se veía más turbado que sus secuaces.

Se mantenía al lado de una ametralladora, como si esperara que aquel Némesis bronceado, terror de los hombres de su calaña, surgiendo de la nada se lanzara sobre él.

El miedo que el hombre de la serpiente sentía por Doc Savage era enorme.

Capítulo XIX
El jefe supremo de bronce



Doc Savage se dirigió con rapidez hacia la ciudad de piedra, situada a corta distancia. Atravesando la vegetación tropical, llegó a la primera calle pavimentada; luego se deslizó por entre los edificios.

Avanzó tan silencioso, que los pájaros tropicales que se posaban por los salientes de las azoteas no se asustaron de su presencia.

Se dirigía hacia la casa que fue su cuartel general, donde guardaban pistolas, ametralladoras, rifles y el gas inventado por Monk.

Quería apoderarse de las armas. Con ellas, derrotarían con facilidad a los cincuenta guerreros.

Con idéntico armamento, los satélites de Kayab no podrían hacer frente a Doc y a sus cinco veteranos luchadores.

La casa parecía desierta. La puerta estaba entreabierta.

Se detuvo y escuchó.

Oyó una docena de disparos por el lado de la pirámide. Después siguió un silencio.

Empujó la cortina y penetró en la casa. No había enemigos allí.

Cruzó la habitación como si se deslizara sobre hielo, sin el menor esfuerzo.

Probó la puerta de la habitación donde dejaran las armas.

Percibió de repente que el timbre eléctrico de alarma que Long Tom instaló estaba inutilizado.

¡Ningún maya sabía hacer semejante operación!

«El hombre de la piel de serpiente —pensó—. No se detiene ante nada».

La puerta cedió a un empujón del poderoso brazo bronceado. Lo

que vio al escudriñar el interior ya lo esperaba. ¡Las armas habían desaparecido!

Oyendo un leve ruido en la calle, giró sobre sus talones. Y cruzó la habitación, no en dirección de la puerta, sino de la ventana.

Sus agudos sentidos le advertían que prepararon una emboscada.

Antes de llegar a la ventana, un objeto lanzado desde el exterior cayó, rompiéndose contra la pared.

Era una botella conteniendo un líquido de aspecto repugnante, que se pulverizó por toda la habitación.

¡Comprendió que era el gas inventado por Monk!

Con aire resuelto continuó avanzando en dirección a la ventana. Pero el cañón de una pistola asomándose disparó una lengua de fuego.

Los gases inundaban la habitación.

Era imposible escapar por allí. Dio media vuelta, encontrándose frente a los cañones de dos pistolas automáticas que él inventó.

Conocía la rapidez con que fulminaban la muerte.

Luego, poco a poco, se desplomó.

Parecía una enorme estatua de bronce yacente sobre el suelo de piedra.

—¡Los gases terminaron con él! —gritó el hombre enmascarado, apareciendo tras la protección de varios guerreros.

Luego, comprendiendo que habló en lengua desconocida de los mayas, tradujo:

—El poderoso aliento del Hijo de la Serpiente Emplumada venció al jefe de nuestros enemigos.

—¡Tu magia es poderosa! —murmuraron los guerreros, con gran temor.

—Retiraos de la puerta y de la ventana hasta que el aire se lleve mi magia —ordenó el hombre enmascarado.

Soplaba una brisa suave y al cabo de diez minutos el hombre misterioso decidió que los gases habían perdido ya su eficacia.

—Entrad —ordenó—. Coged al diablo bronceado y sacadlo a la calle.

Las órdenes se obedecieron con rapidez. Los guerreros pusieron sus manos temblorosas sobre la magnífica figura bronceada de Doc Savage.

Le temían, aun viéndole quieto e inerte.

Al llegar a la calle soltaron en seguida al gigante de bronce.

—¡Cobardes! —apostrofó el hombre-serpiente, lleno de valor ahora—. ¿No veis que sucumbió a mi magia? ¡Jamás volverá a desafiar al Hijo de Kukulcan, la Serpiente Emplumada!

Los guerreros no parecían muy seguros. Recordaban una ocasión en que Doc resucitó a tres de sus compañeros.

«Es muy capaz de resucitar él también», pensaron.

—Traed las cuerdas —ordenó el hombre enmascarado—. Atadlo dándole no una, sino muchas vueltas, hasta que no sea más que un bulto de cuerdas.

Los guerreros se apresuraron a obedecer, regresando poco después con unos rollos de cuerdas de piel de tapir.

—No le tengáis miedo —dijo el hombre misterioso—. Mi magia lo fulminó y tardará dos horas en volver en sí.

El individuo había interrogado a las víctimas de los gases de Monk y sabía la duración de sus efectos.

—¡Ahora voy a mandar el aliento de mi magia al interior de la pirámide! —rugió—. Seis de vosotros os quedaréis aquí para atar al demonio blanco. ¡Atadlo bien! ¡Moriréis todos, si escapa! Ha de ser sacrificado a la Serpiente Emplumada.

Tras la advertencia, el individuo se alejó, arrastrando tras sí la larga cola de serpiente incrustada de plumas.

Tenía un aspecto más siniestro todavía que el monstruoso reptil.

Los seis guerreros mayas cogieron los extremos de las cuerdas de piel de tapir y al inclinarse para atar a Doc Savage, recibieron la mayor sorpresa de su vida.

Unas garras de acero hicieron presa en las gargantas de dos guerreros.

Otros dos salieron despedidos, lanzados por un par de piernas de bronce.

Doc Savage no perdió ni un instante el conocimiento.

Los extraordinarios gases de Monk eran fatales cuando se los inhalaba; de lo contrario, eran ineficaces.

Contuvo el aliento mientras el hombre enmascarado esperaba que los gases se disipasen de la casa.

Gracias a esta estratagema se libró de ser muerto a tiros.

Sacudió a los dos mayas a quienes tenía cogidos por la garganta. Golpeando una cabeza contra otra, les dejó desvanecidos.

Los otros dos estaban enredados en las cuerdas e intentaban sacar sus cuchillos de obsidiana.

Utilizando a los dos hombres como porras humanas, derribó a los otros.

Los dos a quienes sus poderosas piernas derribaron, se desplomaron en el mismo lugar del ataque.

Un guerrero logró emitir un solo grito penetrante de agonía. Luego los seis hombres quedaron privados de conocimiento, tendidos en el suelo rocoso.

Doc se enderezó de un salto. Aquel grito del guerrero extendería la alarma.

La caja metálica conteniendo los productos químicos de Monk no estaba detrás del banco de piedra donde la dejó.

Sufrió una decepción, pues esperaba obtener suficientes ingredientes para fabricar una máscara eficaz contra los gases de Monk.

Era evidente que el hombre misterioso se había apoderado de los materiales.

Salió corriendo del edificio. Una ametralladora hizo una descarga cuando descendía por la calle, pero las balas parecían respetarle. Antes de que el hombre enmascarado, pues él disparaba, rectificase la puntería, la figura metálica de Doc desapareció con el humo, flotando luego en la azotea de un edificio.

Saltando de azotea en azotea, descendió, por fin, a la calle.

Dejó que los guerreros le percibiesen, desapareciendo con velocidad relampagueante antes que pudieran disparar.

Le persiguieron aullando como una manada de lobos.

Un grupo numeroso abandonó el sitio de la pirámide para unirse a la persecución.

Eso pretendía Doc. Era imperativo que regresase a la pirámide para trazar algún plan defensivo contra los gases que entonces poseía la diabólica secta guerrera.

Llegó a la pirámide sin ser visto y tan silencioso, que ya escalaba los peldaños antes de que se dieran cuenta de su presencia.

Una ametralladora empezó a disparar, rebotando las balas en los escalones y esparciéndose como gotas de lluvia.

Pero ya se encontraba en la cima y penetró en el interior de la pirámide donde se refugiaban sus compañeros.

Estos se sobresaltaron al verle aparecer de repente. Era increíble que hubiera podido salir y entrar habiendo cuatro ametralladoras emplazadas alrededor de la enorme mole.

—Se apoderaron de los gases de Monk —explicó—. Intentarán arrojar algunas botellas por la puerta secreta haciendo inclinar el ídolo.

—Entonces le volveremos a colocar en su sitio —gruñó Monk.

Al instante utilizando sus fuerzas enormes, colocó debidamente la maciza imagen de piedra de Kukulcan.

Un maya encendió una mecha hundida en un cuenco de aceite.

—Tapen las grietas con barro —ordenó Doc—. Romperán las botellas de líquido con el fin de que los gases penetren en el interior.

—Pero ¿y las aberturas de observación? —objetó Renny—. No podremos verlos, si suben los escalones.

En respuesta, Doc tomó los lentes de Johnny.

—No uses el cristal de aumento —le advirtió—. Pon barro alrededor y tendrás el mejor puesto de observación. No dejará entrar al gas.

—¡Doc encuentra solución a todo! —Sonrió su compañero.

Los mayas rebullían en el interior de la pirámide.

«Serán unos centenares —pensó Doc—. Debe existir algún pasaje subterráneo».

—Si arrojan las botellas de gases —dijo Doc a Renny—, no subirán por los escalones hasta que estos se disipen. De manera que cuando avancen, pueden estar seguros de que no será peligroso abrir la puerta secreta y lanzar rocas escalera abajo. Advierte a los mayas que os den rocas.

—¿Adónde vas? —preguntó Renny.

—A explorar. Siento mucha curiosidad por este lugar.

Capítulo XX
Los subterráneos de oro



Doc Savage se llevó a Johnny y a Monk al fondo de la pirámide de oro.

Le sorprendió ver los escalones tan desgastados. En sitios la piedra perdió su estructura. Aquello podía ser obra de millares de pies.

El soberano de los mayas, el rey Chaac, afirmó ser el único conocedor del lugar, lo cual significaba que no se usó mucho durante generaciones.

Una vez llegados al fondo, penetraron en una sala inmensa.

Observó una tubería de piedra construida de una manera ingeniosa que conducía el agua que alimentaba el depósito situado en la cima de la pirámide.

Cruzando la sala penetraron en otra de más vastas proporciones.

Era tan baja de techo y estrecha, que semejaba un túnel gigantesco extendiéndose centenares de metros para luego perderse en una ligera inclinación.

Hallaron aguardando en la galería subterránea al rey Chaac y a la encantadora princesa Atacopa, con sus súbditos.

La deliciosa princesita, que se mantuvo serena durante el ataque, estaba algo pálida, pero no sentía ningún temor.

El rey Chaac conservaba toda su dignidad de soberano.

Doc llevó aparte al anciano rey.

—¿Querríais guiarnos a Monk y a mí, a las profundidades de esta caverna? —le preguntó.

El anciano maya vaciló.

—Lo haría con mucho gusto —respondió—. Pero mis súbditos

podrían creer que les abandonaba en el peligro.

Doc asintió con la cabeza.

—Mi hija —continuó el soberano—, conoce esta galería subterránea tan bien como yo. Ella puede guiaros.

Partieron al instante.

—Esto parece haberse construido y usado hace siglos —observó Doc.

La princesa movió la cabeza en señal afirmativa.

—En efecto —respondió—. Cuando la raza maya estaba en el apogeo de toda su gloria, y regían toda la gran región, construyeron este túnel y la pirámide exterior. Cien mil hombres trabajaron continuamente durante varias generaciones, según la historia transmitida a mi padre y a mí.

Johnny murmuró algunas palabras de asombro. Tomaba nota de las costumbres e historia de los mayas, con la intención de escribir un libro.

Pero era probable que no se escribiese nunca.

La princesa continuó:

—Esto se ha guardado secreto durante siglos. Fue transmitiéndose a todos los reyes de los mayas del Valle de los Desaparecidos. ¡Solo a los monarcas! Hasta hace algunos minutos, cuando sobrevino el ataque traidor, solo mi padre y yo conocíamos el secreto.

—Pero ¿por qué todo este secreto? —inquirió Johnny.

—Porque el mundo exterior debe ignorar su existencia.

—¿Eh? —murmuró el geólogo, perplejo.

La princesa maya sonrió.

—Aguarden un momento —indicó—. Les mostraré el mal que haría si se conociese este secreto.

Después de recorrer algunos centenares de metros, penetraron bajo los paredones del corte que conducía al Valle de los Desaparecidos.

La princesa Atacopa se detuvo de repente, señalando y hablando en voz baja y emocionada:

—Ese es el motivo, señor Savage. Ahí tiene el oro que usted recibirá; el codiciado metal que gastará esparciendo el bien por todo el mundo.

Johnny y Monk miraban con ojos desorbitados. Se encontraban

tan aturdidos, que ni siquiera podían manifestar su asombro.

El mismo Doc Savage, a pesar de su dominio sobre sí mismo, sintió que la cabeza se le enturbiaba.

La galería se ensanchaba ante ellos convirtiéndose en una habitación inmensa.

Las paredes, el suelo y el techo eran de cuarzo aurífero.

Era la misma clase de cuarzo de que estaba construida la pirámide.

Pero no fue esto lo que les paralizó de asombro, sino la serie de nichos profundos, abiertos en las paredes.

¡Había miles de huecos a lo largo del vasto espacio!

En cada uno de los huecos se veían amontonados infinitos amuletos, vasos, jarrones, placas y otros objetos de oro. Magníficos ejemplares de todo cuanto los mayas antiguos hicieron con el metal precioso.

—Este es el almacén —murmuró la princesa, en voz baja—. La leyenda dice que cuarenta mil artífices trabajaron continuamente, labrando los objetos almacenados aquí.

Doc, Monk y Johnny apenas oían a la princesa. La visión de aquellas fabulosas riquezas había paralizado sus sentidos.

¡Pues los nichos contenían tan solo una fracción del tesoro acumulado!

Yacía en montones, esparcido por el suelo.

Y la caverna del tesoro se extendía más allá de los límites que les permitía ver la luz.

Doc Savage cerró los ojos. Sus labios de bronce temblaban. Experimentaba una de las mayores emociones de su vida.

Había allí una riqueza como jamás soñara la fantasía humana.

Era el legado de su padre, su gran herencia. Debía usarlo en la causa a la cual dedicó su vida: a ir de un extremo del mundo a otro, buscando emociones y aventuras, auxiliando a los necesitados, castigando a quien lo mereciese.

¿A qué uso más noble dedicaría aquella fortuna?

La princesa Atacopa, en cuya vida el oro no significaba nada, habló:

—El metal fue extraído del fondo de la montaña. Queda mucho todavía. Mucho más de lo que se ve aquí.

Los tres aventureros salieron poco a poco del asombro en que les

sumió la visión de las riquezas fabulosas.

Ante ellos se extendía la tubería de piedra que alimentaba de agua el depósito de la pirámide.

Monk empezó a contar los pasos, avanzando por la caverna del tesoro.

Contó trescientos y luego perdió la cuenta, aturdido al contemplar tanto oro, cuyos montones parecían acrecentarse por momentos.

El camino se estrechó de repente. El suelo de la galería subterránea ascendía de una manera muy pronunciada. Unos doscientos pasos más adelante tuvieron que avanzar arrastrándose.

Llegaron entonces a un lago diminuto, donde terminaba la tubería. El lago estaba situado en una cavidad pequeña, cuyas paredes fueron hendidas en parte por manos de hombre.

El agua excavó bastante; la corriente fluía al nivel del suelo.

La caverna se extendía ante ellos, pareciendo prolongarse de una manera ilimitada.

Doc comprendió que la caverna era, en parte, obra del río subterráneo.

Sin duda se extendía unas cuantas millas más. Los mayas encontraron oro en la boca del río. Penetraron en la caverna y hallaron la mina fabulosa.

La princesa Atacopa formuló una pregunta:

—¿Desea continuar?

—Desde luego —replicó Doc—. Buscamos una salida, algún medio para que los mayas puedan escapar al hambre y evitar su rendición.

Siguieron avanzando en las profundidades de la caverna. El aire era frío.

Distinguieron un sendero hecho por mano del hombre.

Unas estalactitas de tamaño considerable mostraban con claridad que desde hacía muchos años nadie había puesto los pies allí.

Encontraban con frecuencia grandes rocas cerrando el paso. Sin duda se desprendieron del techo.

Veían por todas partes mineral de oro de riqueza fantástica.

Doc y sus amigos perdieron interés por el mineral. Después de contemplar las enormes riquezas acumuladas en la caverna del

tesoro, nada podía excitarles mucho.

El río subterráneo torcía ascendiendo.

Al cabo de dos horas de marcha salieron de la zona aurífera. No se veía allí ningún sendero ni el más remoto vestigio del codiciado mineral.

El camino se tornaba más tortuoso. Las paredes rocosas cambiaron de aspecto.

Johnny se detenía con frecuencia para examinar las formaciones. Monk escudriñaba todos los huecos que veía, con la esperanza de hallar una salida.

—Hay alguna salida por aquí —declaró Doc—. Y no muy lejos.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió la princesa Atacopa.

Doc señaló la llama de su antorcha, que mostraba con claridad la existencia de una corriente de aire.

Johnny se quedó rezagado, aunque sin perderles de vista. Pensó que en la oscuridad quizá descubriría más pronto alguna salida.

Monk se adelantó por la misma razón. El velludo antropoide confiaba en su habilidad para avanzar sobre terreno desconocido.

Doc también se interesaba por la formación de la roca por donde pasaban.

Le llamó la atención una tierra de un color gris amarillento. Rascando un poco de ello, lo quemó a la llama de la antorcha. Era un depósito de sulfuro.

—Sulfuro —explicó en voz alta.

Pero esto no presentaba ninguna solución al apuro en que se encontraban.

Llegaron pronto a una caverna lateral. La formación era casi de cal pura.

Mientras esperaban, Johnny penetró en la caverna a explorarla.

Transcurrieron diez minutos.

Johnny regresó, al fin, moviendo la cabeza.

—No tenemos suerte —exclamó, encogiéndose de hombros.

Llevaba en la mano una sustancia blanca y cristalina.

Doc la miró.

—Déjame examinarla, Johnny —dijo.

Su compañero se la entregó.

Doc la tocó con la punta de la lengua. Tenía un gusto salino.

—Salitre —anunció—. Bastante puro.

—No comprendo —murmuró Johnny.

Doc recitó una fórmula.

—¡Salitre, carbón vegetal y sulfuro! —exclamó—. Ya observé hace rato el sulfuro. Podemos quemar leña y conseguir carbón. ¿Qué se obtiene de todo ello?

Johnny replicó:

—¡Pólvora!

En el momento de proferir la exclamación, tuvieron otro motivo de alegría.

Monk exploraba delante, y le oyeron gritar:

—¡Veo un agujero!

La abertura encontrada por Monk resultó ser una grieta en la roca sólida, de regular tamaño.

La luz del sol penetraba en el interior.

Doc, la princesa, Johnny y Monk, se acercaron. Vieron unos escalones toscos, prueba de que los antiguos mayas conocían aquella salida.

Surgieron al exterior con gran cautela.

Se hallaban en un saliente. Arriba, a ambos lados, y abajo, vieron un paredón vertical de roca.

Pero tras un detenido examen distinguieron una serie de escalones conduciendo hacia la parte inferior del paredón.

Doc se dirigió a sus compañeros.

—Monk —dijo—, vuelve al interior y empieza a trabajar en aquel depósito de sulfuro. Sácalo tan pronto como puedas. Escoge el más puro.

Volviéndose hacia el geólogo, continuó:

—Johnny, ¿cogiste algo de salitre? ¡Había mucho!

—Un poco —respondió este.

—Extráelo. Creo que será bastante puro para nuestro propósito. Quizá podamos refinarlo.

Luego, dirigiéndose vacilante hacia la princesa, dijo:

—Atacopa, es usted una muchacha maravillosa.

La princesa sonrió:

—Haré cualquier cosa por usted.

—Regrese al lado de los suyos —indicó Doc—. Seleccione a los más fuertes y activos, y mándelos aquí, junto con mis compañeros.

—Comprendo —murmuró la princesa.

—Otra cosa: mande también una cantidad de aquellos jarrones de oro. Escoja los más gruesos y pesados. Unos cincuenta. Diga a mis amigos que deseo fabricar bombas con esos jarrones. Ellos sabrán cuáles serán más apropiados para el caso.

—¡Bombas de oro! —exclamó Monk.

—No disponemos de otra cosa —señaló Doc—. Y cuando los hombres lleguen, cargarlos de salitre y sulfuro.

Antes de partir, Johnny hizo una pregunta:

—¿Sabes dónde estamos?

Doc sonrió, señalando.

Había enfrente de ellos, a unos centenares de metros, otro paredón de roca.

A mil metros de profundidad se deslizaba un río.

—Estamos en el corte —respondió—. El Valle de los Desaparecidos está algo más arriba, no muy lejos.

—Se entra al valle por el corte, ¿no es verdad?

—Sí. A menos de tomar en cuenta la nueva entrada que acabamos de descubrir.

Johnny, impaciente, replicó:

—Vamos, princesa. Vamos, Monk. No hay tiempo que perder.

Al quedarse solo, Doc descendió un trecho por los escalones de piedra.

Halló una extensión de jungla. Reuniendo la leña necesaria, escogió un lugar para carbonear, donde el humo no sería visible.

Formó un horno con unas piedras. No hallando dos piedras a propósito para encender el fuego, lo hizo con una tira de cuero de su manto y un palo curvado.

Tras unos instantes de enérgica frotación, la llama surgió.

Tenía ya las pilas amontonadas cuando sus amigos llegaron acompañados de más de un centenar de fornidos mayas.

Trabajaron toda la tarde y la noche mezclando el salitre y el sulfuro, fabricando pólvora.

—Lo haremos con calma —explicó Doc—. Esta vez hemos de suprimir de una manera definitiva la amenaza de los guerreros de los dedos rojos.

Tras una pausa, agregó en tono sombrío:

—Y en grado especial al hombre de la piel de serpiente.

De vez en cuando mandaban mensajeros a través de la caverna

para averiguar lo que sucedía y regresaban anunciando que los defensores seguían resistiendo con éxito.

—Rechazaron varios ataques —informó un mensajero—. Una de aquellas serpientes que escupen fuego lastimó a nuestro soberano el rey Chaac.

—¿Está herido de gravedad? —preguntó Doc, con interés.

—En la pierna solamente. Pero no puede andar.

—¿Quién se encargó de la defensa?

—La princesa Atacopa —repuso el mensajero.

Monk exclamó, sonriendo:

—¡Valiente chiquilla!

Terminaron con rapidez la fabricación de las bombas. Dentro de los jarrones de oro colocaron unos trozos muy agudos de obsidiana.

Las mechas presentaban un problema.

Doc lo solucionó cogiendo tiras de unos viñedos tropicales que tenían el interior blando. Usando unas ramitas largas y duras, vació el interior, dejando una especie de tubo hueco. Luego en cada bomba puso una de las improvisadas mechas.

Fabricó una variedad de pólvora que ardía sin llama.

Llenó de esta pólvora los tubos improvisados.

Al despuntar el día salió a la cabeza del grupo atacante.

Algunos de los mayas conocían el sendero que conducía al Valle de los Desaparecidos.

Al parecer, varios de aquellos hombres habían salido algunas veces para establecer relaciones amistosas con las tribus vecinas, que a pesar de no ser mayas puros, eran del mismo origen.

El pelotón avanzó por la traidora entrada del valle. No se veía ningún centinela en la entrada al corte, cosa que sucedía por primera vez durante siglos, murmuró un maya.

Dado que los centinelas eran generalmente guerreros rojos, Doc comprendió cómo el hombre enmascarado pudo entrar y salir sin ser visto.

Sin mostrarse a los sitiadores de la pirámide, atacaron con ímpetu.

Los mayas aprendieron a encender las bombas. Para ello llevaban trozos de madera ardiendo.

A una señal de Doc, lanzaron una docena de bombas sobre los guerreros de los dedos rojos.

Capítulo XXI
La muerte de oro



Las explosiones terribles de aquellas doce bombas fueron el primer aviso del ataque que recibieron los guerreros.

Doc dedicó tres proyectiles a cada ametralladora.

Las cuatro quedaron destruidas al instante.

Los guerreros diabólicos, destrozados por la metralla de obsidiana, fueron lanzados al aire.

Muchos perecieron al instante, siendo castigados así por el ataque contra los ciudadanos mayas durante las ceremonias.

Pero quedaron bastantes para presentar combate.

Algunos empuñaban las armas sustraídas de la armería de Doc y de sus compañeros.

Los mayas, con aullidos penetrantes, se lanzaron sobre los criminales sobrevivientes.

Los atacaban con bombas cuando había cuatro o cinco reunidos.

Monk recogió dos porras abandonadas, y empuñando una en cada mano, se lanzó al combate, con terribles resultados.

Renny no necesitaba otras armas que sus mortíferos puños.

Long Tom, Ham y Johnny, lanzaban bombas cuando se presentaba la ocasión.

Doc iba de un lado a otro combatiendo en los lugares más encarnizados.

Los enemigos caían fulminados sin saber qué clase de golpe los derribaba.

La imagen de piedra de Kukulcan se inclinó de repente, descubriendo la entrada secreta a la caverna del tesoro de los antiguos mayas.

Los mayas empezaron a salir armados de rocas, palos y todo cuanto encontraban a mano, y se lanzaron al ataque.

Una punta de acero asomó, furtiva, por entre unos arbustos.

Era la boca de una ametralladora. Hizo dos disparos…

Una mano de bronce se posó en el cañón, haciendo una presa de acero.

El artillero que apoyaba, por desgracia, un dedo en el gatillo, fue levantado en vilo como una paja, entre el follaje tropical.

Era un guerrero; el pobre, indudablemente, no llegó a saber jamás que fue Doc Savage quien cogió el arma.

Unos nudillos de bronce se descargaron como una maza sobre su sien, y murió en el acto.

Doc sufrió una decepción. Esperaba coger al hombre enmascarado y a Kayab.

La pistola ametralladora era una de sus armas. La arrojó a Renny.

Luego se mezcló otra vez entre los combatientes, luchando solo cuando era atacado. Entonces las consecuencias eran desastrosas.

Buscaba al hombre que escondía su identidad bajo la piel de serpiente.

También deseaba saldar cuentas con el diabólico jefe de los guerreros.

Se fijó, poco después, en que los dos criminales no tomaban parte en la batalla.

Al hacer este descubrimiento, desapareció entre el follaje tropical.

Tenía la impresión de que los dos cabecillas se ocultaban en alguna parte, esperando el resultado de la batalla.

La mitad de los guerreros rojos habían perecido ya.

El populacho maya, furioso, no daba cuartel. La secta de los guerreros quedaría exterminada.

Doc no vio por ninguna parte del campo de batalla a los dos jefes, a quienes buscaba.

Empezó una segunda búsqueda… y halló el rastro de los dos hombres.

La señal dejada por la cola de serpiente al arrastrar por el suelo le mostró el rastro sin ningún género de duda.

Siguió las señales con ardor. Las huellas se perdían con

frecuencia, pues el hombre serpiente y Kayab se habían cuidado de ocultarlas.

El rastro continuaba por unos terrenos rocosos.

Volvió a encontrarlos al otro lado de un lago que vadearon.

Era evidente que los dos cabecillas huyeron en el momento que vieron la batalla perdida.

Intentaban huir del Valle de los Desaparecidos. Se dirigían a la entrada del corte. Dejó de repente de seguir el rastro.

Avanzaba antes con rapidez, pero ahora lo hacía con la velocidad del viento.

Comprendía sus intenciones y les salía al encuentro en la entrada del corte.

El hombre serpiente y Kayab llegaron antes.

La pareja criminal estuvo corriendo y dejaron huellas del sudor en las rosas que tocaban con las manos.

Era tan peligroso el camino, que debían de agarrarse a algo continuamente.

Doc se dirigió al corte. Recorrió unos cincuenta metros y luego se detuvo a quitarse las sandalias, que le estorbaban en el sendero peligroso que ascendía.

El río recorría a unos cuarenta metros de profundidad, de manera tan tortuosa, que el agua se convertía en una nube de espuma tumultuosa.

Distinguió a sus enemigos, los cuales mirando atrás, le descubrieron al mismo tiempo.

El grito de terror de Kayab dominó el imponente fragor de las aguas.

Fue un gemido de miedo.

El hombre enmascarado todavía conservaba su disfraz. Probablemente no había tenido tiempo de quitárselo.

Giró sobre sus talones al percibir el grito de pánico de Kayab.

Por lo visto, pensaba que Doc empuñaba una pistola.

Kayab, aterrado, intentó adelantarse al hombre enmascarado. No había espacio para eso, pues el sendero era demasiado estrecho.

El hombre de la piel de serpiente, enfurecido, propinó un puñetazo al jefe guerrero, que devolvió el golpe. El otro volvió a pegarle.

Kayab fue lanzado al sendero. Cayó sobre la punta de una roca.

Probablemente murió en el acto. Si fue así, se salvó del terror de observar el fondo de rocas puntiagudas del abismo.

El río espumeante semejaba una baba en aquellos dientes de piedra.

De modo indirecto, el terror a Doc mató a Kayab.

El hombre serpiente continuó huyendo. Llevaba una de las pistolas ametralladoras de Doc colgando de su cinto, pero no intentaba utilizarla.

Sin duda pensaba dejar acercar más a su enemigo.

La persecución fue reanudada. Savage no marchaba ya con tanta rapidez porque estaba desarmado.

Recorrieron una milla. Los paredones del corte se tornaron menos inclinados.

De repente, Doc Savage, trazando otro plan, abandonó el camino.

Empezó a escalar el paredón vertical que no presentaba ningún tramo, cogiéndose como una mosca.

Sus dedos de acero y sus pies poderosos y móviles encontraban soporte donde el ojo decía no haber ninguno. Su velocidad era asombrosa.

Se adelantó al hombre serpiente a unos mil pies de altura. Continuó su avance descendiente para interceptar el paso a su enemigo.

Por fin halló un lugar apropiado. El camino formaba un recodo pronunciado.

Al cabo de un rato percibió el sibilante aliento del hombre enmascarado. El individuo jadeaba casi agotado.

Escudriñaba atrás al acercarse al recodo, temeroso de que Doc se acercase.

Doc Savage alargó una mano bronceada de acero. Los dedos, largos y poderosos, hicieron presa en el cinto del hombre serpiente.

El cuero se rompió como un hilo ante la fuerza tremenda. Doc arrojó el cinto y la pistola al abismo.

El hombre enmascarado se volvió y lo descubrió. Entonces se quitó la máscara de la cabeza de serpiente, revelando sus facciones.

Sucedió un silencio terrible. Luego, surgiendo de ningún sitio y de todas partes, brotó un murmullo bajo y trinante. Semejaba el canto de algún pájaro exótico o el sonido del viento penetrando por

pináculos de hielo.

Aun observando los labios de Doc, era imposible percibir de dónde provenía el sonido. Quizá ni él mismo se daba cuenta de que lo producía.

Pues lo hacía de una manera inconsciente en momentos de profunda concentración. Podía significar muchas cosas. En aquel momento era una señal de victoria.

La calma misma de aquel sonido sibilante hacía temblar de pies a cabeza al hombre de la piel de serpiente.

Abrió la boca de una manera convulsiva, pero las palabras no brotaron.

Retrocedió un paso.

Doc no se movió. Sus ojos bronceados inexorables parecían proyectarse sobre su enemigo. Eran unos ojos severos, que helaban.

Los ojos implacables, mejor que las palabras mismas, dijeron al hombre serpiente la muerte que le aguardaba.

Intentó de nuevo hablar. También pretendió que sus piernas paralizadas facilitasen su huida. Pero todo fue en vano.

Por último, realizando un esfuerzo titánico, hizo la única cosa posible para huir de aquellos ojos aterradores.

Saltó del camino al abismo.

Poco a poco, su cuerpo se dirigió al encuentro de la muerte. El rostro era una máscara pálida y grotesca.

Eran las facciones de don Rubio Peláez, ministro de Estado de la República de Hidalgo.

Capítulo XXII
El tesoro



Grande fue el júbilo cuando Doc Savage regresó al lado de sus amigos mayas del Valle de los Desaparecidos. Sus cinco hombres le hicieron un recibimiento tumultuoso.

La herida del rey Chaac resultó leve.

—Exterminamos a los guerreros de los dedos rojos —sonrió Monk—. No sobrevivió ni uno para poder contarlo.

El anciano monarca declaró con firmeza:

—Jamás se permitirá que resucite la secta de los guerreros de los dedos rojos. De hoy en adelante, castigaremos los delitos leves haciendo trabajar a los culpables en las minas de oro. Los hombres más valerosos se encargarán de la defensa de nuestro pueblo.

Los mayas sentían tanta alegría, que insistieron en reanudar la ceremonia en el punto donde se interrumpiera.

Se celebraron los ritos sin el menor contratiempo.

—Esto nos convierte en miembros del pueblo maya —rio Ham, contemplando la magnífica vestimenta que llevaban, pues les suministraron nuevas ropas.

Renny, a quien Doc envió a ver el aeroplano, regresó diciendo:

—El aparato se encuentra en perfecto estado. Y gracias a la gasolina que tomamos, queda bastante para volar hasta Blanco Grande.

—No nos dejarán tan pronto, ¿verdad? —inquirió el rey Chaac, con tristeza.

La encantadora princesa Atacopa parecía desolada.

Doc no respondió al instante. Aun lamentándolo mucho, tomó la decisión de partir inmediatamente.

El Valle de los Desaparecidos era un lugar de idilio.

—Desearía quedarme para siempre —sonrió al soberano maya —. Pero tengo el trabajo al que en unión de mis amigos he dedicado la vida. Debemos continuar nuestra misión, sin tener en cuenta nuestros deseos personales.

—Es cierto —reconoció el rey Chaac—. Se trata de la causa a la cual se destina el tesoro de los antiguos mayas. ¿Tiene algún plan para trasladar el oro? Nos proponemos mandarlo con una caravana de burros a Blanco Grande, consignado al agente que usted nos indique.

—A Carlos Avispa, presidente de Hidalgo —indicó Doc—. Sería difícil hallar un caballero más honorable. Lo nombraré agente mío.

—Muy bien —asintió el maya.

Doc repitió los otros detalles:

—Una tercera parte del oro constituirá un fondo gigantesco que depositaré en Norteamérica. Será para el pueblo maya, para que lo utilicen cuando sea necesario. Una quinta parte se entregará al gobierno de Hidalgo. El resto es para nuestra causa.

Se hicieron al instante preparativos para la partida.

Long Tom instaló un aparato de radio en el palacio del soberano maya.

Luego Doc, con tinta, hizo una señal en la esfera del aparato para señalar la longitud de onda.

—Ponga el aparato en esa onda cada siete días —indicó al rey—. Hágalo a la hora en que el sol cruce por encima del Valle de los Desaparecidos. Oirá mi voz, a veces. Pero, desde luego, no siempre. Emitiré a usted a esa hora, pero solo cuando necesitemos más oro. Entonces deberá mandar una caravana de burros cargados de oro.

—Se hará —asintió el soberano maya.

La linda princesa Atacopa era una muchacha razonable.

Comprendió que Doc Savage, el gigante de bronce, no era para ella. En consecuencia, ocultó con valentía su triste decepción.

Hasta lo discutió filosóficamente con Monk.

—Supongo que encontrará alguna muchacha americana —terminó.

—Escuche —respondió Monk—. No habrá ninguna mujer en la vida de Doc Savage. De haberla, sería usted. Doc ha estado a punto de enamorarse de usted más que de cualquier otra mujer. Y algunas

chicas estupendas intentaron atraparle.

—¿Es verdad eso? —inquirió la princesa.

—Es la purísima verdad —afirmó Monk.

Entonces Monk recibió la mayor sorpresa de su vida. La princesa Atacopa lo besó de repente y luego huyó.

Monk la siguió con la mirada, sonriendo como un tonto.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Lo que se pierde, el muy tonto!

Los seis aventureros partieron dos días más tarde.

La pena de abandonar aquel lugar idílico la consoló el pensamiento de la labor que les esperaba.

El anhelo de las aventuras y emociones les infundió ánimos. Poseían riquezas fabulosas. Eran suficientes hasta para la gran misión de sus vidas.

Muchas partes del mundo recibirían la visita del hombre de bronce y de sus cinco amigos de hierro. Muchos criminales lamentarían el día que se enfrentaron con los cinco aventureros. Muchas causas recibirían el auxilio de esas manos poderosas y de esos cerebros prodigiosos.

En verdad, a aquellos hombres les señalaba el Destino que al llegar a Nueva York se les presentasen súbitamente peligros increíbles.

¡Se encontrarían con Kar y sus planes horribles y un arma de combate que la civilización no conoció jamás!

El gigante de bronce y sus cinco amigos se enfrentarían con peligros increíbles e infernales.

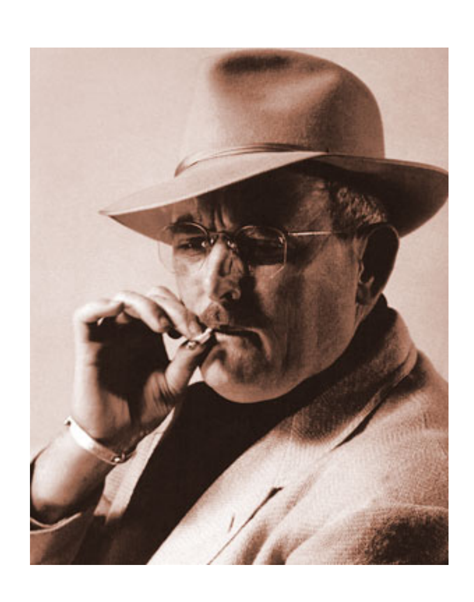
Pasarían días y noches espeluznantes, en una tierra perdida, infestada de reptiles prehistóricos feroces, verdaderos monstruos reptiles y alados.

¡Un lugar que hallaron exactamente como en los siglos de la prehistoria!

¡Una tierra pavorosa donde la fuerza de los más feroces era la Ley!

¡Y la labor de Doc Savage continuaría a través de todos estos horrores!

∞



LESTER DENT. (Missouri, EE. UU. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un «business college» con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil&Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press en Chickasha», mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de *pulps*.

Dent comienza así una prolífica carrera.

«Top Notch Magazine» fue la primera revista en publicar una historia de Dent: *Pirate Cay* apareció en su número de septiembre de 1929. Poco después, Dent recibió un telegrama de «Dell Publishing»

ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para «Dell», aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historias al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como «Albatross» en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de *Boy Scouts*!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de marzo de ese mismo año.